LA CULPA



ADAM HOLLOW

LA CULPA

Adam Hollow

ÍNDICE

Capítulo Uno — El hombre del espejo
Capítulo Dos — El hombre de al lado
Capítulo Tres — El hombre del cementerio
Capítulo Cuatro — El hombre de la boda
Capítulo Cinco — Quédate
Capítulo Seis — Días buenos y días malos
Capítulo Siete — Lo que atraviesa las paredes
Capítulo Ocho — El peso de las cosas pequeñas
Capítulo Nueve — Todo lo que permanece
Capítulo Diez — El techo
Capítulo Once — Lo que guarda la oscuridad
Capítulo Doce — Lo que el cuerpo soporta
Capítulo Trece — Algún sitio soleado
Capítulo Catorce — La forma de las cosas
Capítulo Quince — Cambio de bando
Capítulo Dieciséis — No
Capítulo Diecisiete — Lagunas
Capítulo Dieciocho — Algo en los pulmones
Capítulo Diecinueve — Se acerca la hora
Capítulo Veinte — La pregunta
Capítulo Veintiuno — El error

Capítulo Veintidós — Nuevas reglas
Capítulo Veintitrés — Cuatro llamadas
Capítulo Veinticuatro — Lo que siempre estuvo allí
Capítulo Veinticinco — El rostro

CAPÍTULO UNO

El hombre del espejo

La calle estaba oscura de un modo que parecía deliberado.

Daniel Wren lo notó en el momento en que dobló la esquina —la forma en que la luz de la farola más cercana se quedaba corta antes de llegar a la entrada del edificio, como si la hubieran ahuyentado. Llevaba viviendo en aquel piso tres años —casi exactamente el mismo tiempo, aunque procuraba no pensarlo así— y había recorrido aquella manzana cientos de veces, con todo tipo de clima, a todas horas del día y de la noche, y nunca le había parecido especialmente oscura. Pero esa noche las sombras se acumulaban con un peso casi líquido, y las ventanas de los edificios al otro lado de la calle le devolvían la mirada como las caras vacías de cosas que habían olvidado cómo parpadear.

Se dijo a sí mismo que estaba cansado.

Últimamente siempre estaba cansado.

Daniel empujó la puerta de cristal del portal y el sensor del techo se encendió, inundando el pequeño espacio de una luz amarillenta y enfermiza. Se quedó quieto un momento, recuperando el aliento. Sentía los pulmones extraños, apretados y calientes, como si hubiera estado corriendo. No había estado corriendo. Había caminado desde el metro a su paso de siempre, las manos en los bolsillos de la chaqueta, la cabeza baja, igual que cualquier otra noche. Y, sin embargo, el pecho le subía y le bajaba ligeramente, y tenía una fina capa de sudor en la nuca que no tenía nada que ver con el frío de octubre.

Estaba bien. Solo estaba cansado.

El portal estaba como siempre: la hilera de buzones metálicos a lo largo de una pared, dos de ellos rotos y permanentemente entreabiertos; el suelo de baldosas descoloridas en un dibujo de rombos que en otro tiempo había sido blanco y negro y que ahora era gris y más gris; el tablón de anuncios con sus carteles ondulados de clases de yoga y gatos perdidos y un letrero escrito a mano que recordaba a los vecinos, en tres idiomas distintos, que no dejaran las bicicletas en la escalera. Daniel había leído aquel letrero todos los días durante tres años. Lo leyó ahora sin verlo, con los ojos ya puestos en el ascensor del fondo del portal.

Cruzó hasta él y pulsó el botón de llamada.

El ascensor estaba en la quinta planta. Daniel observó cómo descendían los números sobre la puerta —5, 4, 3— y mientras esperaba se hizo consciente del silencio del edificio. Ese tipo de silencio que tiene textura. Oía el tic del fluorescente del techo y, en algún lugar muy por encima de él, el sonido amortiguado de un televisor, y por debajo de ambas cosas, por debajo de todo, la quietud particular de un edificio conteniendo la respiración.

Miró atrás, hacia la calle, a través de la puerta de cristal.

La calle estaba vacía. Por supuesto que estaba vacía. Era pasada la medianoche de un martes, y la gente normal estaba en sus casas y en sus camas, y allí fuera no había nada salvo la oscuridad deliberada y la farola que había sido ahuyentada y los ruidos comunes del tráfico de la calle siguiente.

Volvió a mirar al ascensor.

2, 1, planta baja. Un timbre suave.

Las puertas se abrieron y Daniel entró. El ascensor era pequeño y antiguo —lo bastante antiguo para que alguien hubiera instalado un espejo a lo largo de la pared del fondo, que era lo que hacían en los ascensores antiguos para crear la ilusión de espacio. A Daniel no le gustaba el espejo. Nunca le había gustado. Le devolvía una imagen de sí mismo que parecía siempre ligeramente desfasada, ligeramente con retraso, como si el reflejo estuviera pensando en otra cosa y tuviera que apresurarse, conscientemente, para alcanzarlo.

Pulsó el botón de la séptima planta y observó cómo el portal se encogía mientras las puertas empezaban a cerrarse.

Se detuvieron.

No con la vacilación mecánica de un mecanismo viejo, ni con el sensor captando el borde del abrigo de alguien. Las puertas simplemente se detuvieron, sostenidas por una mano que había aparecido desde el exterior. Una mano tan grande que parecía pertenecer a una escala distinta de criatura, los dedos largos y descoloridos y muy quietos.

Los ojos de Daniel estaban en el espejo.

Vio cómo las puertas se abrían de nuevo. Vio entrar la figura.

Más tarde —en las horas de insomnio de aquella misma noche, y en las noches que vinieron después— intentaría describírsela a sí mismo, darle bordes nítidos y dimensiones sólidas, del modo en que se describe a una persona vista por la calle. No pudo. La figura se resistía a la descripción del modo en que ciertas cosas se resisten a la luz, absorbiéndola en lugar de reflejarla. Lo único que podía decir era esto: era muy alta. Lo bastante alta como para tener que ladearse ligeramente para entrar por la puerta y, una vez dentro del ascensor, ocupaba un espacio que parecía mayor del que debería, como si las dimensiones de la cabina se hubieran renegociado en silencio para acomodarla. Vestía la ropa de un anciano —pantalones oscuros, un abrigo largo del color de la madera vieja, un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos— y se movía con la deliberación particular de los muy ancianos, una mano sostenida por un bastón cuya punta golpeaba el suelo con un sonido como una piedra dejada caer en aguas tranquilas.

No pulsó ningún botón.

Las puertas se cerraron.

El ascensor empezó a subir.

Daniel se quedó mirando el espejo.

Podía verse a sí mismo, pálido y con la cara tensa, la chaqueta aún húmeda del aire de octubre, la mochila colgando de un hombro. Podía ver la pared del fondo del ascensor detrás de él. Podía ver la figura —o, más bien, podía ver el espacio que la figura ocupaba, la

oscuridad donde debería haber estado su cara bajo el ala del sombrero, el abrigo largo, el bastón.

El espejo era viejo. El azogue había empezado a fallar en las esquinas, manchado allí con esos parches oscuros de cristal que han renunciado a intentar reflejar nada. En uno de esos parches —el superior izquierdo, justo encima del hombro de la figura, si una figura tenía hombro— el espejo estaba simplemente ausente. No había nada. Y, sin embargo, la oscuridad del espejo en ese punto era una oscuridad distinta de la oscuridad junto a ella, una oscuridad que se había organizado en torno al fracaso del espejo para hacer su trabajo. Daniel nunca lo había notado antes. Lo notaba ahora, y no podría dejar de notarlo, en los viajes en ascensor que vendrían después, en cada planta.

No se dio la vuelta.

No habría sabido explicar, exactamente, por qué no se dio la vuelta. No era exactamente miedo, o no solo miedo. Era algo más antiguo que el miedo, una especie de saber animal por debajo del umbral del lenguaje. La certeza de que hay ciertas cosas que no deben mirarse directamente. Que ciertas miradas, una vez sostenidas, no pueden deshacerse.

La figura respiraba.

Esa era la peor parte, pensaría Daniel después. No la altura, ni la oscuridad donde debería haber estado el rostro, ni el silencio entre los dos. La respiración. Procedía de algún lugar profundo y dañado, una labor húmeda y ronca que llenaba el pequeño ascensor como una marea entrando. Era la respiración de un cuerpo que había olvidado cómo facilitar el proceso, que tenía que pelear por cada inhalación, cada exhalación. Cada respiración llegaba con un sonido como de algo desgarrándose, lentamente, a lo largo de una costura.

Daniel ya había oído antes ese sonido.

Mantuvo los ojos en el espejo. Observó cómo subían los números. Contó sus propios latidos porque le daba algo que hacer que no fuera escuchar aquella respiración.

Tercera planta.

Cuarta.

La figura no se movía, no cambiaba de peso, no ajustaba el agarre del bastón. Simplemente se quedaba allí y respiraba y ocupaba su cantidad imposible de espacio, y Daniel se quedó de espaldas a ella mirando su propia cara en el espejo y se dijo a sí mismo —se lo dijo con firmeza, del modo en que uno se lo dice a un niño que tiene miedo de la oscuridad— que estaba bien. Que estaba cansado. Que el cuerpo le hace cosas extrañas a la mente cuando uno no duerme, cuando no come bien, cuando pasa demasiados meses cargando con un peso del que no le ha hablado a nadie.

Quinta.

Sexta.

El ascensor llegó a la séptima planta con su familiar timbre suave y las puertas se abrieron, y Daniel observó en el espejo cómo la mano enorme de la figura se extendía para sostener la puerta. Sosteniéndola por él. Esperando.

Salió sin mirar atrás.

El sensor del rellano no se activó. El pasillo se quedó a oscuras.

Entonces Daniel pisó del todo fuera de la alfombrilla del ascensor y el sensor lo encontró y la luz se encendió, y el pasillo era simplemente el pasillo —la moqueta descolorida, las dos puertas planas, la mesa pequeña con la planta muerta que la señora Karos del 7B llevaba meses pensando en sustituir y nunca sustituía. Normal. Ordinario. Las puertas del ascensor permanecían abiertas detrás de él, sostenidas por aquella mano larga y descolorida, y Daniel mantuvo los ojos en el suelo y caminó hasta la puerta de su piso y sacó las llaves y metió la llave en la cerradura y la giró.

Entró.

Se quedó en la entrada de su piso con la espalda contra la puerta cerrada y el corazón yéndole muy deprisa.

Contó. Era algo que había aprendido a hacer a lo largo de tres años, una pequeña disciplina privada, del mismo modo en que algunas personas cuentan hasta diez cuando están enfadadas. Contaba sus latidos. La cuestión no era el contar en sí, sino la imposición de una secuencia sobre algo que se había vuelto, brevemente, informe. Uno. Dos. Tres. Los números eran ordinarios y

los números le pertenecían y los números mantenían su forma sin importar lo que estuviera ocurriendo al otro lado de la puerta.

Contó hasta cuarenta antes de darse la vuelta.

Después se dio la vuelta y miró por la mirilla.

El pasillo estaba a oscuras. Las puertas del ascensor estaban cerradas. No había nadie.

Se quedó en la mirilla un buen rato.

Encendió la luz de la entrada. El piso lo recibió con su desorden familiar —los zapatos junto a la puerta, los percheros, la pequeña mesa consola con su pila de correo sin abrir, el paraguas que había comprado hacía tres semanas y que se le seguía olvidando guardar. Avanzó por el pasillo y encendió también esa luz, y la luz de la entrada se apagó detrás de él, y siguió, habitación por habitación, como hacía siempre, como había hecho cada noche durante dos años sin reconocer del todo por qué. Encendiendo y apagando luces a medida que se movía, sin dejar nunca una habitación a oscuras detrás de él, sin mirar nunca del todo los espacios donde la luz no llegaba.

Las fotografías lo observaban desde las paredes.

Había muchas. Siempre le habían gustado las fotografías —la forma en que clavaban un instante en la pared, lo hacían real y permanente y fijo. Su madre tenía el mismo impulso: cada cumpleaños, cada vacación, cada domingo cualquiera que de algún modo se convirtiera en algo digno de recordarse, ella había estado allí con su cámara. Las fotografías de su pasillo llevaban allí desde que se había mudado, traídas de la casa de su madre en cajas que había desempaquetado con la esperanza doméstica particular de un primer piso, colocándolas sin mirarlas demasiado de cerca, llenando las paredes.

Podría haberlo hecho de otra manera. Eso era lo que pensaba ahora, cuando lo pensaba, lo cual era menos a menudo de lo que las fotografías merecían. Podría haberlas dejado en sus cajas. Podría haber seleccionado solo las que quería, la curaduría cuidadosa de un joven construyendo su primer espacio privado, y haber metido el resto en un armario o haberlas devuelto a su madre para que las guardara. No lo había hecho. Las había puesto todas. Había llenado

las paredes del pequeño piso con todo el archivo visual de su infancia, cada cumpleaños y vacación y graduación, y se había dicho a sí mismo, mientras lo hacía, que estaba realizando una especie de ritual doméstico ordinario —el colgar las fotografías de familia, lo que hacía la gente, la pequeña afirmación de que uno venía de alguna parte. No había reconocido, en aquel momento, que lo que estaba haciendo era lo contrario. No había estado reclamando las fotografías. Las había estado exhibiendo. Había estado disponiendo las pruebas de su vida en las paredes de su piso del modo en que un testigo, cuando se le pide que aporte su declaración, dispone los documentos en orden sobre una mesa —no porque el testigo tenga la intención de consultarlos, sino porque los documentos son la respuesta a la pregunta y el testigo, al ser interrogado, agradece no tener que hablar.

Las miraba ahora, a medida que pasaba del pasillo al dormitorio. Siempre las miraba ahora.

Su séptimo cumpleaños. Su primer día de instituto. Las vacaciones en la playa donde había llovido durante cuatro de los cinco días y se habían pasado la mayor parte del tiempo en la casita de alquiler jugando a las cartas. Su graduación en la universidad, entrecerrando los ojos al sol. En la mayoría sonreía, ese tipo de sonrisa sin guardia que solo se consigue cuando uno no sabe que le están haciendo una fotografía.

Había alguien en la mayoría de ellas a quien podrías pasar por alto si no mirabas con atención. Una figura al borde del encuadre, o ligeramente por detrás, o visible solo de los hombros para abajo —demasiado alta para que la captaran del todo, cortada en el ala del sombrero o a la altura de la mandíbula. Vestida con ropa oscura. Un bastón en algunas, o la insinuación de uno.

Daniel llevaba mirando con atención tres años.

Llegó al dormitorio y encendió la lámpara de la mesita y apagó la luz del techo y se sentó en el borde de la cama. Se desató los zapatos y los colocó con cuidado junto a la mesilla, una costumbre de la infancia que no había conseguido perder nunca. Se quitó la chaqueta y los vaqueros y la camisa y los dobló sobre la silla del rincón. Se tumbó encima del edredón un momento, mirando al

techo, y después apartó el edredón y se metió debajo y se quedó tumbado boca arriba con la lisura particular de alguien que ha olvidado cómo se está cómodo.

La lámpara proyectaba un pequeño círculo cálido de luz sobre la mesita. Justo fuera de ese círculo, sobre la superficie de la mesilla, había una fotografía con un marco de madera oscura. No la miró. Llevaba varios meses sin mirarla directamente. Sabía que estaba ahí del modo en que uno sabe que tiene un moratón —manteniendo la atención cuidadosamente alrededor.

Alargó el brazo y apagó la lámpara.

La habitación quedó a oscuras.

Se volvió de costado, alejándose de la mesilla, subiéndose el edredón hasta el hombro. Cerró los ojos. Se quedó muy quieto y escuchó los sonidos ordinarios del edificio —el tic de las tuberías, el televisor lejano, el viento haciéndole algo al marco de la ventana— y esperó al sueño del modo en que se espera algo de lo que uno ya no está seguro de que vaya a venir.

Y entonces lo oyó.

Muy débil al principio. Una respiración. Después otra. El sonido húmedo, esforzado, desgarrado, de un cuerpo que ha olvidado cómo facilitar el proceso. Estaba cerca. Estaba muy cerca. Estaba al otro lado de la cama.

Daniel no se movió.

Se quedó tumbado de costado con los ojos apretados y los puños cerrados bajo la almohada y escuchó aquella respiración llenar la habitación, llenar la oscuridad, llenarlo todo, y pensó —como pensaba cada noche, como había pensado cada noche durante tres años— sé lo que hice. Sé lo que no hice. Lo sé.

Sobre la mesilla, justo fuera del círculo de luz de la lámpara que ya no estaba allí, la fotografía descansaba en su marco de madera oscura.

En ella: una versión más joven de Daniel, quizá de veinte o veintiún años, sentado en una silla con las manos en el regazo y una expresión a medio camino entre el amor y algo más complicado que el amor. Y a su lado, sentada en una silla a juego, una figura tan alta que la coronilla quedaba cortada por el borde superior de la

fotografía. Ropa oscura. Un sombrero. Las manos cruzadas sobre el puño de un bastón.

Ninguno de los dos sonreía.

En la oscuridad, al otro lado de la cama, algo respiraba.

CAPÍTULO DOS

El hombre de al lado

El piso de al lado llevaba once meses vacío.

Daniel lo sabía del modo en que uno sabe cosas sobre el edificio en el que vive —no porque hubiera buscado la información, sino porque se acumulaba, en silencio, del modo en que el polvo se acumula en las superficies que has dejado de limpiar. Sabía que el 7A había pertenecido a una señora mayor llamada Elliot, que se había mudado el noviembre anterior para vivir con su hija en el campo, y que había dejado atrás, según el portero, una cantidad notable de plantas a las que nadie se le había ocurrido regar. Sabía que el piso se había mostrado a posibles inquilinos seis o siete veces desde entonces —había oído la voz del portero en el pasillo, animada y profesional, señalando la luz natural, el espacio de almacenamiento, la tranquilidad— y que cada vez no había salido nada. El piso se había quedado vacío. El pasillo de fuera de su puerta se había quedado en silencio.

A él no le había importado.

El silencio, para Daniel Wren, se había convertido en un concepto relativo. Estaba el silencio de un pasillo vacío, que era simplemente la ausencia de sonido, y luego estaba el otro tipo —el que tenía textura y peso e intención, el que respiraba.

Si no se había acostumbrado a él, al menos se había vuelto experto en el arte de existir junto a él. A lo largo de tres años aprendías lo que se debía hacer y lo que no. Aprendías a no sentarte en ciertas sillas, a no entretenerte en el pasillo después de oscurecer, a no despertarte a las tres de la mañana y quedarte quieto, porque quedarte quieto le daba a la respiración espacio para

crecer. Aprendías a tener la televisión encendida, a cocinar comidas elaboradas que requerían atención constante, a llamar a tu madre los domingos por la noche y hablar más rato del que ninguno de los dos necesitaba estrictamente, solo para llenar el piso del sonido de una voz que no era la tuya y que no era —que no era aquello.

Estaba, en otras palabras, gestionándolo.

Y entonces, un sábado por la mañana de febrero, abrió la puerta de su casa para recoger el correo y se encontró el pasillo lleno de cajas.

Estaban apiladas a lo largo de la pared opuesta a su puerta y se extendían hacia el ascensor —cajas grandes de cartón cerradas con cinta, una alfombra enrollada, una lámpara de pie aún en su embalaje original, una bicicleta apoyada contra la pared con el manillar girado de lado para ocupar menos espacio. La puerta del 7A estaba abierta. Desde algún lugar del interior llegaban los sonidos de alguien moviéndose por un piso vacío —pasos sobre tablones desnudos, algo que se posaba, una ventana que se abría.

Daniel se quedó en su umbral con el correo en la mano y miró las cajas.

No estaba seguro de cuánto rato se quedó allí. Lo bastante para que los pasos del 7A cambiaran de dirección y se acercaran a la puerta abierta, y entonces el hombre apareció en el umbral.

Tenía aproximadamente la edad de Daniel, quizá uno o dos años más. Ojos oscuros, pelo oscuro que necesitaba un corte, llevaba una sudadera gris con las mangas remangadas y se movía con la facilidad sin afectación de alguien que aún no ha aprendido que un edificio nuevo requiere una nueva representación de uno mismo. Tenía una taza de algo en una mano —ya se había hecho un té, o había encontrado dónde comprarlo, lo primero— y miraba sus cajas con la expresión de un hombre haciendo un cálculo cuya respuesta ya conocía. Reparó en Daniel.

—Perdón por el pasillo —dijo—. Esta noche estará despejado, te lo prometo.

Su voz era baja y serena. No prometía nada en particular. Simplemente exponía un hecho.

—No pasa nada —dijo Daniel.

El hombre lo miró entonces como es debido, la rápida valoración abierta de alguien que ha decidido ser amable y está comprobando que la decisión está justificada. Lo que encontró pareció satisfacerlo, porque cambió la taza a la otra mano y dio un paso adelante.

—Marcus —dijo.

—Daniel.

Se dieron la mano en el pasillo, rodeados de cajas. La mano de Marcus era cálida y su apretón fue tranquilo, sin pretender demostrar nada.

—¿Llevas mucho aquí? —preguntó Marcus.

—Tres años.

—¿Buen edificio?

Daniel consideró la pregunta con más cuidado del que merecía.

—Tranquilo —dijo.

Marcus asintió, mirando alrededor del pasillo, la moqueta descolorida, la planta muerta de la señora Karos sobre la mesa junto al ascensor. Asimilándolo.

—Eso es lo que quería —dijo—. Algún sitio tranquilo.

Lo dijo de un modo que sugería que el sitio anterior no lo había sido. Daniel no preguntó.

—Avísame si necesitas algo —dijo Daniel, que era el tipo de cosa que se decía—. Estoy justo al lado.

—Lo sé —dijo Marcus, sonriendo ligeramente—. Lo deduje por la puerta.

Daniel volvió a entrar y se quedó en su pasillo y escuchó los sonidos de alguien instalándose en el piso de al lado y sintió, por primera vez en muchísimo tiempo, que la pared entre los dos pisos no era simplemente una pared.

Se quedó con la mano todavía en el interior de su puerta de entrada. No la había soltado. Lo notó y se obligó a soltarla y sintió la pequeña absurdidad de haber sostenido el pomo como si fuera un objeto que necesitara ser estabilizado. La pared a su izquierda era la pared que el 7A compartía con él. Había vivido contra esa pared durante tres años. Había oído, a través de ella, solo los silencios específicos de un espacio vacío —los ruidos que un edificio hace por sí mismo, las tuberías, el asentamiento, la percusión indiferente del

clima. La pared había sido una especie de borde. Había marcado el lugar donde su vida particular terminaba.

Ahora había alguien detrás de ella. Un hombre llamado Marcus que tenía una taza y una sudadera y una manera de mirarte que decidía ser amable y luego se contenía a sí misma.

Se dijo a sí mismo que no era nada.

Se le daba bien decirse cosas a sí mismo. Había refinado la práctica a lo largo de tres años hasta convertirla en algo cercano a una forma de arte —la narración interna, suave y firme, que mantenía los días ordenados y manejables. No es nada. Estás cansado. Estás proyectando. Eres un hombre de veintiocho años que no ha dormido bien desde que tenía veinticinco y que, en consecuencia, ha perdido cierta porción de su capacidad para distinguir entre lo que es real y lo que su mente está fabricando en el hueco.

Esto no era nada. Marcus era simplemente un nuevo vecino. El edificio tenía un nuevo ocupante, como los edificios lo tenían periódicamente, y Daniel oiría sus pasos a través de la pared y agua en las tuberías y, ocasionalmente, música a un volumen razonable, y la vida continuaría. Se hizo un café y se sentó a la mesa de la cocina y abrió el portátil y trabajó.

Al otro lado de la pared, los sonidos de una vida desempaquetándose continuaron.

Fue consciente de ellos toda la mañana. No de manera intrusiva —Marcus era discreto, organizado, trabajaba con una eficiencia metódica que producía solo los sonidos más necesarios. Pero Daniel era consciente de ellos del modo en que uno es consciente de una vela en una habitación oscura, no porque exija tu atención, sino porque la luz, por pequeña que sea, cambia la calidad de todo lo que tiene alrededor. Había alguien al otro lado de aquella pared. Alguien preparando té y cargando cajas y empujando muebles sobre tablones desnudos y existiendo del modo específico, irreductible, en que existe la gente cuando simplemente está sacando adelante su vida.

Daniel trabajó, y fue consciente de ello, y se dijo a sí mismo que no era nada.

A las doce y media fue a la cocina a hacerse la comida y oyó, muy débilmente, el sonido de una respiración.

Se detuvo.

Venía del pasillo. De la dirección de su dormitorio. El sonido húmedo, esforzado, desgarrado, cada respiración llegando como si el acto de respirar fuera una discusión que se estaba perdiendo a cámara lenta.

Se quedó de pie junto a la encimera con un cuchillo en una mano y un tomate en la otra y esperó.

La respiración volvió. Después otra vez. Después se fue, sustituida por los sonidos débiles, normales, de Marcus en algún punto al otro lado de la pared, pasando de habitación en habitación.

Daniel dejó el cuchillo. Dejó el tomate. Se quedó junto a la encimera un momento y después volvió a hacerse la comida porque no había otra cosa que hacer.

Vio a Marcus cuatro veces a lo largo de las dos semanas siguientes.

La primera fue dos días después de la mudanza, en el portal. Daniel volvía de la oficina y Marcus estaba recogiendo el correo, y se saludaron e intercambiaron el tipo de comentarios que intercambian los vecinos —el tiempo, la fiabilidad de la calefacción central, si el portero había contestado ya por la baldosa suelta del rellano de la segunda planta. Duró quizá cuatro minutos. Cuando terminó, Daniel subió por las escaleras en lugar de coger el ascensor y se quedó en su piso y sintió cómo aquellos cuatro minutos se reorganizaban y se reordenaban en su memoria, buscando un significado.

La segunda vez fue en las escaleras. Marcus subía y Daniel bajaba, y se cruzaron en el rellano de la cuarta planta, y Marcus dijo *¿día largo?* en un tono que sugería que ya podía ver la respuesta, y Daniel dijo *siempre*, y Marcus hizo un sonido que podría haber sido comprensión o reconocimiento, y siguieron moviéndose en sus direcciones separadas.

La tercera fue a través de la pared. Daniel estaba sentado en su salón un jueves por la noche, intentando leer, y oyó música del piso de al lado —algo con guitarra, a volumen bajo. No la música de

alguien que quería que lo oyeran. La música de alguien que está en su propio mundo, que ha olvidado que los mundos tienen paredes.

Daniel no leyó mucho aquella noche. Se quedó con el libro abierto en el regazo y escuchó la música hasta que paró, y después se quedó en el silencio que vino después y se dio cuenta de que era simplemente silencio. Solo silencio. La ausencia ordinaria de sonido.

Esa noche durmió mejor de lo que había dormido en meses.

La cuarta vez fue un sábado por la tarde. Daniel volvía de las tiendas —pan, leche, el aceite de oliva que se le seguía olvidando comprar— y se encontró a Marcus en el pasillo, junto a sus puertas, peleándose con una caja desmontable que se había rajado por un canto y que estaba intentando consumirse a sí misma. Daniel dejó las bolsas de la compra en el suelo sin que se lo pidieran y sostuvo la caja firme mientras Marcus la volvía a poner con cinta, y estuvieron muy cerca un momento en aquel pasillo estrecho, y Marcus levantó la vista y dijo *gracias* con una franqueza que era simplemente, sin ceremonia, cálida.

—¿Café? —dijo Marcus, enderezándose—. Como pago.

—Estoy… —empezó Daniel.

—Ya he desempaquetado la cafetera. Por fin. Llevo dos semanas viviendo de café soluble, ha sido genuinamente terrible.

Daniel miró la puerta del 7A. Miró sus bolsas de la compra en el suelo. Miró a Marcus, que no insistía —que simplemente estaba allí de pie con su caja recién encintada y sus modales tranquilos, haciendo una oferta que podía aceptarse o rechazarse con igual facilidad.

—Sí —dijo Daniel—. Vale.

El piso de al lado era más luminoso que el de Daniel. La misma distribución, en espejo —salón a la izquierda, cocina al frente, pasillo a la derecha que llevaba al dormitorio y al baño—, pero con una ventana orientada al sur que captaba la luz de febrero y hacía que todo el espacio pareciera mayor de lo que era. Marcus lo había dispuesto con sobriedad, con la sobriedad considerada de alguien que tenía o muy pocas cosas o que había tomado decisiones deliberadas sobre cuáles conservar. Libros en una estantería baja. Un sofá de cuero gastado. Una lámina grande en la pared de encima —

algo arquitectónico, columnas y arcos, un edificio que Daniel no reconoció.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniel, señalando con la cabeza la lámina mientras Marcus se movía en la cocina detrás de él.

—El Palacio de las Aguas Corrientes —dijo Marcus—. Buenos Aires. Es una estación de bombeo de agua. Lo sé, lo sé… No sabría decirte por qué. Simplemente me gustó.

—Está bien —dijo Daniel. Y lo estaba.

—Siéntate —dijo Marcus—. Tardará unos minutos.

Daniel se sentó en el sofá de cuero y miró las columnas y los arcos de la estación de bombeo de agua de Buenos Aires y escuchó los sonidos de Marcus haciendo café en la cocina. El tintineo de las tazas. El agua corriendo. Los pequeños sonidos precisos de alguien que está cómodo en su propio espacio.

Era extraño estar en aquel piso. No desagradablemente extraño —solo extraño del modo en que una imagen reflejada es extraña, familiar e invertida a la vez. Los mismos huesos, distinta piel. Había vivido tres años junto a un piso vacío, y ahora estaba sentado en él, y alguien lo había llenado de libros y de un sofá de cuero gastado y de una lámina de una estación de bombeo de agua argentina, y la luz de febrero entraba por la ventana orientada al sur, y era…

Daniel miró la ventana. Tenía un piso orientado al norte, idéntico en dimensiones, y nunca había pensado en su propia luz como deficiente hasta entonces. Se había acostumbrado a la grisura particular de sus habitaciones, al modo en que asumían el día sin comprometerse del todo nunca con él, y había llegado, a lo largo de tres años, a pensar en la grisura como simplemente el color de su vida. Sentado allí, en el sofá de Marcus, con la luz orientada al sur deslizándose lentamente por el suelo, fue consciente de que aquello había sido una elección. O —no exactamente una elección. El resultado de una elección que otra persona había hecho por él, hacía mucho tiempo, y que él había heredado sin examinarla.

Bien. Estaba bien.

Notó, distantemente, que no había pensado en la respiración desde que había cruzado la puerta.

Hablaron durante una hora y media.

Esto sorprendió a Daniel, que no había hablado con nadie durante una hora y media —voluntariamente, sin la estructura del trabajo o de la obligación— en más tiempo del que podía recordar cómodamente. Marcus trabajaba en urbanismo. Venía de otra ciudad, más al norte —no especificó cuál, y Daniel no preguntó, y había la sensación, no incómoda, de una vida que se estaba ofreciendo de manera selectiva. Le gustaban las películas, las buenas y las malas con igual entusiasmo. Tenía opiniones sobre el café y sobre el pan, ambas sostenidas con la convicción alegre de alguien que sabe que las opiniones son menores y las sostiene de todos modos.

Le hizo preguntas a Daniel —a qué te dedicas, has vivido siempre en la ciudad, conoces los buenos restaurantes del barrio— con un interés genuino y sin esfuerzo al que Daniel no estaba acostumbrado. No era un hombre al que se le hicieran preguntas habitualmente. Se había convertido, a lo largo de tres años, en alguien al que la gente miraba y decidía no presionar. Había algo en su cara o en sus modales, alguna cualidad de distancia amurallada, que desalentaba la indagación. Había llegado a depender de ello.

Marcus o no lo notó o no le importó.

—Pareces alguien que conoce bien un barrio —dijo Marcus en algún momento, rellenándole la taza a Daniel sin preguntar—. Como si lo caminaras de verdad. Hay gente que vive en un sitio durante años y no podría decirte qué hay en la manzana siguiente.

—Camino —dijo Daniel—. Es útil. Te despeja la cabeza.

Marcus lo miró. Sin sondear —solo mirando, con la franqueza que parecía ser simplemente como era.

—¿Mucho que despejar?

Daniel consideró la pregunta.

—Lo suficiente —dijo.

Marcus asintió, como si aquella fuera una respuesta completa y satisfactoria, y pasó a otra cosa.

Cuando Daniel finalmente se puso de pie para irse —la luz había cambiado, la tarde había resbalado de lado hacia el principio del anochecer sin que él se diera cuenta—, Marcus lo acompañó hasta la

puerta y se apoyó en el marco del modo en que se apoya la gente cuando no tiene ninguna prisa particular por que te vayas.

—Gracias por el rescate de la caja —dijo.

—Gracias por el café —dijo Daniel.

Volvió a su propio piso y cerró la puerta y se quedó en el pasillo. El piso se sentía distinto de un modo que no podía nombrar con precisión —las mismas habitaciones, los mismos muebles, las mismas fotografías en las paredes, pero con cierta cualidad del aire ligeramente alterada. Como si se hubiera abierto una ventana en algún sitio y se hubiera vuelto a cerrar, dejando la habitación ligeramente cambiada.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo.

No podía recordar la última vez que lo había hecho sin esforzarse.

Aquella noche, tumbado en la cama con la lámpara apagada y la oscuridad apretándose cerca de él, lo oyó.

No débil, no distante, no el casi-sonido ambiguo que podía explicarse como tuberías o viento o el trabajo traicionero de una mente privada de sueño. Estaba cerca. Estaba en la habitación. La respiración llenaba la oscuridad del modo en que el agua llena un recipiente, encontrando cada esquina, desplazando todo lo demás. Pero había algo distinto en ella esa noche —algo por debajo del jadeo y el traqueteo familiares, por debajo de la labor húmeda de cada inhalación, cada exhalación.

No era más fuerte. Era más airada.

Daniel se quedó muy quieto.

No habría sabido decir qué la hacía distinta —seguía siendo solo una respiración, no había palabras, ningún sonido que el lenguaje pudiera transcribir. Pero la cualidad de la respiración había cambiado, del modo en que un silencio puede cambiar de cualidad sin romperse, y Daniel lo sintió como se siente un cambio en la presión barométrica, en los huesos en lugar de en los oídos. La respiración llegaba y llegaba y llegaba, constante e implacable y furiosa, y Daniel se quedó con los puños cerrados bajo la almohada y la cara vuelta hacia la pared —lejos de la mesilla, lejos de la fotografía— y miró la oscuridad.

Pensó en la ventana orientada al sur. La luz de febrero. Las columnas y los arcos de una estación de bombeo de agua en Buenos Aires.

Pensó en Marcus diciendo *pareces alguien que conoce bien un barrio*, y la calidez incalculada, sin nada de particular, de ello.

La respiración no paró.

No paró durante muchísimo rato.

CAPÍTULO TRES

El hombre del cementerio

El traje le quedaba demasiado apretado en los hombros.

La madre de Daniel lo había comprado tres días antes, con prisas, en la única tienda del centro del pueblo que vendía ropa formal para niños, y lo había comprado una talla más grande porque los niños crecen, había dicho, medio para él, medio para sí misma, de pie en el probador con los ojos muy brillantes y la voz muy serena, los niños crecen y volverás a necesitarlo. Y, aun así, de algún modo le quedaba demasiado apretado en los hombros, y el cuello de la camisa que llevaba debajo se le clavaba en un lado del cuello de un modo que no podía dejar de notar, y le habían dicho que no se moviera.

Estaba intentando no moverse.

Estaba de pie junto a su madre en la primera fila de la iglesia y trataba de estarse muy quieto y pensaba en el cuello de la camisa y trataba de no mirar la caja que había al fondo de la iglesia, la caja larga y oscura con asas de latón, porque mirar la caja hacía que algo le pasara en el pecho que aún no sabía cómo nombrar. Tenía seis años y sabía lo de la muerte —

se lo habían explicado, con cuidado, con la suavidad particular que usan los adultos cuando están explicando algo que ellos mismos no terminan de entender—, pero el conocimiento y la comprensión son cosas distintas, y él comprendía solo que su padre estaba dentro de la caja, y que la caja iba a meterse en la tierra, y que después de aquel día la casa sería distinta de un modo que nadie había sido capaz de explicarle del todo.

Su madre estaba muy quieta junto a él. Llevaba muy quieta tres días. Se movía por la casa como si estuviera aprendiendo a caminar en una gravedad nueva, cuidadosa y precisa, posando las cosas con suavidad, hablando en voz baja, manteniendo las manos ocupadas. No había llorado delante de él. Sospechaba que lloraba por las noches, porque a veces por la mañana su cara parecía algo que había sido lavado y puesto a secar, limpia y un poco en carne viva. Pero delante de él estaba simplemente muy quieta, y él intentaba ser como ella.

El cuello de la camisa se le clavaba en el cuello.

No se movió.

El cementerio estaba frío y quieto, el cielo del color del peltre viejo, ese tipo de cielo de febrero que no se compromete con nada y lo retiene todo. La hierba entre las lápidas estaba muy verde después de una semana de lluvia, ese tipo de verde que parece casi agresivo contra la luz pálida, y Daniel la miró porque era algún sitio donde mirar que no fuera la caja, que estaba siendo bajada ahora por cuatro hombres a los que su padre había conocido, sus rostros fijos en expresiones de esfuerzo y algo más, algo que los adultos llevaban en estas ocasiones, una especie de armadura.

Le sostenía la mano a su madre. Ella se la sostenía a él.

Era consciente de las personas a su alrededor sin verlas con claridad. Eran muchas —más de las que había esperado, porque no había pensado en su padre como en alguien que contuviera a muchas personas, que tuviera una vida que se extendiera hacia fuera en todas las direcciones para tocar todas aquellas caras, todos aquellos abrigos oscuros, todas aquellas cabezas cuidadosamente inclinadas. Pero, por supuesto, era así. Por supuesto que su padre había sido una persona que existía en el mundo, que tenía colegas y amigos y gente que le había conocido durante décadas, que ahora estaban de pie en aquel cementerio frío viendo cómo una caja era bajada a la tierra y pensando sus propios pensamientos sobre él. Daniel no habría sabido decir por qué le sorprendía esto. Simplemente le sorprendía.

La caja llegó al fondo.

Alguien empezó a hablar.

Daniel miró la hierba.

Después, de vuelta en la casa —el salón reorganizado para acomodar a la gente, sillas traídas de la cocina, vecinos y compañeros de trabajo llenando el espacio con sus abrigos oscuros y sus voces calladas y la comida que habían traído, guisos y bizcochos y bandejas de sándwiches alineadas a lo largo del aparador—, Daniel se sentó en el sillón del rincón, el que había sido de su padre, y se comió un sándwich que no saboreó y observó la habitación.

Su madre se movía por ella. Se había convertido, en el espacio del trayecto desde el cementerio hasta la puerta de casa, en alguien ligeramente distinta —más erguida, más presente, la quietud transformada en una especie de solidez gentil que permitía que la gente se acercara a ella y dijera lo que necesitaban decir y lo recibiera sin romperse visiblemente. La observó hacerlo y pensó que se le daba muy bien. Pensó que probablemente había tenido que aprender a hacerlo bien deprisa.

A Daniel también se le acercaba la gente. Adultos cuyos nombres no conocía, o conocía y no podía situar, agachándose hasta su altura con sus caras adultas cuidadosas y diciendo cosas como *tu padre era un hombre maravilloso* y *estaba muy orgulloso de ti* y *si necesitas cualquier cosa*. Él decía gracias cada vez, porque era lo que se decía, y observaba sus caras hacer la cosa que hacían cuando habían dicho lo que habían venido a decir y se estaban alejando, una especie de breve alivio, una soltura.

Se comió otro sándwich.

Estaba mirando la ventana —el cielo plomizo de fuera, que se había comprometido ya con la lluvia, una lluvia fina y persistente que oscurecía los adoquines de la calle de abajo— cuando se hizo consciente de que alguien se acercaba. No con la aproximación tentativa, disculpada, de los demás. Era un tipo distinto de movimiento, constante y deliberado, la aproximación de alguien que estaba acostumbrado a ocupar espacio y no sentía la necesidad de disculparse por ello.

Se apartó de la ventana.

El hombre era alto. Eso fue lo primero —la altura, ese tipo de altura que reorganiza el espacio que la rodea, que hace que los

techos parezcan más bajos y las habitaciones más pequeñas. Era viejo, o le parecía viejo a Daniel, lo que a los seis años significaba cualquiera con plata en las sienes y arrugas alrededor de los ojos, aunque podría haber tenido entre cincuenta y sesenta y cinco años. Iba bien vestido, con un traje oscuro que le quedaba bien, y llevaba un sombrero en las manos —un sombrero de ala ancha, que evidentemente se había quitado al entrar y que había sostenido desde entonces, haciéndolo girar lentamente entre los dedos. Tenía una quietud que era distinta de la quietud de la madre de Daniel. La de ella era la quietud de algo sostenido en su sitio con cuidado. Esta era la quietud de algo que simplemente era.

Se detuvo delante de Daniel y lo miró.

Sus ojos eran oscuros, y eran amables. Eso fue lo que Daniel notó. Cualquier otra cosa que hubiera en ellos —y había más, podía sentirlo del modo en que uno siente el tiempo que se acerca, sin ser capaz de nombrar la forma específica que tomará— había algo en ellos que era genuinamente amable.

—Tú debes de ser Daniel —dijo el hombre.

Su voz era baja y cuidadosa. La voz de alguien que elegía las palabras de una en una.

—Sí —dijo Daniel.

—Trabajaba con tu padre —dijo el hombre—. Durante mucho tiempo. Era un buen hombre. Uno de los mejores que he conocido.

Lo dijo sin más, sin adornos, como si fuera simplemente un hecho que estaba comunicando.

—Lo siento mucho.

Daniel dijo gracias, del modo en que llevaba diciéndolo toda la tarde.

El hombre se agachó —un movimiento lento y deliberado, una mano apoyándose brevemente en la rodilla— para estar más cerca del nivel de Daniel. No del todo a su altura. Seguía siendo demasiado alto para eso, su cara seguía estando algo por encima de la de Daniel, el sombrero seguía girando entre sus manos grandes. De cerca, Daniel podía ver que su cara estaba curtida del modo en que se curten las caras tras años de estar al aire libre, tras años de vivir en lugar de simplemente atravesar.

—¿Sabes lo que decía siempre tu padre de ti? —preguntó el hombre.

Daniel negó con la cabeza.

—Decía que eras el niño más serio que había conocido —dijo el hombre, y había algo en su voz que era casi cálido, o el recuerdo de la calidez—. Lo decía como un cumplido. Pensaba que la gente seria sentía las cosas más profundamente.

Hizo una pausa.

—Creo que tenía razón.

Daniel lo miró.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Daniel.

—Edmund —dijo el hombre—. Edmund Hale.

Se enderezó otra vez hasta su altura completa, lo que pareció llevarle un momento, y se acomodó el sombrero entre las manos y miró a Daniel desde arriba con aquellos ojos oscuros y amables.

—Cuida de tu madre —dijo. No era una frase hecha. Tenía la cualidad de una instrucción dada por alguien que esperaba que se cumpliera—. Va a necesitarte.

Daniel asintió.

Edmund Hale lo miró un momento más —aquella cualidad de evaluación de nuevo, de algo siendo medido y encontrado a la altura de cierto patrón— y después se volvió y se internó de nuevo en la habitación, y el espacio alrededor de Daniel se reconstituyó, y la lluvia fina continuó al otro lado de la ventana, y los platos de comida a lo largo del aparador estaban siendo gradualmente reducidos, y en algún lugar al otro lado de la habitación la madre de Daniel estaba recibiendo las palabras cuidadosas de otra persona con su solidez cuidadosa, y Daniel se volvió hacia la ventana y miró la calle mojada de abajo.

Pensó en lo que Edmund Hale había dicho. *Pensaba que la gente seria sentía las cosas más profundamente.*

Apretó la yema del dedo contra el cristal frío de la ventana y vio cómo su aliento la empañaba ligeramente y pensó que él no se sentía como un niño serio. No sabía cómo se sentía. Se sentía como un niño con un traje que le quedaba demasiado apretado en los hombros, en una habitación llena de gente que estaba cargando con

algo que él no podía ver del todo, en un día que dividiría su vida en antes y después de modos que aún no podía entender.

Pensó en la caja en la tierra.

Pensó en la hierba verde contra el cielo apagado.

Apartó el dedo del cristal y se volvió hacia la habitación.

Había algo que quería preguntarle a su madre. Llevaba todo el día esperando para preguntárselo, dándole vueltas a la pregunta en las manos del modo en que había hecho girar la barandilla de latón del banco de la iglesia, encontrándole la forma. Era una pregunta pequeña y era una pregunta grande. Era la pregunta de si su padre, dentro de la caja, en la tierra, tendría frío allí. Sabía la respuesta que le darían los adultos —la había oído por adelantado, en la voz del párroco, en las explicaciones cuidadosas de los últimos tres días. La respuesta era que su padre ya no estaba dentro de la caja. La respuesta era que la caja era simplemente una caja. Lo entendía. Tenía ya, a los seis años, el tipo de mente que podía entender una cosa y no creérsela simultáneamente, y quería preguntarle a su madre la pregunta de todos modos, no porque esperara una respuesta distinta, sino porque el preguntar en sí era algo que necesitaba hacer.

No la preguntó.

Miró la habitación de abrigos oscuros y voces calladas y decidió que la pregunta tendría que esperar, del modo en que las preguntas habían empezado, en los últimos tres días, a esperar.

Su madre lo estaba buscando. Podía darse cuenta por el modo en que sus ojos se movían por la habitación —sistemáticos, controlados, del modo en que uno busca algo cuando no se puede permitir el lujo de perder los nervios. Levantó la mano, solo ligeramente, y ella lo encontró y su cara hizo algo que no fue del todo una sonrisa pero que era adyacente a una, algo más callado y más privado.

Se bajó del sillón y se acercó a ella.

No se volvió a mirar a Edmund Hale.

Si lo hubiera hecho, lo habría encontrado de pie en el borde más alejado de la habitación, sombrero en mano, observándolos a los dos.

CAPÍTULO CUATRO

El hombre de la boda

El vestido que llevaba su madre era de seda color marfil, bien cortado y elegante, algo que había llevado tiempo y cuidado encontrar.

Edmund había insistido en pagarlo —una oferta hecha con tanta delicadeza que la madre de Daniel la había aceptado sin la habitual ansiedad por el dinero, sin la callada aritmética mental que había acompañado cada compra que Daniel pudiera recordar. Se había cogido tres días libres en el trabajo para prepararse, y se notaba —llevaba el pelo arreglado como es debido por alguien que sabía lo que hacía, las uñas pintadas de un rosa suave, el rostro compuesto de un modo que sugería que había tomado la decisión deliberada de estar presente para aquel momento en lugar de simplemente soportarlo. Daniel pensó que estaba guapa. Pensó también que parecía asustada, aunque lo disimulaba bien.

Daniel llevaba un traje gris carbón —un traje de verdad, no uno comprado a toda prisa en cualquier tienda que tuviera algo de su talla— y le quedaba perfectamente en los hombros. Edmund lo había llevado a que le tomaran las medidas a una sastrería un sábado por la mañana, un local discreto con paneles de madera oscura y un hombre que hablaba muy poco y trabajaba con mucha precisión. Daniel se había quedado de pie sobre una pequeña tarima mientras el sastre se movía a su alrededor con la cinta métrica, y Edmund se había sentado en un sillón de cuero cercano con sus piernas largas estiradas y había observado todo el proceso con la satisfacción serena de alguien que está haciendo bien algo necesario. No había mencionado ni una sola vez el coste, lo que Daniel comprendía —de

tanto observar a su madre durante seis meses— significaba que el coste no era una preocupación.

A esto le había costado un poco acostumbrarse.

La vida había cambiado en silencio desde que Edmund había entrado en ella. No del modo dramático y desorientador del duelo —que lo había rehecho todo de la noche a la mañana, había vuelto la casa extraña y el futuro inimaginable—, sino gradualmente, de forma incremental, del modo en que sube la marea. La casa era la misma casa pequeña adosada. Su madre seguía trabajando las mismas horas. Seguían viviendo en la misma calle, seguían yendo andando a las mismas tiendas. Pero ahora había mejor comida —fruta fresca en cuencos, cortes de carne de calidad los domingos, ese tipo de abundancia sin nada de particular que Daniel no había sabido echar de menos hasta que la había tenido. Su madre ya no planchaba por las noches después de acostarlo a él. Edmund tenía coche, uno de verdad, no antiguo y caprichoso como los coches que su madre había conducido siempre, y a veces los fines de semana los sacaba de la ciudad a sitios que Daniel solo había visto en libros —la costa, el campo, una ciudad con catedral cuyo nombre había aprendido en el colegio.

Tenía siete años y medio, casi ocho, y se había acostumbrado a Edmund del modo en que uno se acostumbra a las cosas buenas cuando es lo bastante joven para aceptarlas sin sospecha.

La iglesia era pequeña y antigua —una iglesia parroquial al final de la calle de su madre, construida con piedra pálida que el clima y el tiempo habían oscurecido. Quizá cuarenta personas llenaban los bancos, en su mayoría del trabajo de su madre y del de su padre, gente que la había visto hacer el duelo durante dos años y que ahora había venido a verla intentarlo de nuevo. Daniel se sentó en el primer banco junto a su madre y a Edmund, y miró la luz de colores que entraba por la ventana del este y trató de no juguetear con sus puños.

El párroco era anciano y amable, y habló de las segundas oportunidades de un modo que las hacía sonar como una parte natural del orden de las cosas, como las estaciones. Daniel, sentado muy quieto, pensó en el funeral de su padre —en el cielo pálido y la

caja bajando, en Edmund de pie al fondo de la habitación observándolos a los dos. Trató de mantener las dos imágenes juntas: aquel día y este, el mismo hombre presente en ambos. No conseguía hacerlo del todo. El Edmund de aquel cementerio y el Edmund de los últimos seis meses todavía no se habían resuelto en la misma persona en la mente de Daniel. Lo estaba intentando.

Cuando el párroco preguntó si Edmund tomaría a su madre para quererla y cuidarla, Edmund dijo *sí, quiero* con su voz baja y cuidadosa, y Daniel sintió como algo se le apretaba en la garganta. No era exactamente tristeza ni alivio, sino algo a medio camino entre las dos cosas.

Cuando se intercambiaron los anillos, las manos de Edmund estaban muy firmes.

Cuando el párroco los declaró marido y mujer, Edmund se volvió y miró a la madre de Daniel con una expresión tan abierta y sin guardia que Daniel tuvo que apartar la mirada —no por vergüenza, sino por la sensación de estar presenciando algo demasiado privado para los testigos. Después los ojos de Edmund se trasladaron a Daniel, y lo incluyó en aquella expresión, y Daniel comprendió —sin que nadie tuviera que decirlo— que aquello no era simplemente Edmund casándose con su madre. Aquello era Edmund eligiendo quedarse.

Después caminaron de vuelta a la casa, una pequeña procesión de abrigos oscuros y conversación silenciosa por la acera, y al cabo de una hora el salón estaba lleno.

Las amigas de su madre habían venido temprano para ayudar con la comida —embutidos y ensaladas dispuestos en los platos buenos, una tarta de varios pisos en la que una compañera de trabajo había trabajado dos días, cuencos de cosas que a Daniel le permitían picar sin que le dijeran que esperara a la cena. Edmund había traído vino, varias botellas de algo claramente mejor que el del supermercado, y parecía transformar incluso la pequeñez familiar del salón en algo que se sentía como una celebración como es debido. Había traído también un equipo de música portátil y una pila de casetes, y la música que sonaba era cálida y discreta, ese tipo de

música que hace que una habitación parezca más grande de lo que es.

Daniel se movió por la tarde en una especie de aturdimiento agradable. Comió demasiada tarta. Varias compañeras de su madre le dieron besos en la mejilla y los soportó pacientemente. Encontró un rincón cerca de la ventana donde podía observar la habitación sin ser visto.

Observó a Edmund.

Edmund se movía por la reunión del modo en que se movía por todo —con una desenvoltura deliberada, sin urgencia, haciendo que la gente se sintiera atendida individualmente. Escuchaba. Reía, cuando la gente era graciosa, y la risa era genuina. Le llevaba té a la madre de Daniel sin que se lo pidiera y le tocaba la mano al dárselo, brevemente, del modo en que se toca algo que uno se alegra de tener.

En un momento dado, Edmund encontró a Daniel en la cocina intentando alcanzar un vaso del armario alto.

—Deja —dijo, y alargó el brazo por encima de él. Su mano era muy grande. Le sirvió agua a Daniel con el mismo cuidado que ponía en todo, y Daniel cogió el vaso y bebió y pensó que aquello —aquella atención pequeña y sin prisa— era lo que significaba estar bien atendido. No solo estar alimentado, vestido y vivo, sino ser notado. Merecer un vaso de agua, servido con cuidado, sin haberlo pedido.

Más tarde, Edmund bailó con su madre en el salón. Era una canción lenta, algo antiguo y suave, y Edmund la sostenía con cuidado, con la barbilla apoyada ligeramente en la coronilla de ella. Su madre parecía muy pequeña a su lado—Daniel no había notado hasta entonces lo pequeña que era, cuánto tenía que mirar hacia arriba para encontrar los ojos de Edmund, cuán perfectamente parecía encajar en el espacio que la altura de él creaba a su alrededor. Daniel observó desde la puerta y sintió cómo algo en él que llevaba inestable desde el funeral de su padre se asentaba.

Edmund le buscó la mirada a Daniel por encima de la cabeza de su madre y le guiñó un ojo.

Al final del día, cuando la gente empezaba a recoger los abrigos y a despedirse, Edmund encontró a Daniel en el pasillo.

—Tengo algo para ti —dijo—. Ven un momento.

Lo condujo a la cocina, lejos de los invitados que quedaban, y cerró la puerta. Después metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un reloj. Era de oro, anticuado, con una esfera de esmalte azul oscuro y números finos en plata. Incluso para el ojo poco entrenado de Daniel era claramente un objeto de cierto valor, de cierta antigüedad —no un adorno, sino un objeto que había sido usado y conservado y llevado.

—Era de tu padre —dijo Edmund—. Lo llevó encima cada día que lo conocí. Hablaba de ti a menudo, ¿sabes? A menudo.

Lo dijo del modo llano y factual con que decía todo, como si el hecho en sí fuera suficiente y no necesitara adornos.

—Estaba muy orgulloso de ti. Pensé que deberías tenerlo.

Daniel cogió el reloj. Estaba caliente del bolsillo de Edmund y pesaba más de lo que había esperado. Le dio la vuelta y vio, en el reverso, una pequeña inscripción: *Para Richard — E.H., 1985.*

La inscripción había sido grabada con una letra cursiva cuidadosa. Daniel pasó el pulgar por encima de las letras. El metal era lo bastante blando como para que los cortes estuvieran ligeramente gastados, como si muchos pulgares a lo largo de muchos años hubieran hecho lo que Daniel estaba haciendo ahora, y las letras hubieran sido pulidas, gradualmente, por haber sido leídas con los dedos. Daniel nunca había poseído un objeto que hubiera sido leído de aquel modo. Los objetos que poseía a los siete años eran objetos que habían comenzado su vida con él —regalos de cumpleaños, cosas del colegio—, y el reloj era distinto de aquellos en un sentido que no había encontrado antes de aquel momento. El reloj tenía una historia. El reloj había estado en algún sitio, con alguien, antes de llegar a él. El reloj era, en algún sentido que aún no podía articular, lo primero antiguo que había sostenido en las manos.

—Yo se lo regalé —dijo Edmund—, cuando llevábamos unos años siendo amigos. Pensé que era apropiado que tú lo tuvieras ahora. Nos conecta, ¿no? A ti, a tu padre y a mí.

Daniel levantó la vista para mirarlo.

—Ahora soy tu padre, Daniel —dijo Edmund. No del modo en que la gente decía a veces ciertas cosas en las bodas —con la emoción brillante y representada de una ocasión. Del modo silencioso y seguro con que decía todo lo que pensaba—. En todos los sentidos que importan. Y quiero que sepas que no me voy a ir a ninguna parte.

Daniel asintió. Su garganta había hecho la cosa que hacía cuando estaba intentando no llorar, y tenía siete años y le habían dicho que no se moviera y estaba haciendo lo que podía.

Edmund le apoyó una mano en el hombro. El agarre era firme y cálido. Después lo guio con suavidad de vuelta hacia la puerta y el ruido de los invitados que quedaban, y Daniel fue, llevando el reloj con las dos manos.

Aquella noche, después de que todos se hubieran ido, después de que su madre se hubiera cambiado de vestido con una especie de asombro en los movimientos, después de que Edmund hubiera hecho té y se hubiera acomodado en el sofá junto a ella con la facilidad cómoda de alguien que ya había hecho aquello mil veces, Daniel se tumbó en la cama y sostuvo el reloj sobre él en la oscuridad.

Lo escuchó hacer tic.

El tic era pequeño y constante y seguía sin parecer exigirle nada, lo cual era una cosa que le gustaba. El reloj de la pared de su dormitorio tenía un tic que llegaba pesadamente, cada segundo empujándose hacia delante, exigiendo ser notado. El reloj era distinto. El reloj hacía tic del modo en que la respiración entra y sale —en segundo plano de sí misma, atendiendo a su propio trabajo sin necesitar aplausos. Daniel se lo acercó al oído y pensó que aquello era lo que su padre había escuchado, cada día, durante todo el tiempo que había sido suyo. Pensó que su padre había llevado aquel ruido pequeño y constante en el bolsillo mientras hacía todas las cosas ordinarias —conducir, trabajar, llevar a Daniel sobre los hombros— y que el ruido le había sobrevivido, estaba aquí ahora, en la habitación de Daniel, fiel a una persona que ya no estaba presente para ser servida por él.

Lo escuchó hacer tic.

Fuera de su ventana, la calle estaba tranquila y silenciosa, y abajo su madre se reía suavemente de algo que había dicho Edmund, y la casa estaba llena de un modo en que no lo había estado en dos años. No ruidosa. Solo llena. La plenitud de un espacio que había estado vacío y que ya no lo estaba.

Daniel le dio la vuelta al reloj y trazó la inscripción con el pulgar. *Para Richard — E.H., 1985.* Su padre. Su padrastro. El hilo entre ellos, sostenido en oro, haciendo tic constante en la oscuridad.

Cerró los ojos y se permitió creer que aquello era lo que se sentiría el resto de su vida.

No sabía, entonces, que las creencias así tienen tendencia a romperse en proporción a la totalidad con que uno las sostiene.

CAPÍTULO CINCO

Quédate

Marzo llegó sin ceremonia.

La ciudad hizo lo que hacía siempre en el cambio de estación —no calentarse exactamente, sino suavizarse, los bordes duros de febrero ligeramente difuminados, la luz durando unos minutos más cada tarde como si pusiera a prueba si alguien se daba cuenta. Daniel se daba cuenta. Se había vuelto, a lo largo de tres años de no dormir bien, agudamente sensible a la calidad de la luz —al momento preciso en que la oscuridad fuera de sus ventanas cambiaba del negro absoluto del invierno profundo a algo con un poco de gris dentro, algo que admitía la posibilidad de la mañana.

Estaba durmiendo mejor.

Estaba intentando no pensar con demasiado cuidado en por qué.

Se había convertido, sin que ninguno de los dos pareciera haberlo decidido, en una costumbre.

Café los sábados por la mañana. A veces también los domingos. Marcus llamaba —dos golpes, sin prisa, los mismos cada vez— y Daniel abría la puerta y entraban en el 7A y Marcus hacía café con la seriedad de alguien que está realizando un procedimiento que importa, y se sentaban a la mesa pequeña junto a la ventana orientada al sur y hablaban. No era complicado. No se anunciaba. Simplemente sucedía, del modo en que se forman las costumbres cuando nadie les presta la suficiente atención como para detenerlas.

Daniel se había encontrado, un martes, escuchando los dos golpes. No esperándolos —aún no se había permitido la palabra *esperando*—, sino escuchando, con la quietud particular y alerta de alguien que no se ha dado cuenta de que ha empezado a escuchar.

Había estado en su portátil y el trabajo había continuado y la mañana se había movido a su alrededor, y en algún momento se había hecho consciente de que una porción de su atención había estado vuelta, todo el rato, hacia la pared a su izquierda. No era sábado. No iban a llegar dos golpes. Aun así había escuchado.

Lo había registrado y después, con la voz interior cuidadosa que usaba para las cosas que necesitaban ser gestionadas, lo había dejado de lado.

Café los sábados por la mañana. A veces también los domingos. Marcus llamaba —dos golpes, sin prisa, los mismos cada vez— y Daniel abría la puerta y entraban en el 7A y Marcus hacía café con la seriedad de alguien que está realizando un procedimiento que importa, y se sentaban a la mesa pequeña junto a la ventana orientada al sur y hablaban. No era complicado. No se anunciaba. Simplemente sucedía, del modo en que se forman las costumbres cuando nadie les presta la suficiente atención como para detenerlas.

El café fue lo que más sorprendió a Daniel.

Nunca había sido una persona de café —o, mejor dicho, lo había bebido del modo en que la mayoría de la gente lo bebía, como un mecanismo, como combustible, sin atención particular. El café que llevaba años haciéndose venía de un bote y sabía aproximadamente a la idea de café, y lo había considerado suficiente. Marcus había cambiado eso sin proponérselo.

—Bebes café soluble —había dicho Marcus una mañana, al reparar en el bote que había en la encimera de Daniel cuando este había ido brevemente a su piso a por algo. Lo había dicho del modo en que dirías *llevas conduciendo con un pinchazo*: no descortésmente, sino con genuina preocupación por un problema corregible.

—Sí —dijo Daniel.

—Vente.

Lo que siguió fueron veinte minutos de Marcus explicando, con la actitud de alguien que ha pensado cuidadosamente sobre una cosa y se alegra de poder por fin compartir el pensamiento, la diferencia entre variedades, niveles de tueste, la importancia del tamaño de molienda, las propiedades particulares de la cafetera de émbolo

frente a otros métodos. Daniel había escuchado con más atención de la que solía dar a esas cosas, en parte porque Marcus era interesante cuando hablaba de cosas que le importaban, y en parte porque el café que resultó de aquella explicación fue genuina, sorprendentemente bueno. Oscuro y complejo, ligeramente amargo, con algo por debajo del amargor que lo suavizaba.

—Esto está distinto —dijo Daniel, sosteniendo la taza.

—Esto es a lo que sabe el café de verdad —dijo Marcus.

Después de aquello, Daniel se había comprado una cafetera de émbolo. Había ido a la pequeña tienda independiente de tres calles más allá por la que había pasado un centenar de veces sin entrar, y había comprado una bolsa de granos que costaba más de lo que estaba acostumbrado a gastar, y los había molido y había hecho café y se había quedado de pie en su cocina un martes por la mañana y había pensado, con una claridad que lo sorprendió, que las cosas pequeñas podían cambiar.

Vieron una película una noche en la tercera semana de marzo.

Daniel lo había sugerido —tentativamente, consciente de la rareza de sugerirlo, de lo que implicaba sobre la forma que había tomado su amistad. Marcus había aceptado con su característica falta de ceremonia, y se habían sentado en el sofá de cuero gastado del 7A con las luces bajas mientras la película se proyectaba en el portátil de Marcus sobre la mesita. Daniel la había elegido: una película portuguesa que había visto una vez antes, lenta e interior, sobre un hombre que volvía a un pueblo que había abandonado décadas atrás. La mayoría de la gente la encontraba demasiado silenciosa. Daniel la había visto en un cine casi vacío hacía dos años y había estado pensando en ella durante una semana después.

Marcus la vio sin mirar el móvil. Al final se quedó sentado en la luz azul de los créditos un momento antes de decir nada.

—Esa última escena —dijo—. La forma en que la cámara se queda en su cara.

—Sí —dijo Daniel.

—No te dice lo que ha decidido. Tienes que averiguarlo.

—O no —dijo Daniel—. Puedes dejarlo sin resolver.

Marcus lo miró de reojo.

—¿Tú podrías? ¿Dejarlo sin resolver?

Daniel consideró la pregunta seriamente.

—No —dijo—. La verdad es que no.

Marcus hizo un sonido que no fue exactamente una risa.

—Yo tampoco.

Se quedaron en el silencio del piso un momento —el silencio fácil y poco exigente de dos personas que se han quedado sin cosas que decirse y que están a gusto con ese hecho— y Daniel pensó: *así es como se siente. Estar a gusto.* Lo había olvidado. Llevaba tanto tiempo sin ello que había dejado de notar la ausencia, del modo en que dejas de oír un ruido que ha estado presente demasiado tiempo.

Notó la ausencia de la ausencia, que era una sensación completamente distinta.

No le había contado nada a Marcus.

Era la parte que se le sentaba inquieta cuando la examinaba, lo cual intentaba no hacer demasiado a menudo. Marcus conocía la superficie de la vida de Daniel —su trabajo, sus gustos en películas, su relación con el café, el interés moderado y genuino que se tomaba por el fútbol sin pertenecer a ninguna tribu particular del mismo. Le había contado a Marcus un partido que había visto a medias en el portátil la semana anterior, una jugada concreta que lo había detenido a mitad de un correo, y Marcus se había inclinado hacia delante con un reconocimiento que sugería que él lo entendía —el modo en que el fútbol podía emboscarte con sus momentos ocasionales de pura belleza poco práctica, aunque uno no fuera devoto de él.

Pero no le había contado a Marcus lo de las noches.

No le había contado a Marcus lo de la respiración, ni lo de las fotografías, ni lo de la figura del ascensor, en la que aún no podía obligarse a pensar directamente. No se lo había contado a nadie, en tres años, porque no había nada que contar que no sonara a la confesión de una mente desbaratándose, y la mente de Daniel no estaba —estaba bastante seguro— desbaratándose. O lo había estado, quizá, y ahora estaba —quizá— haciendo otra cosa. Algo que se sentía casi como lo contrario.

Marcus existía en la mitad diurna de su vida. Daniel mantenía las dos cosas separadas con la diligencia cuidadosa de alguien que mantiene una estructura que sabe que es temporal.

La presencia, mientras tanto, había cambiado.

Era más difícil de cualificar que de sentir —un cambio de registro más que de sustancia, como una pieza musical que ha estado sonando en clave menor y ha pasado ahora a algo aún más oscuro, por debajo de lo que el oído puede identificar técnicamente. Estaba allí más a menudo. No solo de noche, no solo en las horas oscuras concretas entre las dos y las cuatro en que el edificio estaba más silencioso y la respiración podía llenar una habitación sin competencia. Estaba allí ahora también por las tardes, en el borde de las habitaciones, en la cualidad particular de una sombra en el pasillo.

Nada que Daniel pudiera señalar. Nada que cualquier otro hubiera visto.

Pero lo sentía como sentía los cambios en la presión barométrica, en el cuerpo en lugar de en la mente.

Un martes por la tarde llegó a casa del trabajo y se encontró el piso frío. No el frío de una ventana dejada abierta, sino el frío de un espacio del que se ha sustraído deliberadamente el calor, ese tipo de frío que tiene intención. Encendió todas las luces y se quedó de pie en la cocina y escuchó. El edificio estaba silencioso a su alrededor. Al otro lado, a través de la pared, no oía nada —ni música, ni pasos, el silencio particular y ordinario de un piso entre sonido y sonido.

Hizo la cena y se la comió de pie junto a la encimera, mirando hacia la puerta de la cocina, y trató de recordar la última vez que se había sentado a la mesa para comer.

Aquella noche la respiración llegó incluso antes de que apagara la lámpara.

Aún estaba sentado en la cama con un libro abierto en el regazo cuando la oyó empezar —la marea lenta y empapada de ella, desde el rincón de la habitación, desde la dirección del armario. No levantó la vista del libro. Había aprendido, a lo largo de tres años, que mirar la empeoraba del mismo modo en que rascarse empeoraba las cosas. Mantuvo los ojos en la página y la pasó, y pasó la siguiente, y

la respiración llenaba la habitación y él leía sin captar una sola palabra.

En algún momento se hizo consciente de algo nuevo.

Por debajo de la respiración —o dentro de ella, entretejida en la labor húmeda de cada inhalación y exhalación— había algo que era casi un sonido. No una palabra. Aún no una palabra. Pero la forma de una, el fantasma de una articulación, como si lo que producía la respiración se estuviera moviendo hacia el lenguaje del modo en que una tormenta se mueve hacia tierra —aún distante, aún sin formar, pero acercándose en una trayectoria que no dejaba dudas sobre su destino.

Daniel dejó el libro.

Apagó la lámpara.

Se quedó tumbado en la oscuridad y escuchó la casi-palabra, justo por debajo de la respiración, justo por debajo del umbral de lo audible, y pensó en la ventana orientada al sur del 7A. Pensó en la cafetera de émbolo. Pensó en Marcus diciendo *no te dice lo que ha decidido, tienes que averiguarlo*. Sostuvo aquellos pensamientos con cuidado, como una vela contra el viento.

La casi-palabra volvió. Y volvió.

Y entonces, justo en el borde del sueño —o quizá ya pasado, en aquel país donde la mente suelta el agarre del cuidadoso manejo de las cosas— la oyó. Una sílaba. Inconfundible.

Quédate.

Se despertó a las cuatro de la mañana con el corazón yéndole muy deprisa y la habitación perfectamente silenciosa a su alrededor y la certeza —inmediata, completa, fría como había estado el piso el martes— de que algo había cambiado.

La certeza tenía una forma. Se quedó tumbado en la oscuridad y sintió la forma de ella. No era la respiración —la respiración había estado con él tres años y tenía una forma para la respiración, una forma desgastada, familiar, la forma de una herida sobre la que había aprendido a caminar. Esto era otra cosa. La respiración había hablado. La respiración había usado una palabra. El uso de una palabra implicaba un hablante, y un hablante era una cosa que él, en tres años, no había estado obligado a imaginar.

Se quedó tumbado en la oscuridad y trató de no imaginarlo.

Se quedó tumbado en la oscuridad y no volvió a dormirse.

Por la mañana llamó a la puerta del 7A.

Marcus abrió con la lentitud con que abría todo, con una taza ya en la mano, y miró la cara de Daniel con la atención cuidadosa de alguien que se da cuenta de las cosas y tiene la sensatez de no comentarlas inmediatamente.

—¿Café? —dijo.

—Por favor —dijo Daniel.

Entró, en la luz orientada al sur, en el olor a buen café y a libros viejos y a la calidez particular de un piso que ha sido habitado por alguien que sabe vivir en un espacio. Se sentó a la mesa pequeña. Envolvió las manos alrededor de la taza que Marcus le puso delante.

Fuera, la mañana de marzo era pálida y fría. Dentro, la luz estaba haciendo lo que hacía, volviéndolo todo ligeramente más soportable de lo que había sido un momento antes.

Daniel se bebió el café y no dijo nada de la noche. No dijo nada de la respiración ni de la casi-palabra ni de la certeza que se había asentado sobre él en la oscuridad. No dijo nada, y la calidez de la taza pasó a sus manos, y al otro lado de la mesa Marcus hablaba de algo fácil y sin trascendencia, y Daniel se sentó en la mitad diurna de su vida e intentó quedarse allí.

Sobre ellos, el techo estaba en silencio.

Por ahora.

CAPÍTULO SEIS

Días buenos y días malos

Lo primero que Daniel aprendió fueron los zapatos.

Si los zapatos de Edmund estaban junto a la puerta cuando Daniel volvía del colegio —los zapatos grandes y oscuros de cordones, colocados con su precisión habitual uno al lado del otro sobre la alfombrilla—, entonces era un buen día. Edmund estaría en la cocina o en el salón, y levantaría la vista cuando Daniel entrara, y le preguntaría por el colegio del modo interesado y mesurado que tenía, y todo sería como debía ser.

Si los zapatos no estaban allí, Edmund seguía en el trabajo, y la casa volvía a ser la casa de su madre —cálida y silenciosa, oliendo a lo que ella hubiera empezado a preparar para la cena—, y eso también estaba bien, eso era fácil.

Pero los días en que los zapatos estaban allí y la casa se sentía distinta —cuando el aire del pasillo tenía cierta cualidad, algo comprimido y cuidadoso, del modo en que se siente el aire antes de una tormenta que aún no ha decidido romper—, Daniel había aprendido a ser muy callado. A subir a su habitación sin que se lo pidieran. A hacer los deberes sin que se lo recordaran. A volverse tan pequeño y discreto como fuera posible, una ausencia con forma de niño, y esperar a que la cualidad del aire cambiara.

Había aprendido aquello a lo largo de un año sin que nadie se lo enseñara.

El año posterior a la boda había sido, en su mayor parte, bueno.

Había cosas, mirando hacia atrás, que podía situar. El primer comentario sobre la forma en que masticaba, soltado en el desayuno en marzo, seis meses después de la boda, en un tono tan suave que

Daniel no lo había reconocido en el momento como un comentario. La primera vez que Edmund había cruzado una habitación para coger algo de su mano —un vaso, una revista, el mando del televisor — sin pedirlo, con la calma particular de un hombre reubicando un objeto que no pertenecía adecuadamente al lugar donde lo había encontrado. El primer domingo en que le habían dicho a Daniel, no descortésmente, que no podía repetir postre porque estaba en una edad en la que los cuerpos empezaban a tomar decisiones por sí mismos y una persona debería ir por delante de las decisiones de su cuerpo en lugar de detrás de ellas. Ninguna de aquellas cosas, individualmente, había registrado. Habían sido simplemente la textura de un hogar. Edmund tenía un montón de opiniones y Edmund las expresaba en la voz tranquila con la que expresaba todo, y las opiniones se habían insertado en la vida cotidiana de Daniel del modo en que se insertaba el clima —sin explicación, sin disculpa, simplemente como una condición dentro de la cual uno vivía.

Daniel pensaba en esto con cuidado porque necesitaba que fuera verdad, y era verdad —sobre todo. Edmund había sido, sobre todo, lo que había parecido ser la mañana del funeral cuando se había agachado y había mirado a Daniel a los ojos y había dicho *estaba muy orgulloso de ti.* Los había llevado a la costa en agosto, una semana entera en una casita de alquiler con vistas al mar, y Edmund le había enseñado a Daniel a nadar como es debido, pacientemente, en el agua poco profunda de una cala resguardada, sosteniéndole el estómago a Daniel mientras encontraba su brazada. Había ido a la reunión de padres en noviembre y había escuchado a la profesora de Daniel con su atención plena y seria y, después, en el coche, había dicho que Daniel era claramente muy capaz y que las personas capaces tenían la responsabilidad de usarlo. Lo había dicho no como una amenaza, sino como un hecho, que es como Edmund decía la mayoría de las cosas.

Había habido buenos días. Daniel necesitaba ser preciso al respecto, porque últimamente los buenos días requerían más esfuerzo para recordarlos del que habían requerido en otro tiempo.

Los otros días habían empezado siendo cosa de poca importancia.

Un comentario en la cena sobre la forma en que Daniel sostenía el tenedor. No con enfado —simplemente preciso, correctivo, la voz que Edmund usaba para los hechos. Daniel había cambiado el modo de sostenerlo y no había dicho nada y su madre había mirado el plato y la comida había continuado. Una semana después, una observación sobre la postura de Daniel mientras leía, la forma en que curvaba la espalda, que Edmund dijo que le arruinaría la columna y era una costumbre perezosa y esperaba más de él. Daniel se había sentado recto. Su madre lo había mirado brevemente desde el otro lado, algo ilegible en la mirada, y después había vuelto a su libro.

Individualmente, aquellas cosas no eran nada. Daniel sabía que no eran nada. La gente corregía a los niños —era lo que hacían los adultos, era su función, era cómo aprendías cosas como sostener el tenedor y la postura y no dejar los zapatos en mitad del suelo. Las correcciones de Edmund eran más frecuentes que las de su padre, y su padre no había tenido opiniones sobre cómo sostener el tenedor, pero esto era simplemente porque Edmund era un tipo distinto de persona. Una persona más exigente. No había nada malo en ser exigente. Lo exigente era lo que producía personas que eran capaces y lo usaban.

Daniel había llegado a aquello él mismo, con el razonamiento interior cuidadoso de un niño de nueve años que había decidido, sin saber que lo había decidido, que cierta interpretación de los hechos era necesaria.

Lo había razonado del modo en que razonaba los problemas de matemáticas. Paso a paso. Mostrar los cálculos. Había puesto las correcciones en hilera sobre la superficie de su mente y las había mirado juntas y había concluido que sumaban algo que no podía absorber. El tenedor. La postura. Los zapatos. La forma en que sostenía el lápiz. El volumen de su voz a la mesa de la cena un miércoles. Ninguna de aquellas cosas era grande. Ninguna habría constituido una sola queja por sí sola. Solo cuando las ponías unas al lado de otras empezaban a sugerir un patrón, y Daniel había

decidido no ponerlas unas al lado de otras. Había archivado cada una por separado, en su pequeño sitio, con su pequeña justificación, y el sistema de archivo había aguantado hasta entonces.

Se le daban bien los sistemas de archivo. Había heredado el impulso de su madre, que organizaba sus fichas de recetas alfabéticamente y guardaba los recibos de la casa en carpetas por meses. Había algo reposado, en una casa que contenía a un Edmund, en el trabajo cuidadoso de mantener las cosas separadas.

La primera vez que Edmund alzó la voz, fue un martes de octubre.

Daniel estaba en la mesa de la cocina haciendo los deberes. Llevaba haciéndolos cuarenta minutos, más o menos —el tiempo suficiente para que su letra se hubiera deteriorado de la imprenta cuidadosa que conseguía al principio a la versión más suelta y más inclinada que aparecía cuando estaba cansado. Estaba trabajando en un problema de matemáticas en el que llevaba atascado la mayor parte de aquellos cuarenta minutos, y había borrado y reescrito el mismo cálculo tres veces, y el papel se estaba quedando fino en el punto donde había estado la goma, y estaba tan ocupado con el problema que no oyó entrar a Edmund.

Oyó los zapatos sobre las baldosas de la cocina.

Se enderezó inmediatamente, automáticamente, el ajuste sucediendo antes de que su mente lo hubiera registrado conscientemente.

Edmund se quedó de pie junto a la encimera de la cocina y miró la superficie. Sobre ella estaba el vaso que Daniel había usado antes para beber agua y aún no había puesto en el fregadero. Era un vaso pequeño, medio enjuagado, colocado a la derecha del grifo.

—Daniel —dijo Edmund.

—Sí.

—Cuántas veces.

No era una pregunta. Daniel abrió la boca para explicarse —había tenido la intención de ponerlo en el fregadero, simplemente se le había olvidado, lo iba a hacer ya—, pero Edmund hizo un sonido, breve y desdeñoso, que detuvo la explicación antes de que empezara.

—Levántate —dijo.

Daniel se levantó.

—Recógelo.

Daniel puso el vaso en el fregadero y lo lavó y lo dejó en el escurridor. Las manos le temblaban poco, lo cual lo sorprendió.

—Ahora siéntate —dijo Edmund.

Daniel se sentó.

Edmund miró los deberes sobre la mesa. Los miró durante un momento largo, y Daniel lo observó mirarlos y trató de leer la cualidad de la atención —si era interesada o crítica, si iba a producir un comentario— y no pudo.

—¿En qué estás trabajando? —dijo Edmund, y su voz era ordinaria otra vez, simplemente ordinaria, la voz que Daniel conocía.

—Matemáticas —dijo Daniel—. División larga. Estoy atascado en este.

Edmund retiró la silla de al lado y se sentó, y miró el problema, y después miró los cálculos de Daniel, y después le quitó el lápiz de la mano y le mostró, metódica y claramente, dónde se había equivocado el cálculo. Su letra en el cuaderno de Daniel era muy pulcra. Cuando hubo terminado, le devolvió el lápiz y se levantó.

—Las personas capaces revisan sus cálculos —dijo. No descortésmente. Solo como un hecho.

—Sí —dijo Daniel—. Perdón.

Edmund asintió y salió de la cocina.

Daniel miró el cálculo corregido en su cuaderno. Miró la letra pulcra de Edmund junto a la suya, y pensó: *se ha quedado y me ha ayudado. Me ha enseñado dónde me había equivocado.* Aquel era el sentido —aquello era para lo que servía. El vaso era una cosa razonable por la que enfadarse. Dejar los platos fuera era poco higiénico y desconsiderado, y Edmund tenía derecho a esperar que la cocina se mantuviera limpia, porque ahora también era su casa, y Daniel tenía edad de saberlo.

Pasó la página y empezó el siguiente problema.

Fuera, la tarde de octubre se había vuelto oscura temprano. En algún lugar arriba, su madre se movía. Los zapatos de Edmund estaban en el pasillo.

Daniel hizo los deberes y estaba bien.

No se lo contó a su madre.

Aquello requería cierta justificación interna, que aportó cuidadosamente. No había nada que contar —eso era lo primero. Una voz alzada, una corrección, una mano sobre el hombro una vez que había sido ligeramente más dura de lo habitual, ligeramente más larga de lo que el consuelo requería. Aquellas no eran cosas. Aquellas eran las texturas ordinarias de vivir con un hombre con el que no habías crecido, de aprenderse uno al otro los bordes. Edmund no era su padre. Su padre había sido suave de hablar y amable y había olido a virutas de madera y lo había llevado sobre los hombros hasta que había sido demasiado mayor para ello. Edmund era distinto. Distinto no era peor.

Y su madre estaba contenta. Era lo segundo, lo que más pesaba en la cuidadosa contabilidad interna de Daniel. Se reía más de lo que se había reído en dos años. Se mantenía de pie de un modo distinto —los hombros menos comprimidos, la cara menos preparada para encajar golpes. Se había apuntado a una clase los miércoles por la noche, algo que siempre había querido hacer, y volvía a casa con los ojos brillantes y hablando demasiado deprisa, y Edmund tendría la cena lista y la escucharía con su atención plena, y Daniel se sentaría a la mesa y sentiría la solidez de aquello, la calidez de aquello, y pensaría que aquello era lo que se suponía que era una familia.

No iba a romper aquello. No iba a ser él la cosa que rompiera aquello.

Ya había perdido una familia. Sabía cómo se sentía la ruptura de una familia y no iba a ser él el responsable de otra.

Noviembre trajo una reunión de padres y Edmund volvió a venir y la profesora de Daniel volvió a decir que Daniel era claramente muy capaz, y de camino a casa en el coche Edmund no dijo nada durante un buen rato, y después dijo:

—Ha dicho *claramente.* ¿Sabes lo que significa *claramente* cuando lo usan los profesores?

—No —dijo Daniel.

—Significa *a pesar de sí mismo.* Significa que la capacidad está ahí y el esfuerzo no está a la altura.

Lo dijo sin apartar la vista de la carretera.

—Te estás dejando llevar, Daniel. Eres un chico inteligente y te estás dejando llevar.

Daniel se miró las manos en el regazo.

—Me esforzaré más —dijo.

—Sí —dijo Edmund—. Lo harás.

Hicieron el resto del camino en silencio. En casa, su madre había hecho algo bueno para cenar, y Edmund estuvo cálido durante la comida y le preguntó a Daniel por un trabajo que estaba haciendo de historia, y después vieron la televisión, y todo estuvo bien. Fue una buena tarde. Edmund había tenido razón con lo de dejarse llevar —Daniel sabía que había tenido razón, su profesora había dicho algo parecido en otras palabras—, y se esforzaría más y aquello sería todo.

Pensó en la calidez de la cena después. La forma en que Edmund le había preguntado por el trabajo de historia, su atención organizada por completo en torno a la respuesta. Daniel había sentido la atención como una especie de luz. Había querido, en aquel momento, ser merecedor de ella, darle a Edmund el tipo de respuesta que justificara la luz. Había descrito su trabajo a mayor extensión de la que había pretendido, sorprendido por su propia disposición a seguir hablando, sorprendido por el alivio de que le preguntaran. El coche había sido una cosa y la mesa de la cena había sido otra cosa y habían sido, de algún modo, la misma tarde. El mismo hombre.

Estuvo tumbado en la cama aquella noche y pensó en el tono dentro del coche. La llaneza de aquello, la certeza. *Lo harás.* No una sugerencia. Un hecho, comunicado por adelantado.

Se dio la vuelta y cerró los ojos.

Pensó: *todo el mundo tiene días malos. Mi madre tiene días malos. Mis profesores tienen días malos. Edmund trabaja mucho y tiene un montón de cosas que llevar y a veces la presión de eso sale de modos que no son del todo justos, y eso es lo que significa vivir junto a otra persona. No siempre es cómodo. La comodidad no es lo que importa.*

Tenía nueve años y ya había decidido que la incomodidad era algo que uno absorbía en silencio, que era una especie de cortesía.

No sabía, tumbado en su cama estrecha en la casa que la presencia de Edmund había vuelto más cálida y más cómoda en todos los sentidos materiales, que aquello era precisamente con lo que alguien había estado contando.

CAPÍTULO SIETE

Lo que atraviesa las paredes

Abril llegó frío y luminoso, ese tipo de tiempo que parecía una promesa desde el interior de una ventana.

Daniel pasaba más tiempo últimamente junto a las ventanas. Lo notaba sin examinarlo demasiado de cerca —el modo en que se encontraba a sí mismo de pie ante la ventana de la cocina con una taza de café enfriándose en la mano, mirando la calle de abajo con esa mirada particular y desenfocada de alguien que en realidad no está mirando la calle, que está mirando otra cosa completamente distinta y que está usando la calle como una superficie sobre la que mirarla. Se quedaba allí durante varios minutos seguidos. A veces más.

No estaba seguro de cuándo había empezado aquello. No estaba seguro últimamente del calendario de muchas cosas. Los días tenían una tendencia a difuminarse en los bordes, a deslizarse unos en otros sin las marcas habituales —el trayecto al trabajo, la hora de comer, el ritmo concreto y orientador de una vida vivida en relación con otras personas y otros lugares. Era consciente de aquel difuminado del modo en que uno es consciente de tener un poco de fiebre: no agudamente, no urgentemente, sino como una condición persistente de fondo que alteraba la cualidad de todo lo demás ligeramente.

Se decía a sí mismo que era la época del año. La primavera hacía cosas raras a la vida interior. Eso lo sabía todo el mundo.

Marcus había mencionado una cafetería.

La había descrito de pasada con la precisión particular que usaba para las cosas que le importaban —un sitio pequeño, llevado por un

hombre que se había formado como barista en Melbourne y que trataba el trabajo con la seriedad que merecía. Buena luz. Sin música, o con música tan baja que funcionaba como silencio. Ese tipo de sitio que no te exigía nada.

Daniel pensaba en ella a veces cuando estaba de pie junto a la ventana. La idea de aquello —la luz, el silencio, el buen café— era algo que podía darle vueltas en la mente como una piedra lisa. Sólido y real y disponible, cuando él quisiera.

Aún no había ido. Llevaba un tiempo con la intención de hacer una serie de cosas que permanecían, de algún modo, perpetuamente en la categoría de *con la intención de.* Llevaba dos semanas con la intención de llamar a su madre. Llevaba la intención de salir a la calle en más de una ocasión y se había encontrado, en el momento de ponerse los zapatos, con que la ocasión había pasado de algún modo.

Se bebía el café junto a la ventana de la cocina y miraba la calle y pensaba en la cafetería con su buena luz y su silencio, y la mañana se movía a su alrededor.

Marcus llamó a la puerta un jueves por la noche.

Tenía una botella de vino en la mano y la expresión ligeramente cohibida de alguien que ha tomado una decisión y está dispuesto a defenderla.

—He terminado algo hoy —dijo—. Un proyecto. Seis meses de trabajo. Necesito marcarlo de algún modo y eres la única persona que conozco a una distancia caminable.

—Pasa —dijo Daniel.

Era la primera vez que Marcus entraba en el piso de Daniel.

Daniel era consciente de aquello mientras Marcus se movía por él —mirando alrededor con su atención abierta y sin prisa, fijándose en los libros, en las películas apiladas junto a la televisión, en las fotografías de la pared del pasillo. Miraba las fotografías del modo en que se mira algo que te dice más que su superficie. No las comentó, lo que Daniel notó y por lo que se sintió agradecido.

El piso, se dio cuenta Daniel, era distinto con otra persona dentro. No había tenido a otra persona dentro durante mucho tiempo —no había podido, de hecho, recordar cuándo había sido la

última vez, lo cual era una cosa que aquella noche eligió no perseguir hasta sus consecuencias en la memoria—, y le impresionó el modo concreto en que las habitaciones cambiaban bajo otro par de ojos. La disposición de su estantería, que durante años había sentido simplemente como la disposición de su estantería, se le presentaba ahora como una serie de pequeñas declaraciones sobre lo que le gustaba y lo que no. La única silla acercada a la ventana de la cocina. La cuidadosa ausencia de desorden sobre cualquier superficie. El modo en que había dispuesto, sin haberlo decidido conscientemente, el piso en una serie de posiciones para una sola persona —la silla junto a la ventana, el sitio del sofá orientado hacia la televisión, el lugar concreto en la mesa de la cocina—, como si llevara tres años planificando no tener a nadie allí dentro.

Se sentaron en el salón con el vino y la conversación se movió con facilidad, del modo en que siempre lo hacía —una cualidad que Daniel había dejado de tratar de analizar y que simplemente había empezado a aceptar. En algún momento Marcus preguntó por las películas.

—Tienes un gusto interesante —dijo, señalando con un gesto la pila junto a la televisión—. Estas no son películas fáciles.

—No —dijo Daniel.

—¿Eso es lo que te gusta? ¿Las cosas difíciles?

Daniel pensó en aquello.

—Me gustan las cosas que confían en ti —dijo—. Que no se explican demasiado.

Marcus lo miró un momento.

—¿Cuál es tu favorita?

Daniel se la dijo —una película que había visto en la universidad, una película húngara sobre un hombre que vuelve a su pueblo natal después de décadas y descubre que el pueblo ha cambiado de modos que no termina de poder explicarse, y que él mismo ha cambiado de modos que aún puede explicarse menos. La película terminaba sin resolver nada. La había visto cuatro veces.

—Nunca había oído hablar de ella —dijo Marcus.

—La mayoría de la gente, no.

—¿Me la prestas?

Daniel la encontró en la pila y se la pasó, y Marcus le dio la vuelta y leyó la contraportada con la atención concentrada que ponía en todo, y Daniel se recostó y dio un sorbo al vino y se sintió —no exactamente feliz, pero algo adyacente a aquello. Algo de la misma familia.

Era tarde cuando Marcus se fue, más tarde de lo que Daniel se había percatado. Se quedó de pie en el pasillo después de cerrar la puerta y miró el piso silencioso y las fotografías de la pared y pensó: *esto es mío. Sigue siendo mío.* El pensamiento llegó con una fuerza que lo sorprendió.

Llevó las copas vacías a la cocina. Las lavó a mano, despacio, secándolas con un paño y guardándolas en el armario, porque hacerlo extendía la presencia de Marcus por un margen pequeño y no especificado. El piso retuvo el olor de la colonia de Marcus durante unos minutos después de que se fuera y luego ya no lo retuvo, y Daniel sintió haberlo perdido, y después se sintió desconcertado por sentirlo, y después cerró el armario y se sentó a la mesa de la cocina con las luces apagadas y miró la ventana oscura y esperó a que su interior se asentara.

Aquella noche la respiración llegó pronto.

Antes de medianoche, antes incluso de que hubiera intentado dormir —seguía en el salón, las copas de vino sobre la mesa, la televisión encendida pero sin mirarla—, la oyó empezar. No desde el dormitorio esta vez. Desde el pasillo.

Subió el volumen de la televisión.

La respiración la atravesó. No más fuerte —simplemente más presente, más insistente, del modo en que un olor llena una habitación independientemente de qué otros olores haya allí. Ocupaba el piso con la paciencia de algo que sabe que no se le puede negar la entrada.

Daniel se quedó muy quieto en el sofá y miró la pantalla de la televisión.

Quédate.

La misma sílaba. La misma orden plana. Pero distinta ahora —no distante, no en el borde del sueño donde podía explicarse. Clara.

Justo allí en la habitación, o cerca, justo al otro lado de la pared del pasillo.

Quédate.

—No me voy a ningún sitio —dijo Daniel en voz alta.

No había tenido la intención de decirlo en voz alta. Su voz en el piso silencioso le sonó extraña —fina, demasiado cuidadosa, la voz de alguien que intenta sonar más seguro de lo que está. Se quedó con la rareza de haber hablado.

La respiración no se detuvo. Pero algo se desplazó en ella —un cambio de textura, del modo en que un sonido cambia cuando se mueve de un material a otro. Algo que no era exactamente satisfacción y no era exactamente advertencia, sino algo a medio camino entre las dos cosas. Como si las palabras hubieran sido tomadas en consideración.

Daniel apagó la televisión.

Se quedó en la oscuridad un momento, muy quieto. Después dijo —más bajo, no a la habitación sino a sí mismo—: «Sigo aquí».

Se fue a la cama.

Le contó algo a Marcus al día siguiente.

No todo. No la respiración ni la figura del ascensor ni los tres años de existir junto a algo que no se iba. Nada de las cosas que no le había contado a nadie. Pero algo.

—¿No tienes a veces la sensación —dijo, estaban en la mesa pequeña del 7A, café en mano, la luz de la mañana haciendo su trabajo sobre la pared orientada al sur— de que algo está intentando mantenerte en tu sitio? ¿Como si hubiera un peso sobre las cosas? Como si avanzar costara más energía de la que debería.

Marcus lo miró. No con la atención cuidadosa, ligeramente alarmada que aquel tipo de admisión solía producir en la gente. Solo con su atención ordinaria y serena.

—Sí —dijo Marcus—. Conozco esa sensación.

—¿Se va?

Marcus consideró aquello seriamente.

—Yo creo que cambia —dijo—. No sé si se va del todo. Pero cambia. Se vuelve menos. Como si perdiera masa con el tiempo, si no la sigues alimentando.

—¿Y si lo haces?

—Entonces sigue siendo pesada. Así que dejas de alimentarla.

Daniel sostuvo su taza de café y miró la luz sobre la pared.

—Más fácil decirlo —dijo.

—Sí —dijo Marcus—. La mayoría de las cosas lo son.

Se quedaron en el silencio cómodo durante un rato. En algún sitio fuera, un pájaro estaba haciendo algo enfático y estacional. El café estaba bueno. La luz estaba buena. Daniel se sentó en ella y pensó en la frase —*dejar de alimentarla*— dándole vueltas como les daba vueltas a las piedras lisas. Algo que sostener.

Pensó: *me estoy quedando. Estoy aquí. Pero estar aquí no es lo mismo que estar atrapado.*

No estaba seguro aún de creérselo. Pero pensó que aún-no-creérselo era distinto de no creérselo nunca, y que la diferencia importaba, aunque aún no pudiera decir cómo.

Aquella noche durmió sin interrupciones por primera vez en más tiempo del que podía recordar. Se despertó a las siete con la luz entrando por las cortinas y se quedó tumbado muy quieto un momento, catalogando el silencio. Solo silencio. El silencio ordinario y sin textura de un edificio temprano por la mañana —tuberías haciendo tic, la ciudad lejana empezando su día.

Se quedó tumbado en él y respiró.

Por la tarde vio fútbol —un partido en el que no tenía ningún interés particular, dos equipos de mitad de tabla resolviendo algo que les importaba sobre todo a sí mismos. Hubo una jugada en la segunda mitad, cuatro o cinco pases moviéndose con una especie de inteligencia colectiva, cada jugador sabiendo sin que se lo dijeran dónde estarían los demás, y la pelota llegó a los pies de un centrocampista a veinticinco metros y la golpeó a la primera, limpia, hacia la escuadra, y Daniel se inclinó hacia delante en el sofá y dijo *sí* a la habitación vacía con un sentimiento que era simple y sin complicaciones y bueno.

Se recostó.

Miró el techo.

Dijo, en voz baja, a nadie:

—Sigo aquí.

El piso estaba en silencio a su alrededor.
Por ahora, el silencio se sostenía.

CAPÍTULO OCHO

El peso de las cosas pequeñas

Daniel tenía once años cuando comprendió que estaba siendo manejado.

Aún no tenía esa palabra para nombrarlo —*manejado*—, pero tenía la sensación de aquello, la sensación particular de estar siendo conducido sin ser tocado, de encontrarse en posiciones que no había escogido por una ruta que no podía rastrear hasta una decisión. Lo había sentido durante un año o más antes de encontrar siquiera el contorno del sentimiento, y para cuando tuvo el contorno había aprendido también, sin que nadie se lo enseñara, que el contorno no era algo que compartir.

Había cosas que se quedaban dentro de la casa. Aquella era una de ellas.

Los estados de ánimo de Edmund tenían una gramática que Daniel había pasado dos años aprendiendo.

No era una gramática sencilla. No seguía reglas que pudieran escribirse y estudiarse. Se parecía más al tiempo —ese tipo de tiempo que la gente experimentada aprende a leer por la calidad de la luz, por el tacto del aire, por señales demasiado pequeñas y numerosas para catalogarlas individualmente, pero que sumaban, en el cuerpo de alguien que prestaba la suficiente atención, un pronóstico.

Daniel prestaba mucha atención.

Había aprendido que Edmund después de un día difícil en el trabajo era distinto de Edmund un sábado por la mañana, y que ambos eran distintos de Edmund cuando la madre de Daniel estaba fuera de casa. Había aprendido que ciertos temas producían en

Edmund una quietud particular que era la quietud de una puerta cerrándose y no la quietud de una puerta en reposo, y que aquella quietud debía respetarse y había que apartarse de ella con cuidado. Había aprendido que los elogios de Edmund, que aún daba —que aún llegaban a veces con toda su calidez, su mano sobre el hombro, su silencioso *bien hecho* que Daniel sentía durante días después—, eran de verdad. Esa era la parte más difícil. La calidez era de verdad. La frialdad también era de verdad. Las dos cosas eran ciertas simultáneamente, y Daniel no tenía un marco para esto, porque los adultos que había conocido antes de Edmund habían sido una cosa cada vez.

Su padre había sido cálido. Cálido de manera consistente, fiable.

Edmund era cálido del modo en que es cálido el fuego —es decir, que la calidez era genuina, y también era peligroso acercarse demasiado.

Los comentarios habían cambiado.

Al principio —el primer año, el año del vaso sobre la encimera y de cómo sostenía el tenedor y de la postura— habían sido correctivos. El tono de un hombre que esperaba un nivel y estaba señalando la distancia entre el nivel y la realidad. Incómodo pero explicable. Comprensible, incluso. Los niños necesitaban ser corregidos. Daniel lo había entendido y había ajustado el modo de sostenerlo y la postura y la manera de salir de la cocina y había pensado: *así es como te vuelves capaz. Este es el precio de que te tomen en serio.*

Pero en algún punto del segundo año el tono había pasado de correctivo a otra cosa. Algo que era más difícil de mantener en una forma. Los comentarios seguían llegando en la voz tranquila y factual de Edmund, pero ya no eran sobre cómo sostenía el tenedor o sobre la postura. Eran sobre el propio Daniel —sobre lo que era, en lugar de sobre lo que estaba haciendo.

Tienes el sentimentalismo de tu madre. No te servirá.

Pasas demasiado tiempo dentro de tu cabeza. Te vuelve lento.

¿Sabes cuál es tu problema? Quieres caer bien. Eso es una debilidad.

Estos no llegaban con enfado, sino como evaluaciones, con la certeza distante de un diagnóstico. Edmund no gritaba. Edmund rara vez gritaba. Soltaba aquellas observaciones en el mismo tono que usaba para discutir el tiempo o comentar las noticias, y aquello era lo más desorientador de todo —la normalidad del registro. El modo en que llegaban envueltas en la textura ordinaria de una tarde de martes, durante la cena o durante los anuncios, insertadas en el flujo de una conversación cualquiera como algo afilado deslizado entre las páginas de un libro.

Daniel los recibía y no decía nada y los sostenía dentro, y se quedaban ahí, y se ajustaba.

Esto es lo que entendía sobre sí mismo cuando tenía once años: era sentimental, lo cual era una debilidad. Era lento. Quería caer bien, lo cual era una debilidad. No era tan capaz como la gente parecía pensar. Su instinto era confiar en la gente, lo cual era una debilidad.

No había tenido aquellas comprensiones antes de Edmund. Ya no estaba seguro si eso significaba que Edmund se las había dado o simplemente las había revelado.

Tenía un amigo en el colegio. Un chico que se llamaba Thomas, vivía a tres calles y compartía con Daniel el interés por las películas y un modo silencioso e irónico de mirar las cosas que hacía los días más soportables. Volvían andando del colegio juntos los martes y los jueves. A veces Thomas venía a casa.

La primera vez que Thomas vino a casa, Edmund estaba allí.

Edmund había estado agradable. Más que agradable —había sido el Edmund de los días buenos, haciéndole preguntas a Thomas con interés genuino, preparándoles a los dos un tentempié sin que se lo pidieran, tratando la visita como algo de valor y no como algo a soportar. Thomas se había quedado impresionado. Daniel había observado a Edmund ser impresionante y había sentido algo complicado —una mezcla de orgullo y alivio y algo más por debajo de los dos para lo que aún no tenía nombre.

Por la tarde, después de que Thomas se hubiera ido, Edmund había dicho:

—Tu amigo habla mucho.

—Habla mucho —dijo Daniel con cuidado.

—No te hacen falta amigos que hablen mucho —dijo Edmund, sin levantar la vista del periódico—. Llenan el silencio con su propio ruido y lo llaman compañía. Te conviene alguien que sepa cuándo callar.

Daniel no dijo nada.

—No es especialmente listo, ¿verdad? —dijo Edmund. No era una pregunta.

—Está bien —dijo Daniel, lo que era menos de lo que quería decir pero más de lo que había tenido la intención de ofrecer.

Edmund levantó entonces la vista del periódico. Miró a Daniel con la expresión medidora que siempre hacía que Daniel sintiera que la medida no daba la talla.

—Puedes hacerlo mejor —dijo—. Deberías hacerlo mejor. La gente con la que decides pasar tu tiempo dice algo de ti. Recuérdalo.

Daniel dijo *sí* y subió a su cuarto.

Se sentó en la cama y pensó en Thomas, que hablaba mucho y no era especialmente listo según Edmund y que aquella tarde le había hecho reír tres veces tan fuerte que le había dolido el estómago, lo cual no había ocurrido en más tiempo del que podía recordar.

Pensó en lo que aquello decía de él, que aquel fuera a quien había elegido.

Pensó en lo que Edmund no había dicho. Edmund no había dicho: *me alegro de que tengas un amigo.* Edmund no había dicho: *es bueno reírse.* Edmund no había dicho ninguna de las cosas paternales ordinarias que otros adultos decían sobre los hijos de otros adultos. Las omisiones eran donde Edmund hacía la mayor parte de su trabajo, Daniel estaba empezando a entenderlo. Las cosas que no se decían en su casa superaban en número a las que se decían.

Se acostó pronto aquella noche y no volvió a pensar en ello.

Su madre veía algo de aquello. Estaba casi seguro. Había momentos —una mirada al otro lado de la mesa, una mano que se posaba sobre el hombro de Daniel un latido más de la cuenta

cuando se cruzaban en el pasillo, una cualidad particular en la forma en que a veces miraba a Edmund cuando Edmund no sabía que estaba siendo mirado. Veía algo. Daniel había decidido aquello y después había decidido inmediatamente no pensar en lo que se seguía de aquello, que era la pregunta de por qué no decía nada.

Tenía varias respuestas posibles a aquella pregunta y no quería examinar ninguna de ellas.

Quería a Edmund. Esa era la respuesta más sencilla y probablemente la más verdadera. Lo quería con el amor concreto y ligeramente desesperado de alguien que había estado muy sola y que después había dejado de estarlo, y el amor tenía la cualidad de algo con lo que ella tenía cuidado, algo que requería mantenimiento. Daniel había observado cómo era feliz durante tres años y había querido que fuera feliz y seguía queriendo que fuera feliz, y aquellas dos cosas —el observar y el querer— se habían convertido, sin que él lo eligiera, en una especie de complicidad.

No la culpaba.

Se decía a sí mismo, con cuidado y regularidad, que no la culpaba.

Lo peor de aquel año no fueron los comentarios.

Lo peor fue la puerta.

A Edmund le había dado por quedarse de pie en el umbral de cualquier habitación en la que estuviera Daniel. Sin entrar —solo de pie, llenando el marco con su considerable altura, mirando a Daniel con la expresión medidora. Se quedaba allí el tiempo suficiente para que Daniel levantara la vista de lo que estuviera haciendo, y entonces Edmund simplemente lo miraba un momento, no decía nada y se iba.

Sucedió en la cocina mientras Daniel hacía los deberes. Sucedió en el salón mientras Daniel veía la televisión. Una vez, de noche, Daniel se despertó y encontró la puerta del dormitorio abierta y la silueta de Edmund en el marco, y el corazón le hizo algo violento en el pecho y se quedó perfectamente quieto y no se movió, y al cabo de un rato largo Edmund cerró la puerta casi del todo y Daniel oyó sus pasos en el rellano y después el sonido de otra puerta.

No se lo contó a nadie.

Se quedó en la oscuridad y se dijo a sí mismo que no era nada. Edmund revisaba la casa por la noche. Era un hombre cuidadoso, un hombre meticuloso. Comprobaba los cerrojos y las ventanas y, al parecer, las puertas. No había nada extraño en aquello.

Se quedó en la oscuridad y se lo dijo y trató de hacerlo verdad por la pura fuerza de la repetición, y fuera de su ventana la calle estaba ordinaria y silenciosa, y al final se durmió.

Hubo una tarde en noviembre.

Daniel estaba en su cuarto después del colegio, trabajando en una redacción de historia. La casa estaba en silencio —su madre estaba en el trabajo, Edmund estaba en casa, los zapatos junto a la puerta no le habían dicho hoy nada útil. Estaba escribiendo sobre las causas de la Primera Guerra Mundial y estaba teniendo dificultades para concentrarse porque la cualidad del silencio en la casa era de la clase comprimida, de la clase pre-tormenta, y su cuerpo estaba haciendo lo que hacía aquellos días, lo de mantenerse muy alerta sin su permiso.

Edmund apareció en el umbral.

Daniel levantó la vista.

Edmund lo miró un momento, después miró la habitación —los libros en la estantería, el escritorio, la redacción. Su mirada se movió por aquellas cosas con la lentitud meticulosa de una inspección.

—Baja —dijo.

Daniel bajó.

Edmund estaba en la cocina. Había hecho té —dos tazas, lo que significaba que aquello era una conversación, lo que podía ser bueno o malo, lo que Daniel aún no podía leer. Daniel se sentó a la mesa de la cocina y se puso las manos en el regazo y esperó.

Edmund se sentó frente a él. Envolvió las dos manos alrededor de su taza. Miró a Daniel con la atención tranquila y medidora y dijo:

—¿Eres feliz?

Daniel parpadeó.

No se lo había esperado. Tenía un repertorio completo de respuestas para los modos habituales de Edmund —las correcciones, las evaluaciones, las observaciones sobre la debilidad—, pero aquello quedaba fuera del repertorio. No sabía qué quería de él.

—Sí —dijo—. Por supuesto.

Edmund lo miró durante mucho tiempo. El tiempo suficiente para que Daniel sintiera cómo el *sí* empezaba a desmoronarse bajo el escrutinio, a revelar su huequedad.

—Deberías serlo —dijo Edmund finalmente—. Tienes muchas cosas que otros niños no tienen. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Daniel.

—Bien —Edmund levantó la taza—. Porque la gratitud es una disciplina. No viene de manera natural. Hay que practicarla.

Bebió su té y no dijo nada más, y al cabo de un momento Daniel comprendió que la conversación había terminado y volvió arriba.

Se sentó al escritorio y miró la redacción sobre las causas de la Primera Guerra Mundial y pensó en la pregunta: *¿eres feliz?*

Pensó en la cuidadosa gramática de los estados de ánimo de Edmund, y en los comentarios que se asentaban dentro de él como piedras, y en el umbral de noche con su silueta, y en Thomas que hablaba demasiado y no era especialmente listo y que le hacía reír hasta que le dolía el estómago.

Cogió el bolígrafo.

Escribió, con cuidado, sobre el asesinato del archiduque Francisco Fernando y la red de alianzas que convirtió un único acontecimiento en una catástrofe, y dejó de pensar en la pregunta.

Escribió tres páginas limpias. La letra era pulcra. El argumento estaba estructurado y las pruebas estaban dispuestas y al final lo leyó una vez y corrigió dos pequeños errores y sintió, brevemente, el orden interior satisfactorio de un trabajo bien hecho. Aquello era una cosa que había descubierto sobre sí mismo: que podía meterse por completo dentro de una pieza de trabajo, y dentro del trabajo no era nadie en particular, y ser nadie en particular era, cada vez más, lo más cercano que tenía al descanso.

A esas alturas se le daba muy bien no pensar en las cosas.

CAPÍTULO NUEVE

Todo lo que permanece

Los días habían dejado de tener bordes.

Daniel lo notaba del modo en que se nota la ausencia de algo que has dado por sentado durante mucho tiempo —un sonido que ha estado presente tanto tiempo que solo lo registras cuando se detiene, salvo que en este caso era lo contrario. La estructura de los días, sus principios y sus finales, la arquitectura fiable de la mañana y la tarde y la noche, se había vuelto difusa. Levantaba la vista de algo y se encontraba con que habían pasado tres horas, o veinte minutos, y el número no se correspondía con cómo había sentido el tiempo. Estaba perdiendo el hilo de las cosas.

Estaba bien. Se lo decía a sí mismo con la misma regularidad cuidadosa con que siempre se había dicho cosas. Estaba cansado. No había dormido bien. Las noches eran difíciles, y la dificultad de las noches estaba sangrando hacia los días, y aquello era un fenómeno conocido, una consecuencia documentada del sueño interrumpido, nada más.

Se quedaba de pie junto a la ventana de la cocina con su café y miraba la calle y sentía bien.

Marcus se dio cuenta de que algo no iba bien un miércoles por la mañana de finales de abril.

No lo dijo directamente —no era así como Marcus operaba. Le preguntó a Daniel cómo estaba durmiendo, del modo en que alguien pregunta cuando ya tiene una hipótesis sobre la respuesta, y Daniel dijo *bien*, lo cual no era verdad, pero era la única palabra disponible, y Marcus lo miró un momento con aquella atención tranquila y sin prisa y dijo:

—Tienes pinta de no haber dormido desde el martes.

—He estado durmiendo —dijo Daniel.

—Vale —dijo Marcus. No insistió. Le rellenó la taza a Daniel y movió la conversación hacia otra parte, algo fácil y sin exigencias sobre un edificio que había estado mirando para el trabajo, un almacén victoriano en la zona este de la ciudad reformado mal y que ahora estaba siendo reformado mal de un modo distinto. Daniel escuchó y agradeció el cambio.

Pero era consciente, mientras se sentaba a la mesa pequeña con la luz de la mañana sobre la pared orientada al sur, de que Marcus lo estaba observando con una porción de su atención que la conversación sobre el almacén no requería. Del modo en que alguien mantiene una mano cerca de algo frágil sin llamar la atención sobre el hecho de que lo está haciendo.

Después, volviendo a su propio piso —los pocos pasos del 7A a su puerta, el corto pasillo entre una vida y otra—, Daniel se quedó con la mano en el pomo de su puerta y pensó: *lo ve. Sea lo que sea, Marcus lo ve.*

No sabía si aquello era un consuelo o una advertencia.

La respiración había vuelto a cambiar.

No más fuerte. No más frecuente —si acaso iba y venía con los mismos ritmos que antes, las mismas horas, la misma cualidad concreta de las pequeñas horas oscuras. Pero había adquirido un tono diferente. Una dirección, un propósito, la sensación de algo que se mueve hacia un destino con creciente certeza.

Ahora hablaba. No siempre, no de manera fiable —no se anunciaba ni llegaba en horario. Pero hablaba. Aún palabras sueltas, casi siempre, llegando en los huecos entre las respiraciones como objetos saliendo a la superficie en aguas lentas.

Quédate. Esa palabra. Siempre esa, la primera y la más frecuente.

Aquí. Esta era más nueva, había llegado en la tercera semana de abril, dos sílabas en la oscuridad con la que Daniel se había quedado tumbado hasta la mañana, dándole vueltas.

Y una vez —solo una vez, una noche en que la respiración había sido especialmente cercana, especialmente presente, en que Daniel

la había sentido como una presión en lugar de como un sonido, algo empujando contra el interior de la oscuridad— una frase. Tres palabras, no una, ni dos, llegando no del todo juntas pero lo bastante seguidas para formar una unidad, un significado:

No. Te vayas.

Se había sentado en la cama. Había encendido la lámpara. La habitación había sido solo la habitación —el armario, la mesilla, la fotografía en su marco oscuro—, y se había quedado sentado en el círculo amarillo de la lámpara y no había vuelto a dormir hasta la mañana.

No le había contado aquello a Marcus.

No le había contado nada a Marcus, exactamente. Pero del modo en que el agua encuentra la forma de las cosas, Marcus había empezado a conocer el contorno de lo que Daniel cargaba sin conocer su contenido.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Marcus una tarde.

Estaban en el piso de Daniel, sentados en el salón, Marcus en el sofá y Daniel en el sillón frente a él. Fuera de la ventana la luz de abril estaba haciendo lo que podía, ambigua —bastante luminosa para sugerir calor, no del todo cálida para entregarlo.

—Sí —dijo Daniel.

—¿Tienes a alguien? —preguntó Marcus—. No me refiero a… —hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado—. Me refiero a alguien con quien hablar. Más allá de… Solo simplemente conocidos.

Daniel pensó en su madre, a la que llevaba tres semanas con la intención de llamar. Pensó en Thomas, con quien no había hablado desde hacía años —que había ido derivando, del modo en que derivan los amigos del colegio, hacia la imposibilidad concreta de una vida vivida en otra ciudad. Pensó en los compañeros de trabajo a los que conocía por nombre y por puesto de trabajo, pero no por el peso concreto de sus vidas, la acumulación de detalles que convierte a un conocido en una persona en algo más cercano a un amigo.

—Soy bastante autosuficiente —dijo.

Marcus lo miró.

—Es una manera de decir que no.

—Es una manera de decir que me las apaño.

—Vale —Marcus se quedó callado un momento. Miró las fotografías de la pared —la hilera de ellas, la vida en marcos— y después volvió a mirar a Daniel—. ¿Quién es el hombre de las fotografías? —dijo—. El alto. Nunca se le ve del todo la cara.

Daniel se quedó muy quieto.

—Mi padrastro —dijo.

La palabra llegó a la habitación con un peso que Daniel no se había esperado. Llevaba muchísimo tiempo sin pronunciar aquella palabra —sin decir *padrastro*, sin decir *Edmund*— en voz alta. Decirla se sintió como abrir una ventana que había estado sellada: una ráfaga de aire, y el aire era frío.

Había dicho la palabra dentro de su cabeza. La había pensado, estaba bastante seguro, a diario durante años. Pero pensar y decir eran operaciones distintas, y la diferencia entre las dos era donde se había estado escondiendo su vida. El pensamiento no tenía oyente. El pensamiento vivía en su cabeza y no hacía ninguna reclamación en el mundo real. La palabra, dicha en voz alta, en presencia de Marcus, tenía un testigo. Y una vez que algo tenía un testigo, no podía, fácilmente, devolverse a su sitio.

—¿Estabais unidos? —dijo Marcus.

—Murió —dijo Daniel—. Hace tres años.

Marcus lo miró con firmeza.

—Lo siento —dijo. Y después, porque era Marcus, no lo siguió con ninguna de las cosas con las que la gente solía seguirlo —el *¿estabais unidos*, el *cómo fue*, el protocolo concreto del pésame que gestiona la muerte convirtiéndola en una serie de preguntas con respuesta. Simplemente dijo que lo sentía y dejó que fuera una cosa que había sido dicha y nada más.

Daniel miró las fotografías.

Tampoco las había mirado directamente desde hacía mucho tiempo. Las miró ahora. La hilera de ellas, la historia en marcos. Su cumpleaños, las vacaciones en la playa, la graduación. Y en varias de ellas, en el borde del marco, una figura siempre ligeramente fuera de alcance, siempre cortada en la mandíbula o en el ala del sombrero, siempre presente y nunca del todo visible.

Edmund. No la figura del ascensor. Solo Edmund. Un hombre que había estado de pie en el borde de las fotografías durante veinte años.

—Era complicado —dijo Daniel.

—La mayoría de la gente lo es —dijo Marcus.

Daniel miró a Marcus. Marcus estaba mirando las fotografías con su atención serena habitual, y algo del ángulo de su cara en la luz de la tarde hizo que Daniel quisiera decir más —sintió el tirón de aquello, la antigua necesidad humana de dejar en el suelo algo que se ha cargado a solas durante demasiado tiempo.

No dijo más.

Volvió a mirar las fotografías y dejó que el momento se cerrara sobre él del modo en que el agua se posa sobre una piedra.

Aquella noche la respiración llegó antes incluso de que se hubiera metido en la cama.

Estaba de pie ante el lavabo del baño, lavándose la cara, y la oyó empezar —desde el dormitorio, desde la dirección del armario, el tono húmedo y familiar de ella, cada respiración era como una discusión que se estaba perdiendo. Se quedó de pie junto al lavabo con el agua corriendo sobre las manos y se miró en el espejo y pensó: *aquí estamos otra vez.*

Se secó las manos. Entró en el dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y miró el armario y le dijo, a la habitación:

—Sé que estás ahí.

La respiración no se detuvo.

—Sé que no te vas a ir a ningún sitio —dijo Daniel. Su voz era firme de un modo que le costó fingir—. No te lo estoy pidiendo.

Se tumbó encima del edredón y miró el techo y escuchó la respiración llenar la habitación y pensó en la palabra *padrastro* llegando al salón aquella tarde con su ráfaga fría de aire. Pensó en Marcus diciendo *la mayoría de la gente lo es.* Pensó en la fotografía en su marco oscuro sobre la mesilla, a la que aún no estaba mirando directamente, que aún mantenía en el borde de su visión como un moratón.

No. Te vayas.

—Estoy aquí —dijo Daniel—. No me voy a ningún sitio.

No sabía si aquello era rendición o consuelo. Ya no estaba seguro de que la distinción importara.

Se tumbó de espaldas en la oscuridad con la respiración alrededor y pensó en su madre —a la que llevaba mucho tiempo con la intención de llamar y a la que no había llamado. Que se había quedado de pie en habitaciones con Edmund y había estado muy quieta. Que miraba a Daniel a veces con el dolor concreto y exhausto de alguien que mira una inundación y se queda demasiado lejos para ayudar, o quizá demasiado asustada para entrar en la corriente. Que había querido a Edmund, estaba casi seguro, al principio. Que había seguido queriéndolo, o interpretando la idea de quererlo, porque la alternativa era una pregunta que no quería que respondieran.

No la había culpado.

Se lo había dicho a sí mismo durante años.

Tumbado en la oscuridad con la respiración de un muerto a su alrededor, pensó: *pero tú tampoco la has llamado nunca, ¿verdad? Tres semanas con la intención. Tres semanas con el teléfono ahí, disponible, y la llamada sin hacer. Como si por no llamar pudieras preservar algo —alguna versión de ella, o de ti, o de los dos en la relación del uno con el otro, que la llamada podría perturbar.*

Tenía miedo de lo que ella oiría en su voz.

Tenía miedo de lo que él podría preguntarle.

Tenía miedo, sobre todo, del momento en que ella no dijera nada —la pequeña, ordinaria pausa después de una pregunta que ella había oído y que elegiría no responder, del modo en que ella había elegido no responder durante treinta años. Había sido testigo de aquellas pausas desde los nueve años. Había construido, alrededor de cada una de ellas, la cuidadosa estructura de un hijo que no necesitaba una respuesta. Ya no estaba seguro de que pudiera seguirla construyendo.

La respiración continuó.

Y debajo de ella —sutilmente— la forma de palabras ensamblándose. No sílabas sueltas esta vez. Algo más largo. Algo que aún no estaba del todo formado pero que se movía hacia tener forma del modo en que se mueve el tiempo, del modo en que se

habían movido los estados de ánimo de Edmund, acumulándose de modos que cambiaban la presión de todo antes de romper.

Daniel cerró los ojos.

Se quedó tumbado en la oscuridad y esperó al sueño, y en algún sitio por debajo de la respiración, en el lugar donde el lenguaje empezaba a salir a la superficie, algo estaba aprendiéndose su nombre.

CAPÍTULO DIEZ

El techo

Aprendió a mirar el techo.

Aquello no fue algo que decidiera. Fue algo a lo que su mente llegó por sí sola, del modo en que la mente llega a las cosas cuando está intentando gestionar una situación que el resto de uno mismo no puede gestionar —en silencio, sin anunciarlo, produciendo una solución que funcionaba y que Daniel aceptó sin examinar demasiado de cerca.

El techo de su dormitorio era blanco. Había sido blanco cuando se mudaron a la casa y seguía siendo blanco, aunque el blanco había envejecido hasta convertirse en algo ligeramente menos que blanco, una tonalidad que no tenía nombre real, en algún punto entre el marfil y el color del papel viejo. Había una grieta finísima que iba desde el plafón de la luz hasta el rincón sobre el armario —llevaba años observándola, la había vigilado con la distancia científica de alguien que lleva a cabo un estudio largo, y había llegado a la conclusión de no había crecido. Había una mancha de humedad a la izquierda de la ventana, aproximadamente circular, dejada por una gotera que se había arreglado el invierno pasado. Bajo cierta luz parecía una cara, o la sugerencia de una cara —del modo en que las nubes parecen caras, la mente insistiendo repetir un patrón.

Conocía el techo del modo en que conocía muy pocas otras cosas. Con la precisión absoluta de alguien que ha tenido muchísimo tiempo para mirarlo.

Había empezado en invierno.

Tenía doce años, casi trece, y el invierno había llegado fuerte y pronto, ese tipo de invierno que llegaba con intención y se asentaba.

La casa estaba caliente —Edmund mantenía la casa caliente, siempre había mantenido la casa caliente, este era uno de los hechos materiales de la vida con Edmund que Daniel había archivado bajo *cosas que están bien*— y por las tardes los tres estaban en el salón, su madre con su libro, Edmund con su periódico, Daniel con lo que le hubieran mandado de deberes o, cada vez más, con un libro propio.

Había empezado, aquel invierno, a leer más de lo que había leído nunca. No lo había elegido. Simplemente había descubierto, en la pequeña biblioteca a dos calles del colegio, que el acto de sentarse en una silla con un libro en las manos producía un espacio interior particular que no le estaba disponible de ninguna otra manera, y le había dado por hacer el camino largo a casa para pasar cuarenta minutos extra allí, y después le había dado por quedarse en su cuarto con el libro que hubiera llevado, y se había convertido, a lo largo de tres meses, en un tipo distinto de persona del que había sido cuando empezó el invierno. El cambio no era visible desde fuera. Desde fuera era un chico callado que leía mucho. El cambio era interno. Era el cambio de un yo que había empezado a sospechar que aquello que se llamaba *el mundo interior* podría ser un lugar que valiera la pena fortificar.

En la superficie, nada había cambiado.

Por debajo de la superficie, algo era distinto de un modo que Daniel no podía nombrar. Podía sentirlo del modo en que sentía la llegada del tiempo —en el cuerpo antes que en la mente, un zumbido bajo de alerta que había aprendido a vivir con él y que, últimamente, había cambiado de registro. No sabía qué era. Seguía sin saber qué era.

Edmund siempre le había tocado el hombro. Aquello era un hecho. Desde el principio Edmund le había tocado el hombro —el agarre firme del *bien hecho*, la mano guiadora del *ven a ver esto*. Era el modo en que Edmund comunicaba las cosas que no decía con palabras. Daniel siempre había sabido qué significaba ese contacto. Tenía su propio lenguaje.

No tenía una categoría para lo que el contacto estaba haciendo ahora.

Era distinto de un modo demasiado pequeño para articularlo y demasiado grande para ignorarlo. Una mano que se quedaba unos segundos más. Un instante en el pasillo, al cruzarse, que se demoraba de un modo en que los instantes en el pasillo no se demoran. Un tono en la atención de Edmund que Daniel podía sentir en la piel antes de poder verla en la cara de Edmund. No tenía palabras para aquellas cosas. Solo tenía el zumbido de su propia alerta, en aumento.

Se decía a sí mismo que se lo estaba imaginando.

Tenía doce años y su mente llevaba tres años produciendo explicaciones para el comportamiento de Edmund y producía también esta, sin costuras, ya casi automáticamente: *te lo estás imaginando. Eres un exagerado. Esto es tu sentimentalismo, que es una debilidad. Esto es tu tendencia a vivir dentro de tu propia cabeza, que te vuelve lento. Aquí no hay nada.*

Se lo creía porque necesitaba creérselo.

Se lo creyó hasta enero.

Su madre estaba en su clase de los miércoles.

Aquel era el hecho al que su mente volvía, después —no el suceso en sí, sino el contexto. El miércoles concreto y ordinario. La ausencia concreta y ordinaria. Su madre tenía su clase los miércoles, la había tenido durante años, volvía a casa con los ojos brillantes y hablando demasiado deprisa, y Edmund tendría la cena lista y la escucharía con su atención plena y Daniel se sentaría a la mesa y sentiría la calidez de la casa y pensaría que aquello era lo que significaba tener una familia.

Pensaba en aquello los miércoles, después. La calidez de la casa y la cena en la mesa y su madre entrando del frío.

La cena de aquella noche se había terminado y se había recogido. Daniel había hecho los deberes en la mesa de la cocina, Edmund cerca, la gramática ordinaria de una tarde ordinaria. Y entonces Edmund había dicho *vamos*, en el tono de una petición razonable, y Daniel lo había seguido escaleras arriba porque el tono era tan ordinario, porque era Edmund, porque la alternativa era…

La alternativa no era una cosa a la que la mente de Daniel le permitiera acercarse directamente.

Había seguido a Edmund escaleras arriba.

Se había tumbado en su cama y había mirado al techo.

La grieta finísima desde el plafón de la luz hasta el rincón sobre el armario. La mancha de humedad a la izquierda de la ventana, aproximadamente circular. El blanco que no era exactamente blanco, el color sin nombre real.

Su mente se desplazó de lado.

Pensó en una película que había visto en el colegio —un documental sobre criaturas de las profundidades, las que viven por debajo del punto al que llega la luz, que han evolucionado en oscuridad total hasta formas a las que nada más en el mundo se parece. Pensó en la forma en que se movían, aquellas criaturas, con una certeza lenta y paciente, como si la oscuridad no fuera una ausencia sino un medio, algo a través de lo cual moverse en lugar de un lugar donde no se pueden ver las cosas. Pensó en el techo.

Pensó en una cinta que había encontrado en el cajón de su madre —un casete viejo de algo que había grabado su padre, su padre tarareando mientras trabajaba, la cinta gastada de tanto reproducirla. La había escuchado una vez, cuando tenía siete años. Pensó en ella ahora y no podía recordar la melodía. Intentó recordarla y no pudo, y el no-recordar era su propio tipo de sonido, un silencio fino y agudo en el sitio donde había estado la melodía.

Contó los paneles. Los había contado antes —setenta y dos, en una rejilla de seis por doce— y los contó de nuevo ahora, y la cuenta era la misma, lo cual era el sentido de contar. El sentido no era el número. El sentido era que el número se quedaba.

Contó los segundos entre el paso de un coche por la calle de fuera y el paso de otro coche. Siete. Doce. Treinta y uno.

Pensó en el techo.

Estaba muy quieto. Había aprendido a estar muy quieto.

En algún momento la habitación volvió a ser solo la habitación. En algún momento Edmund ya no estaba allí y la casa estaba en silencio alrededor de Daniel y al otro lado de la ventana la tarde de invierno no estaba haciendo nada en particular. Se tumbó boca arriba y miró el techo y su mente, con cuidado, sin prisa, empezó el trabajo que llevaba haciendo durante tres años —la explicación, la

justificación, la ubicación de aquel acontecimiento nuevo en la taxonomía de Edmund.

Su mente hizo aquel trabajo durante aproximadamente cuatro minutos y luego se detuvo.

No produjo una explicación. No encontró una categoría. Se topó con la cosa con la que se había topado e hizo lo que hacía con las cosas que no podían categorizarse: las puso en algún sitio oscuro y quieto y lejos de la superficie, selló el lugar, y continuó.

Aquella era la cosa en la que Daniel era mejor a esas alturas.

Aún no tenía trece años y se le daba muy, muy bien.

No se lo contó a nadie.

Aquello no se sintió como una decisión. No se sintió como nada en absoluto, lo cual es quizá como se sienten las decisiones cuando el decidir lo hace la parte de la mente que opera por debajo del lenguaje. Simplemente no se lo contó a nadie, del modo en que simplemente miraba el techo, del modo en que su mente simplemente se iba a otra parte. Aquello no eran elecciones. Eran las operaciones de un yo que estaba haciendo lo que podía con lo que tenía.

Su madre llegó a casa de su clase y se quedó de pie en el recibidor quitándose el abrigo y su cara estaba luminosa y abierta del modo en que lo estaba después de los miércoles. Llamó escaleras arriba —*¿Daniel? ¿Edmund?*— en la voz que contenía la luminosidad. Edmund apareció desde algún sitio, sin prisa, y le cogió el abrigo y le preguntó por la tarde, y ella habló de aquello, y Daniel bajó y se sentó a la mesa y la escuchó hablar de aquello, y la casa estaba caliente, y había algo en la cara de su madre cuando miró a Daniel —solo por un momento, solo brevemente— que no formaba parte de la luminosidad.

Estuvo allí y luego no estuvo allí.

Apartó la mirada ella primero.

Empezó a contarle a Edmund algo que había sucedido en la clase, algo divertido, y Edmund se rio del modo en que se reía cuando lo decía en serio, y la cocina estaba caliente y luminosa y ordinaria y Daniel se sentó en la calidez ordinaria de aquello y pensó en el techo y no pensó en nada más.

Más tarde, tumbado en su cama —la misma cama, mirando al mismo techo, que era solo un techo, que siempre había sido solo un techo—, escuchó los sonidos de la casa asentándose a su alrededor.

Su madre y Edmund abajo, el murmullo bajo de la televisión.

La calefacción central haciendo tic en las paredes.

Fuera, el invierno haciendo su trabajo silencioso.

Miró la grieta finísima desde el plafón hasta el rincón sobre el armario. Llevaba años observándola. No había crecido.

Cerró los ojos.

No pensó en aquello. Se había convertido, a lo largo de una sola tarde de enero, en alguien que no pensaba en aquello, y entendió sin que nadie se lo dijera que así era como tendría que ser. Que el no-pensar era el precio de continuar. Que el techo estaba allí, siempre disponible, siempre exactamente igual, y que aquello era suficiente.

Tenía casi trece años.

Cerró los ojos.

No pensó más en aquello.

CAPÍTULO ONCE

Lo que guarda la oscuridad

Había una silueta en el umbral de la cocina.

Daniel la vio a las dos y media de un jueves por la mañana, de pie ante el fregadero con un vaso de agua que se había levantado a buscar porque dormir se había convertido, de nuevo, en algo que les sucedía a otras personas. La vio y la mano se le cerró sobre el vaso y se quedó muy quieto y la miró y entonces ya no estaba allí.

No se había ido —no la ausencia repentina de algo que se ha movido. Simplemente no estaba allí, del modo en que no había estado allí un momento antes. Como si la oscuridad del umbral se hubiera organizado brevemente en una forma y después hubiera cambiado de idea.

Se quedó de pie ante el fregadero un buen rato después de aquello.

Se bebió el agua. Volvió a la cama. Se tumbó en la oscuridad y escuchó la respiración —que estaba allí, que siempre estaba allí, que en tres años había llegado a considerar como una especie de constante terrible, lo único permanente— y se dijo a sí mismo lo que siempre se decía.

Pero la forma del umbral no encajaba en la taxonomía de las cosas que había aprendido a explicar.

A lo largo de tres años había construido una relación con la presencia que funcionaba del modo en que funcionan ciertas relaciones difíciles —mediante la aceptación de límites. No te acercabas a ella directamente. No la invitabas ni la reconocías de modos que le dieran más sustancia de la que ya tenía. Vivías a su lado del modo en que se vive con un dolor crónico: no curándolo, no

fingiendo que no estaba allí, sino aprendiendo su forma concreta, sus ritmos y sus dimensiones, de manera que no pudiera sorprenderte.

No se había sorprendido en mucho tiempo.

Estaba sorprendido ahora.

La respiración había sido suficiente. Las palabras habían sido manejables —aterradoras, sí, genuinamente aterradoras de un modo en que nada lo había sido desde el primer año, pero manejables porque seguían siendo solo sonido. Sonido del que podía apartar la mirada. Sonido sobre el que podía poner la televisión, o el fútbol, o la voz de Marcus hablando de edificios, de café o de películas húngaras.

Una silueta en un umbral era algo distinto.

Una silueta en un umbral significaba que las reglas habían cambiado y que a Daniel no se le había consultado.

Le dijo a Marcus que no estaba durmiendo.

A esas alturas aquello era ya tan habitual como para resultar casi sin sentido —llevaba dos meses contándole a Marcus detalles de que algo no estaba bien y Marcus lo había escuchado y no había insistido y había servido café y había dejado que las mañanas hicieran lo que las mañanas hacían en el piso orientado al sur. Pero esta vez Marcus dejó la taza y miró a Daniel con todo el peso de su atención y dijo:

—¿Cómo de mal está la cosa?

Daniel lo consideró.

—Distinto —dijo—. Se ha vuelto distinto.

—¿Distinto cómo?

Miró la luz sobre la pared. Pensó en la silueta del umbral de la cocina, la oscuridad organizándose brevemente en un perfil que era demasiado alto y demasiado quieto y demasiado deliberado para ser cualquier cosa que su mente estuviera fabricando por accidente.

—No estoy seguro de poder explicarlo —dijo.

—Inténtalo —dijo Marcus. No descortésmente. Simplemente como un hombre que cree en el valor de intentarlo.

Daniel se miró las manos alrededor de la taza de café. Dijo:

—¿Sabes cómo te puedes acostumbrar a algo? Incluso a algo que no… incluso a algo difícil. Aprendes su forma y entonces deja de ser

nuevo y se convierte simplemente en… una cosa que es. Parte del paisaje.

—Sí —dijo Marcus.

—Algo ha cambiado en el paisaje —dijo Daniel—. Algo en su forma. Y aún no tengo una descripción para definirlo.

Marcus se quedó callado un momento.

—¿Es algo aquí dentro? —dijo—. ¿En el edificio?

Daniel lo miró. Algo cruzó por la cara de Marcus —la reacción sutil de alguien que hace una pregunta cuya respuesta no está seguro de querer recibir.

—En cierto modo —dijo Daniel.

Marcus asintió despacio. Volvió a coger la taza. Miró a Daniel con la atención firme y sin alarma que era simplemente su modo de ser, y dijo:

—Sabes que puedes hablar conmigo.

—Lo sé —dijo Daniel.

No le habló.

La segunda vez fue en el pasillo.

Era primera hora de la tarde, aún con luz de día pero espesándose, esa hora entre la tarde y el anochecer en que el piso siempre se había sentido ligeramente inseguro de sí mismo. Daniel se desplazaba del salón a la cocina, un movimiento habitual, la ruta que había caminado diez mil veces, levantó la vista y allí estaba.

Al fondo del pasillo. Entre él y la cocina.

De pie del modo en que estaba —aquella altura, aquella inmovilidad absoluta, el abrigo largo que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla, el sombrero con su ala calada de modo que la cara, si había una cara, estaba en sombra. El bastón. El modo particular en que ocupaba el espacio, ligeramente más espacio del que sus dimensiones físicas deberían haber explicado.

Lo había visto en el ascensor. Lo había visto en el espejo. Lo había sentido en la habitación, en la oscuridad, durante tres años. Lo había oído y lo había percibido y había construido su presencia a partir del sonido, la sombra y la presión del aire.

No lo había visto así. Sólido. Presente. En las horas de luz, en el pasillo de su piso, entre él y la cocina.

Se detuvo.

Estaban de pie cada uno en un extremo del pasillo y el piso estaba muy silencioso y la luz del día espesándose entraba por la ventana del fondo y volvía hacia la presencia —la figura, Edmund, lo que fuera, fuera cual fuera la palabra correcta para nombrarla— más presente en lugar de menos. La luz debería haberla disminuido. La luz debería haberla convertido en algo explicable. No lo hizo.

Daniel se quedó de pie y miró a la figura del fondo de su pasillo y la figura se quedó de pie y no respiró, lo cual estaba mal, porque siempre respiraba, la respiración era la única constante, y su silencio ahora era más aterrador de lo que su voz había sido nunca.

—Edmund —dijo Daniel.

Su voz salió firme. Aquello le sorprendió.

La figura no se movió.

—Sé lo que quieres —dijo Daniel—. Lo sé.

Se quedó de pie en el pasillo y miró a la figura y la figura le devolvió la mirada desde debajo del ala de su sombrero, el piso estaba muy silencioso y la luz del día continuaba su lento espesor hacia la oscuridad.

Después se fue.

No dramáticamente —ningún movimiento, ningún sonido. El pasillo era simplemente el pasillo, la moqueta y las fotografías y el plafón muerto que Daniel llevaba con la intención de cambiar, y la cocina estaba al fondo, ordinaria y disponible para cualquiera que quisiera hacer uso de ella.

Daniel se quedó donde estaba durante mucho rato.

Caminó hasta la cocina. Llenó la tetera. Se quedó de pie ante la ventana mientras hervía y miró la calle de abajo y pensó: *está aquí ahora. Está aquí de día.*

Llenó una taza. Se sentó a la mesa de la cocina con la taza entre las manos. No se había sentado a aquella mesa para beber algo en —intentó recordar, no pudo recordar, se quedó con el no-recordar. La mesa se había convertido, a lo largo de tres años, en un objeto que atravesaba al pasar por una habitación en lugar de un objeto que usaba. No lo había notado. Lo notó ahora. Notó, también, que la taza era la taza equivocada —una desgastada que llevaba con la

intención de tirar mucho tiempo— y que no tenía la energía para levantarse y cambiarla por una mejor. La taza desgastada era lo que la situación se había merecido hoy, y se la iba a beber.

Se hizo el té. Se lo llevó al salón. Se sentó en el sillón y miró la pared y pensó, con una precisión que le sorprendió, que aquello a lo que había pasado tres años haciendo hueco se le había salido del hueco.

No sabía qué venía a continuación.

Llamó a su madre aquella tarde.

Llevaba semanas con la intención de llamar —llevaba con la intención de llamar tanto tiempo que el con-la-intención-de se había convertido en una especie de condición permanente, un rasgo del paisaje. Pero llamó ahora, sentado en el sillón con el té frío al lado, y ella contestó al tercer tono.

—Daniel —dijo ella. La forma en que decía su nombre siempre había sido específica de ella —una suavidad particular en la primera sílaba, una ligera subida al final, como si su nombre fuera una pregunta que se alegraba de hacer.

—Hola, mamá —dijo él.

—Estaba pensando en ti —dijo ella—. Iba a llamar.

Sabía que aquello podía ser o no verdad, y no importaba en ningún caso. Dijo:

—¿Cómo estás?

Ella se lo contó. El jardín, que iba tomando forma. Un programa que había visto. Una amiga de su antiguo trabajo que se había puesto en contacto. Hablaba del modo en que siempre hablaba —de manera luminosa, hacia adelante, manteniendo las cosas en la superficie, llevándote sin detenerse en ningún sitio el tiempo suficiente para hundirse. Él escuchó y dijo las cosas que se decían y sintió la textura particular de sus conversaciones: cálida, fiable, ligeramente sin aire.

—Tienes la voz cansada —dijo ella en algún momento. Siempre había sido capaz de oírla.

—Estoy bien —dijo él.

Una pausa. Ese tipo de pausa que en otra conversación, con otra versión de los dos, podría haberse abierto a algo. Él la sintió —la

pausa, su potencial, las cosas que podrían decirse en ella.

—¿Estás comiendo bien? —dijo ella.

—Sí —dijo él.

—Tienes que cuidarte —dijo ella—. No siempre lo haces, ya te conozco.

Él dijo que lo haría. Lo dijo en el tono que ponía fin a aquella parte de la conversación, que los devolvía con suavidad a la superficie, y ella se dejó devolver, y hablaron otros diez minutos sobre nada en particular, y al final ella dijo que lo quería y él dijo que también la quería, colgó el teléfono y se quedó sentado en el piso silencioso.

Pensó en la pausa.

Pensó en lo que podría haberse dicho en ella.

Miró el pasillo, que era simplemente el pasillo, que llevaba siendo simplemente el pasillo las últimas dos horas.

Pensó en las cosas que no se habían dicho en su vida. La lista era larga. Nunca le había dicho a su madre que sabía que ella había sabido, del modo en que las madres saben, incluso cuando había estado trabajando muy duro para no saberlo. Nunca le había dicho que la luminosidad era un cristal entre los dos, que podía verla a través de él pero que no podía, con los años que tenía, conseguir romperlo. Nunca le había dicho, sin más: *te necesité. Te necesité y no estabas allí.* La frase pertenecía a un país cuyo idioma no se le había permitido aprender.

En algún sitio del piso la respiración volvió a empezar, baja y paciente, encontrándolo del modo en que siempre lo encontraba. Y por debajo de la respiración, atravesándola, algo que no era exactamente una palabra y no era exactamente una voz pero que se movía, inconfundiblemente, hacia las dos cosas.

CAPÍTULO DOCE

Lo que el cuerpo soporta

El vestuario olía a zapatillas húmedas y desodorante barato y a la energía ansiosa particular de treinta chicos que no querían estar allí.

Daniel era uno de ellos. La gimnasia siempre le había disgustado —no la actividad física en sí, en la que era razonablemente bueno y que tenía la ventaja de no requerir nada de su mente, sino los vestuarios antes y después. La vulnerabilidad concreta de aquellos. El modo en que te exigían habitar tu cuerpo en público, delante de otras personas, sin la protección de la ropa.

Se le había dado muy bien gestionar el tema la ropa.

Mangas largas cuando podía salirse con la suya. Una capa extra los días fríos, que en aquella ciudad era la mayor parte de los días. La coreografía concreta de cambiarse rápido y en ángulo —nunca con la espalda totalmente vuelta hacia la sala, nunca con el frente totalmente visible tampoco, encontrando la orientación precisa que no revelara nada. Lo había ensayado hasta volverlo automático, del modo en que se ensaya cualquier cosa que necesitas hacer sin pensar en ella.

La mayoría de los días funcionaba.

Tenía catorce años. Era un martes de octubre, y estaban haciendo rugby, lo que significaba el vestuario dos veces —antes y después— y el después era siempre más difícil porque después significaba duchas, o la representación de ducharse, lo que significaba que el problema de la gestión estaba en su punto más complejo.

Tenía un moratón a lo largo del costado izquierdo, de las costillas a la cadera, que tenía diez días y aún era del color de un cielo

borrascoso —morado y amarillo y el verde-marrón de algo en proceso de convertirse en otra cosa. Ya no le dolía mucho. Le había dolido enormemente cuando era nuevo, ese dolor punzante y entrecortado de una costilla que estaba o bien fisurada o bien muy bien magullada, y había pasado tres días siendo cuidadoso con el modo en que respiraba, lo que había requerido un nivel de actuación en la mesa de la cena que pensaba que había sido convincente.

Edmund no había preguntado por aquello.

Edmund nunca preguntaba por las cosas que Edmund había causado. Aquello formaba parte de la gramática.

Daniel se cambió para el rugby en su ángulo habitual, pasó sin camiseta el mínimo tiempo posible, y nadie se dio cuenta, lo cual era el resultado habitual. Los chicos a su alrededor estaban ocupados con sus propios cuerpos, sus propias ansiedades, la timidez ordinaria de los catorce años, y Daniel se movió por la sala con la invisibilidad ensayada que había desarrollado y nadie lo miró, se puso el equipo y salió al campo.

Era bueno en rugby. Aquello sorprendía a la gente —no era el tipo obvio, demasiado callado, demasiado interior, no el chico que llenaba una habitación del modo en que se suponía que los jugadores de rugby llenaban habitaciones. Pero era rápido, era preciso y tenía, en el contacto físico del juego, una cualidad que su profesor de gimnasia, el señor Alderton, había descrito una vez a otro profesor como *agresividad controlada*, lo que Daniel había oído de pasada y en lo que había pensado durante varios días después. No había sido consciente de tener agresividad hasta ese momento. Había pensado que no tenía ninguna, que había sido paciente, prudente y contenido durante tanto tiempo que lo que había dentro de él simplemente había sido absorbido. Pero en un campo, al parecer, en la colisión permitida y controlada durante el juego, algo diferente sucedía. Jugó duro aquel martes. Siempre jugaba duro los martes.

El moratón se hizo notar dos veces —una vez en un placaje y otra en el fondo de un *ruck*— y absorbió el dolor y siguió moviéndose, lo cual no era inusual. Se había vuelto, a lo largo de dos años, bastante experto en absorber el dolor y continuar.

El después era el problema.

Tenía un sistema. Era el último en salir del campo cuando podía lograrlo —rezagándose, tardando más en desatarse las botas, de modo que la primera oleada del vestuario ya hubiera pasado para cuando él entrara. Después rápido: la ducha del fondo, la que tenía la cortina que no cerraba del todo, sostenida en un ángulo útil. Dos minutos. Seco y vestido antes de que la mayoría de ellos hubiera terminado.

Aquel martes el señor Alderton entró en el vestuario cuando Daniel todavía estaba sin camiseta.

El profesor estaba buscando a otra persona —llamando a alguien que no era él, algo sobre un permiso de los padres. Daniel se giró por instinto, pero no lo bastante rápido, y la mirada del señor Alderton recorrió la sala y se posó brevemente, casi accidentalmente, en el costado izquierdo de Daniel. Una pausa.

Ese tipo de pausa que duraba menos de un segundo y contenía un mundo.

El señor Alderton encontró a quien estaba buscando. El permiso quedó resuelto y salió del vestuario.

Daniel se puso la camiseta, terminó de vestirse y salió del vestuario con la firmeza cuidadosa de alguien que no está caminando rápido, que no tiene ninguna prisa, que no tiene nada por lo que no tener prisa.

Pensó: *lo ha visto.*

Pasó el resto del día esperando que sucediera algo. Una llamada a su despacho. Un comentario en voz baja en un pasillo. Se había preparado, en abstracto, para aquella posibilidad —había pensado en lo que diría, en cómo lo diría, la explicación que no era exactamente una mentira y no era exactamente la verdad y que satisfaría a quienquiera que estuviera preguntando lo justo y necesario. Se había preparado para ello y lo había esperado pero no llegó.

Al final del día comprendió que el señor Alderton también había tomado una decisión. Que la pausa en el vestuario había contenido no solo el ver, sino el elegir qué hacer con lo visto, y lo que el señor Alderton había elegido era lo mismo que la madre de Daniel elegía

cada día en la mesa de la cocina: dejar que fuera algo que no había visto del todo.

Daniel volvió andando a casa en la oscuridad de octubre y sintió, además de las cosas habituales, algo que era casi como soledad en un nuevo nivel. La soledad de ser visto y no ayudado. La soledad de la decisión de otra persona.

Había encontrado las películas a los trece.

No las películas que ponían en el colegio, ni las cosas que su madre ponía por las tardes —las cosas cómodas, sin exigencias, que llenaban el salón de ruido y no requerían nada de tu parte. Las había encontrado por accidente, del modo en que se encuentran las cosas que se vuelven importantes: un canal de madrugada, una película con la que se había topado al no poder dormir, en blanco y negro, con subtítulos, una película francesa sobre un chico no mucho mayor que él que vivía en París de un modo que parecía completamente solo y completamente dueño de sí mismo simultáneamente.

La había visto en la oscuridad del salón con el volumen muy bajo y había sentido algo que no había sentido antes en relación con una historia —la sensación de ser comprendido por algo que no podía conocerlo. El chico de la película no era Daniel. Su vida no se parecía en nada a la de Daniel. Pero había algo en la cualidad de su soledad, en la forma en que se movía por su mundo con una especie de mundo interior al que nadie a su alrededor podía acceder, que hacía que Daniel sintiera, por primera vez en años, que su propio mundo interior no era simplemente un sitio en el que guardar cosas y sellarlas para nunca ser abiertas de nuevo.

Después de aquello las buscó deliberadamente. Encontró una tienda en el centro de la ciudad que vendía películas extranjeras, de segunda mano, en sus cajas. Se gastaba allí la paga semanal con el propósito concentrado de alguien que lleva a cabo una investigación. Las veía en el televisor pequeño de su cuarto, tarde, con auriculares, y se convirtieron —aquellas películas, aquellas horas oscuras y privadas con los auriculares y los subtítulos— en la habitación dentro de la habitación. Un sitio que era solo suyo y en el que no había sitio para nadie más.

Edmund no tenía opiniones sobre las películas. Aquella era una de las razones por las que Daniel las quería.

La música llegó después, a los quince, y de manera distinta —no buscada sino encontrada por casualidad, una mixtape que un chico del colegio había dejado en un banco del aula común, sin reclamar, que Daniel había recogido y había guardado porque nadie más lo hacía. La había escuchado en su Walkman de camino a casa aquel día y se había quedado en la acera delante de la casa veinte minutos después de llegar porque una de las canciones le estaba provocando algo que no había sentido antes y no quería que parara.

Escuchó aquella cinta hasta que se rompió. El altavoz derecho de su Walkman había empezado, para entonces, a fallar de manera intermitente, y las canciones le llegaban solo al oído izquierdo durante varios segundos y después volvían, y Daniel había empezado a asociar ciertas canciones con el pánico breve de la audición parcial —la preocupación de que la canción se perdiera ahora, de que nunca la terminara del modo en que había sido escrita para terminar. El Walkman había sido un regalo de Navidad de su madre, el año antes de que Edmund llegara, y llevaba aquella historia dentro pensara o no pensara Daniel en ella.

No era música extraordinaria, en retrospectiva. Pero a los quince años era la primera vez que había sentido algo simplemente por el sonido —no por la narración o los personajes o la textura particular de la luz de una película, sino puramente por la disposición de las notas en el tiempo. Parecía casi injusto, cuánto había disponible de algo tan simple. Algo que no le requería nada salvo escuchar.

Empezó a coleccionar música del modo en que coleccionaba películas —deliberadamente, en privado, con el placer concreto de alguien construyendo un mundo que pertenece solo a él. Hacía sus propias cintas mezcladas y las etiquetaba con fechas en lugar de títulos. Podía recordar, años después, exactamente lo que había estado haciendo y dónde había estado la primera vez que había escuchado canciones concretas, del modo en que la gente recuerda dónde estaba cuando sucedieron eventos importantes de la historia.

Guardaba las cintas en una caja debajo de la cama.

Edmund no sabía que estaban allí.

Aquello le parecía importante. Las películas eran visibles —las cajas en su estantería, disponibles para cualquiera que mirara. Pero las cintas estaban debajo de la cama, y el debajo-de-la-cama era la última geografía privada que le quedaba, y la conservaba con cuidado.

En el colegio era conocido pero no conocido a fondo.

Tenía conocidos en lugar de amigos, con la excepción de Thomas, que había sido una constante en la vida de Daniel a pesar de la valoración de Edmund sobre él, una consistencia que Daniel nunca le había reconocido a Thomas pero por la que estaba en silencio, en privado, agradecido. Thomas tenía la cualidad de alguien que no te requería cosas —que se contentaba con volver andando a casa dos veces por semana y hablar de películas y quejarse de los profesores y de vez en cuando hacer reír a Daniel tanto que le dolía. Todo ello sin presionarle nunca para que diera más de lo que era capaz de dar.

Tampoco le contó nada a Thomas.

Había aprendido a vivir en el hueco entre lo que la gente sabía de él y lo que era verdad, y se había acostumbrado tanto a habitar en ese hueco que ya no estaba seguro de saber cómo cerrarlo. Miraba a los chicos a su alrededor —los que hablaban en voz alta de sus familias, sus fines de semana, los sucesos ordinarios de sus vidas en casa— y sentía el hueco como una cosa física, una dimensión que él ocupaba y ellos no.

Esto es simplemente como soy, se decía a sí mismo. *Algunas personas son reservadas. Algunas personas son autosuficientes.* Se lo decía y en su mayor parte se lo creía.

Y después se iba a casa, y los zapatos de Edmund estaban junto a la puerta o no lo estaban, y comprobaba la textura del aire en el recibidor y leía su gramática, dejaba la mochila, se iba a su cuarto y cerraba la puerta, y más tarde se ponía los auriculares y le daba al *play* y una canción llegaba, se sentaba en la cama con los ojos cerrados y la dejaba hacer su trabajo.

Era suficiente.

La mayoría de los días, era suficiente.

CAPÍTULO TRECE

Algún sitio soleado

Edmund elegía las vacaciones.

Así ocurría siempre. Elegía con la misma eficacia decisiva que aplicaba a todo lo que hacía —investigaba, lo consideraba, y después lo presentaba como un hecho consumado, un folleto dejado abierto sobre la mesa de la cocina como una declaración del hecho en lugar de una propuesta. La madre de Daniel recibía aquellas presentaciones con el entusiasmo desmedido que llevaba a todas las decisiones de Edmund, y Daniel las recibía con la neutralidad cuidadosa que llevaba a todo, y las vacaciones quedaban reservadas.

Estas eran en una villa en el sur de Francia. Dos semanas en agosto, Daniel con quince años, el verano entre cuarto curso y quinto en el instituto. Edmund la había alquilado a través de un colega —una villa de verdad, dijo, no una trampa para turistas, con piscina y olivos y una terraza que cogía la luz de la tarde. Lo dijo con la satisfacción de un hombre que cree saber la diferencia entre algo bueno y algo mejor y mostraba la superioridad que este hecho le hacía sentir con el resto.

Daniel metió en la maleta el Walkman y treinta y siete cintas.

El trayecto al aeropuerto fue la primera representación del viaje..

Edmund conducía, su madre en el asiento del copiloto, Daniel detrás con los auriculares puestos y el volumen lo bastante bajo para oír si le hablaban. Eran una familia camino de Francia para una quincena —era la historia que contaba el coche, desde fuera. Un hombre, una mujer y su hijo, el equipaje en el maletero, la autopista

desenrollándose en el calor de agosto. Una imagen perfectamente ordinaria.

Daniel miraba la nuca de Edmund y pensaba en la película que había visto el martes anterior —una película italiana, de los años sesenta, sobre una mujer en una isla mediterránea que poco a poco se pierde a sí misma, o se encuentra, o las dos cosas. No la había entendido del todo pero había sido incapaz de dejar de pensar en ella, lo que había llegado a reconocer como la señal de algo que valía la pena conservar.

Su madre dijo algo sobre el tráfico y Edmund respondió y su madre se rio. La risa era la luminosa, la sostenida. Daniel subió ligeramente el volumen.

La villa era objetivamente preciosa.

Eso era lo que siempre pasaba con las elecciones de Edmund, que Daniel nunca había encontrado el modo de asimilar del todo —siempre eran acertadas. La villa era de piedra y se sentía fresca por dentro, con ventanas que daban a la terraza y olivos que eran exactamente como lo había descrito y una piscina del tamaño exacto teniendo en cuenta el espacio disponible. Edmund la recorrió a la llegada con la expresión de un hombre confirmando lo que había esperado, y su madre se movía de habitación en habitación con una expresión genuina de felicidad. Daniel se quedó de pie en la terraza y miró las vistas —el valle abajo, el cielo pálido, el brillo característico de la luz del sur de Europa que hacía que todo pareciera ligeramente más real de lo habitual— pensó que era muy hermoso y se sintió abrumado por ello, un sentimiento que le producían las cosas bellas.

Edmund era distinto de vacaciones.

Esa era la otra cosa que Daniel no había encontrado el modo de asimilar. La gramática de sus actos se desplazaba a otro lugar, con un tiempo distinto y un aire diferente. El anonimato que le otorgaba el estar lejos de las rutinas que estructuraban todo en casa. Edmund estaba más relajado. Más abiertamente cálido —con la madre de Daniel, con los vecinos de la villa contigua que se presentaron el segundo día, con el camarero del restaurante del pueblo que no hablaba inglés y con el que Edmund se comunicaba en un francés

educado y sorprendentemente fluido. Era, en aquellas dos semanas, algo muy cercano al Edmund del día de la boda —atento, fácil, capaz del tipo de calidez que te hacía entender por qué una persona podría quererle.

Daniel observaba aquello y lo comparaba con todo lo demás que sabía y le era muy difícil comprender que se tratara de la misma persona.

Iba a nadar por las mañanas, solo, temprano, antes de que los demás se despertaran. La piscina estaba fría a esa hora, la luz era todavía baja. Los olivos se mostraban oscuros en contraste con la palidez del cielo y había mucho silencio. Nadaba largos con la concentración metódica que llevaba a las cosas físicas y sentía, en el agua, la libertad concreta de un cuerpo haciendo aquello para lo que había sido construido sin ser observado. Se quedaba hasta que oía a Edmund moverse en la cocina. Después salía, se secaba y se iba a su habitación.

El agua era la parte que más le gustaba. No el nadar exactamente, sino la entrada en el agua —la pequeña ruptura limpia con el aire, el modo en que el cuerpo se convertía, brevemente, en un tipo distinto de objeto, pesado de manera distinta, respondiendo a reglas distintas. Había aprendido a nadar bien aquí en Francia, en cierto sentido —la casita junto a la cala cuando tenía ocho años, Edmund sosteniéndole el estómago en el agua poco profunda— y había una pequeña ironía privada en el hecho de que nadar, de todas las cosas que habían hecho juntos, seguía siendo la mejor. Edmund le había enseñado a hacer algo de la manera correcta en que debía hacerse. Daniel no sentía que le debiera nada a Edmund por el hecho de que lo hubiera hecho. El agua era más antigua que Edmund. El cuerpo había sido construido para nadar en ella antes de que ninguno de los dos tuviera nombre.

Los vecinos eran una pareja del norte de Inglaterra, jubilados, que llevaban quince años viniendo a aquel valle y conocían los buenos restaurantes y los días de mercado y el camino que subía hasta la iglesia en ruinas de la colina. Edmund se relacionaba con ellos poniendo atención plena y se sentían encantados —por él, por las preguntas consideradas, la escucha genuina, el modo en que

hacía sentir a la gente que el tiempo que pasaba con ellos era considerado como algo valioso para él.

Daniel se sentaba a la mesa de la terraza durante aquellas conversaciones y observaba la interpretación controlada y medida de Edmund y pensaba en el señor Alderton en el vestuario, eligiendo qué hacer con lo que había visto. Pensaba en la capacidad de algunos adultos que eran capaces de mirar, ver y luego decidir no hacer nada con lo que habían visto.

Los vecinos tenían un perro, un terrier pequeño y muy mayor que pasaba la mayor parte del tiempo dormido en parches de sombra, que de vez en cuando se acercaba a donde Daniel estaba sentado y se dejaba acariciar. Daniel lo acariciaba y no pensaba en nada en particular, escuchaba a Edmund encandilar a los vecinos con sus palabras medidas al milímetro para resultar agradable e inofensivo y sentía el valle extendido debajo de él en el calor de agosto, indiferente y hermoso.

La quinta tarde hubo cena en la terraza —ambas parejas y Daniel, una comida larga con buen vino, las historias de los vecinos sobre el valle y Edmund en su versión más encantadora. Su madre brillaba a su lado. Era feliz, pensó Daniel. No la felicidad representada de la mesa de la cocina. Algo más genuino, relajada por el vino, el aire cálido y la facilidad del Edmund-de-vacaciones. Algo que quería ser verdad.

La observó ser feliz y sintió la complejidad de aquello, que era la complejidad de querer a alguien que había tomado una decisión que no podía perdonar y no quería perdonar.

Sucedió el noveno día.

Habían ido en coche a un pueblo con mercado a una hora de allí —sugerencia de Edmund, se lo habían recomendado los vecinos. Un mercado provenzal de verdad con productos y tejidos y el caos organizado particular de un sitio que llevaba haciendo eso todos los jueves desde hacía quinientos años. Se movieron por él juntos y por separado, su madre deteniéndose en un puesto de telas estampadas, Edmund metido en una transacción en un mostrador de quesos llevada a cabo enteramente en francés, Daniel caminando hacia adelante con las manos en los bolsillos.

Se encontró ante un puesto que vendía libros de segunda mano —en su mayoría franceses, alguno que otro en otros idiomas, libros de bolsillo abiertos sobre un tablón de madera apoyado sobre dos caballetes al sol. Se quedó mirándolos con la atención ociosa de alguien que no busca nada concreto y que por lo tanto tiene más probabilidades de encontrar algo.

Encontró una guía de cine. En inglés, gastada, publicada a principios de los ochenta —un panorama del cine mundial, país por país, denso con fotogramas y descripciones. La abrió y leyó un párrafo sobre un director polaco del que no había oído hablar nunca y sintió una sensación que se le estaba haciendo familiar, la sensación de territorio aún sin cartografiar.

Estaba leyendo la entrada sobre el director polaco cuando Edmund apareció a su lado.

—¿Qué estás mirando?

Daniel le enseñó el libro.

Edmund lo miró sin cogerlo. Su expresión era la evaluadora, moviéndose del libro a Daniel y vuelta atrás.

—Cine —dijo, con el tono de un hombre poniendo algo en una categoría.

—Sí —dijo Daniel.

—Pasas mucho tiempo viendo películas —dijo Edmund. No una pregunta. El tono de una observación que era también un diagnóstico.

—Me gustan —dijo Daniel.

Edmund lo miró.

—Las usas para esconderte —dijo, en voz baja —tan baja que el ruido del mercado se la tragó por completo, que nadie a dos pasos podría haberla oído—. Siempre lo has hecho. Es una muestra de cobardía.

Lo dijo en el mismo tono con el que podría haber dicho *parece que va a llover*. Un hecho, anotado, dejado atrás. Pasó la mano por delante de Daniel y cogió un libro francés de la mesa, le dio la vuelta y leyó la contraportada.

Daniel se quedó de pie con la guía de cine en las manos y el sol de agosto en la nuca y el mercado siguiendo con su bullicio

rodeándolo y sintió cómo las palabras se posaban dentro de él del modo en que se posaban siempre las palabras de Edmund —sin drama, con el peso particular de algo entregado por alguien que te conoce lo bastante bien para saber exactamente dónde colocarlo.

Volvió a poner la guía de cine sobre la mesa.

Atravesó el mercado de vuelta hasta donde estaba su madre en el puesto de telas, una pieza de tela azul sostenida hacia la luz. Se volvió cuando lo oyó y su cara estaba tenía el brillo propio de cuando estaban de vacaciones, y dijo:

—¿Qué te parece? Para la habitación de invitados.

—Está bien —dijo Daniel.

Lo miró. Algo cruzó por su cara —una mirada breve, involuntaria, la mirada que veía algo y empezaba a decidir qué hacer con ello.

—¿Estás bien? —dijo.

Él miró la tela azul a la luz de agosto. Pensó en la guía de cine sobre la mesa hecha con caballetes. Pensó en la cobardía de las palabras de Edmund, en la calma con que habían sido entregadas, y en el ruido del mercado que se había cerrado sobre ella.

—Bien —dijo—. Solo tengo calor.

Lo miró un momento más. Después se volvió hacia la tela.

—Hace un calor de muerte —dijo—. Edmund cree que deberíamos buscar un sitio para comer antes de que empeore.

—Buena idea —dijo Daniel.

Se quedó de pie a su lado y miró la tela y esperó a que Edmund los encontrara, y el mercado se movió a su alrededor, sin pausa e indiferente, y el momento quedó también sellado en su interior como el resto de momentos anteriores. Aquella tarde, en su habitación, con las contraventanas abiertas al aire que se enfriaba y los auriculares puestos, le dio al *play* a una cinta y una canción llegó —algo lento, algo con una guitarra haciendo algo silencioso y preciso que le hacía doler la parte de atrás de la garganta— y se tumbó en la cama y miró al techo de la villa que no era el techo de su dormitorio y que por lo tanto no estaba arruinado, todavía no. Cerró los ojos y dejó que la canción hiciera su trabajo.

Cenaron en un restaurante pequeño junto a la plaza. Edmund pidió para la mesa en su francés educado y los platos llegaron sin

prisa al estilo francés de cómo debía marcarse el ritmo de una comida. Daniel comió sin saborear. Su madre dijo, dos veces, que el pan estaba muy bueno. Edmund habló de una propiedad que había estado considerando comprar en el valle de al lado, su versión expansiva, pareciendo incluso más grande de lo que ya era de por sí, con su mano descansando cómodamente sobre el respaldo de la silla de su madre. Daniel observaba la representación desde el otro lado de la mesa. Cobardía. La palabra se había clavado en algún sitio bajo sus costillas como una pequeña piedra que se hubiera tragado.

Entendía ahora lo que Edmund hacía con las palabras. Lo había entendido durante años, pero el entender se había clarificado, en aquel calor concreto de agosto, en algo cercano a una tesis. Edmund usaba las palabras del modo en que un hombre con cuchillo decide qué hacer con él: no siempre, no de manera visible, pero con la posibilidad presente y constante de usarlo. La amenaza de la existencia del cuchillo siempre estaba ahí. La palabra había sido pronunciada y no sería despronunciada. La palabra llegaría a intervalos, durante años, en la oscuridad de la habitación de Daniel, en los vestuarios antes de gimnasia, en el momento antes de levantar la mano para responder a una pregunta en clase. Cobardía. La de Daniel. La de la mesa hecha con caballetes. La del mercado. Toda la tarde marcada por una sola frase silenciosa en la voz baja de un hombre.

Una muestra de cobardía.

Subió el volumen.

Miró al techo.

Dejó que la canción hiciera su trabajo.

CAPÍTULO CATORCE

La forma de las cosas

Llegó mayo y Daniel dejó de contar los días.

Aquello era nuevo. Siempre había contado —no deliberadamente, no con un calendario o un sistema, sino con el sentido instintivo que el cuerpo tiene del paso del tiempo, el modo en que sabes sin mirar qué hora es, aproximadamente cuánto tiempo llevas en algún sitio. Aquel sentido siempre había sido fiable. Lo había abandonado ahora, o él lo había abandonado, y los días se movían a su alrededor sin bordes claros y él se movía a través de ellos y el piso era el piso y la ventana era la ventana y la calle de abajo era la calle de abajo, y el tiempo pasaba del modo en que el agua pasa a través de algo poroso —presente y luego no, sin un recuerdo claro de la transición.

Estaba bien.

Se lo decía a sí mismo con menos frecuencia ahora, lo cual pensaba que podía significar que no estaba muy convencido de estarlo.

La figura había estado en la cocina tres veces en las últimas dos semanas.

No de noche. Aquella era la cosa a la que volvía una y otra vez —no de noche, no en las pequeñas horas en que la oscuridad ofrecía cobertura para cosas que podían explicarse. Por la tarde. Una vez por la mañana, la luz gris y temprana apenas entrando por la ventana, y había llegado a la cocina a hacerse café y allí estaba de pie junto a la encimera, de espaldas a él, el abrigo largo, el sombrero y el bastón y la altura imposible de aquella presencia. Se había quedado de pie en el umbral de la cocina, la había mirado y no se había movido y después simplemente ya no estaba allí.

Se había hecho el café.

Se había quedado de pie en la ventana y se lo había bebido, había mirado a la calle y se había dicho a sí mismo —con la precisión exhaustiva de alguien que lleva muchísimo tiempo diciéndose a sí mismo algo que sabe que no es verdad y que se está quedando sin la energía que requiere hacerlo— que estaba bien. Que aquello era llevadero. Que llevaba tres años manejándolo y seguiría haciéndolo.

Ya no estaba del todo seguro de creérselo.

La figura estaba adquiriendo más detalle.

Aquella era la parte que más le asustaba, más que las apariciones en horas de luz, más que las palabras en la oscuridad. Al principio había sido una silueta —alta, quieta, la sugerencia de su ropa, el ala de un sombrero. Algo que ocupaba espacio sin tener bordes. Pero últimamente, en los momentos antes de desaparecer, había estado más presente de un modo que era más difícil de describir que de sentir. El abrigo tenía textura. El sombrero proyectaba una sombra que se movía con la luz. La mano sobre el bastón tenía nudillos.

No miraba la cara. No había mirado nunca a la cara y no tenía pensado hacerlo.

Pero la cara estaba allí, debajo del ala. Podía sentir su presencia del modo en que sientes que alguien te mira desde el otro lado de una habitación antes de haberlo visto —una presión, una dirección, una certeza.

Marcus llamó a la puerta un miércoles por la tarde.

Daniel abrió y Marcus lo miró con la atención mesurada que siempre lo hacía y no dijo nada durante un momento, lo cual era inusual. Marcus no era un hombre que usara el silencio como preámbulo.

—Tienes una pinta horrible —dijo.

—Gracias —dijo Daniel.

—Lo digo en serio. —Marcus lo miró con cuidado—. ¿Cuándo dormiste como es debido por última vez?

Daniel pensó en aquello con honestidad, lo que no siempre hacía.

—No estoy seguro —dijo.

Marcus asintió despacio.

—¿Puedo pasar?

Daniel se hizo a un lado y Marcus entró en el piso y miró a su alrededor con su atención habitual, y Daniel observó cómo miraba y pensó en el aspecto que tenía el piso para alguien que no era él —las cortinas cerradas del salón que no había abierto en varios días, las tazas en la encimera, la cualidad general de un espacio que había sido habitado muy intensamente por una sola persona que no se había estado cuidando especialmente bien.

Se sentaron en el salón. Marcus no comentó las cortinas. Aquello era, pensó Daniel, o tacto o el instinto de alguien que entendía que algunas cosas era mejor no abordarlas.

—Háblame —dijo Marcus.

—¿De qué?

—De cualquier cosa. No has llamado en una semana.

Daniel se miró las manos. Era verdad. Había sido consciente de ello —había sido consciente de Marcus al otro lado de la pared, los sonidos ordinarios de una vida siendo vivida, y no había llamado, no había abierto la puerta, se había quedado en el piso y se había movido de habitación en habitación y había mirado la calle y había esperado.

—He estado cansado —dijo.

—Daniel —dijo Marcus.

Algo en la forma en que lo dijo —sin presionar, sin impacientarse, pero con el peso de un hombre que ha estado prestando atención y que quería que le dijeran que su atención no ha sido mal dirigida— hizo que Daniel levantara la vista.

—Está pasando algo —dijo Daniel—. En el piso. No… —Se detuvo. Miró las cortinas. Pensó en la figura junto a la encimera de la cocina, los nudillos de la mano, la cara debajo del ala que no iba a mirar—. No sé cómo explicarlo.

—Inténtalo —dijo Marcus. La misma palabra que siempre usaba en estos casos. Inténtalo.

—Hay algo aquí —dijo Daniel—. Lleva habiendo algo aquí mucho tiempo. Desde hace… —Hizo una pausa—. Tres años. Desde que murió alguien. Alguien importante. —Se miró las manos otra vez—. Pensé que había hecho las paces con ello. Pensé que entendía qué

era y por qué estaba aquí y que podía… sobrellevarlo. Pero está cambiando. Se está volviendo… —Buscó la palabra—. Más.

Marcus estaba muy quieto.

—¿Qué tipo de algo? —dijo con cuidado.

Daniel negó con la cabeza. No negándose a responder —genuinamente inseguro. *Qué tipo de algo.* Un fantasma. Una alucinación. Una presencia. Tres años de culpa materializandose en algo físico y *real*. Un hombre muerto que había aprendido a habitar el espacio. No sabía cuál de aquellas cosas era verdad, y había dejado de creer que la distinción importara.

—Del tipo que no se va —dijo.

Marcus lo miró durante mucho tiempo. Su expresión era la que Daniel había llegado a entender —no alarmada, no despreocupada, simplemente presente. Asimilándo.

—¿Has hablado con alguien? —dijo Marcus—. Profesionalmente, me refiero.

—No.

—¿Lo harías?

Daniel pensó en aquello. Pensó en sentarse en una habitación con alguien cuyo trabajo era escuchar, diciendo las cosas que nunca había dicho, encontrando las palabras para describir lo que habitaba con él en el piso y para lo que tres años de convivencia juntos le habían hecho. Pensó en la palabra *padrastro* llegando al salón hacía dos meses con su ráfaga fría de aire. Pensó en cuánto tiempo le había costado decir aquella sola palabra, y en lo que había dolido.

—No lo sé —dijo. Lo cual era más honesto que un no.

Marcus asintió. No insistió. Se quedó con la respuesta del modo en que se quedaba con la mayoría de las cosas —dándole espacio.

Se quedaron en el silencio del piso un rato. Al otro lado de la ventana la tarde de mayo estaba haciendo algo interesante con la luz, sin comprometerse del todo con la calidez, el cielo del color del lino viejo. Daniel miró las cortinas cerradas y pensó que debería abrirlas, que las abriría cuando Marcus se fuera, que el piso necesitaba luz.

—La persona que murió —dijo Marcus al cabo—. La que ha estado… aquí. ¿Era tu padrastro?

Daniel lo miró.

—Lo mencionaste un día —dijo Marcus—. Una vez. Solo dijoste que era complicado.

—Sí —dijo Daniel—. Edmund.

El nombre en la habitación otra vez. Cada vez costaba ligeramente menos y ligeramente más simultáneamente —menos esfuerzo, más peso y dolor.

—¿Qué pasó? —dijo Marcus—. Cuando murió. Si quieres decirlo.

Daniel miró las cortinas.

Pensó en Edmund al final. La secuencia de acontecimientos a los que no había vuelto directamente en tres años, que mantenía a la misma distancia que la cara debajo del ala del sombrero —presente, sentido y deliberadamente escondido.

—Yo no estaba allí —dijo—. Cuando me necesitó. Yo… elegí no estar.

Lo dijo en el tono descuidado y uniforme de alguien recitando un hecho. Lo había ensayado, en abstracto, del modo en que se ensayan las cosas que sospechas que un día tendrás que decir. El ensayo no lo había hecho más fácil.

Marcus no dijo nada.

—Había razones —dijo Daniel—. Buenas razones. Del tipo que tienen sentido cuando las examinas.

—Pero —dijo Marcus.

—Pero —dijo Daniel.

La palabra se quedó entre los dos. Al otro lado de la ventana la luz de mayo continuaba su trabajo. En algún sitio del piso el aire estaba haciendo lo que hacía ahora —espesándose, adquiriendo peso, la textura concreta de una presencia que aún no era visible pero estaba considerando serlo.

Daniel lo sintió.

Pensó: *ahora no. No mientras Marcus esté aquí.*

No sabía si estaba diciéndolo o suplicándolo.

—No tienes que explicarme las razones —dijo Marcus—. Ni hoy. Ni nunca, si no quieres.

—Lo sé —dijo Daniel.

—Pero creo —dijo Marcus con cuidado— que quizá necesites explicártelas a ti mismo. Como es debido. No la versión que tiene sentido cuando la examinas. —Hizo una pausa—. La otra versión, la real.

Daniel lo miró.

Marcus le devolvió la mirada con su atención firme y sin prisa, y por un momento —solo un momento— Daniel sintió lo raro de todo aquello. El piso orientado al sur y el café y la película prestada y devuelta y las tardes de los miércoles y la forma en que Marcus siempre decía exactamente lo que necesitaba oír. La constante de él, su presencia, tan sólida, tan consistente y tan precisamente calibrada con lo que Daniel necesitaba.

Apartó el pensamiento.

—Voy a abrir las cortinas —dijo en cambio.

Se levantó, cruzó hasta la ventana y las abrió, y la luz de mayo entró, pálida y tentativa, llenando la habitación. Se quedó de pie en la ventana y miró a la calle y sintió a Marcus detrás de él en la habitación y al piso a su alrededor y a la presencia en alguna parte de él, paciente, esperando.

No. Te vayas.

No pronunciado. Aún no. Pero allí, en la textura del aire, en el peso de las cosas. Una presión más que una voz.

Miró a la calle.

Pensó: *sigo aquí. No me voy a ningún sitio.*

No estaba seguro, ya, de si aquello era lo que quería.

El pensamiento llegó y lo dejó estar. Se había pasado tres años diciendo *estoy aquí* a la respiración, a la habitación, a sí mismo, en un tono que no había, hasta aquel momento, examinado demasiado de cerca. Había pensado en aquello como un desafío. Lo pensaba ahora y podía ver que también había sido sumisión —la afirmación pequeña, diaria, obediente de una cosa que la respiración le había pedido, la misma sola palabra repetida de vuelta, la respuesta que la habitación quería. *Quédate. Me estoy quedando.* La transacción había sido completada cada noche durante tres años y él había estado, en alguna parte de sí mismo, contento con ella, porque la transacción era una obra que podía interpretar, y la interpretación le

había dado una arquitectura dentro de la cual vivir. La interpretación había sido la arquitectura.

Ya no estaba seguro de que la arquitectura fuera sólida.

Aquella noche la figura estuvo en el umbral del dormitorio.

Daniel se despertó a las dos de la mañana y allí estaba —en el umbral que llevaba del dormitorio al pasillo, llenando el marco con su altura, el sombrero, el abrigo y el bastón, los nudillos y la cara que no iba a mirar. No respiraba. Estaba de pie en silencio absoluto, lo cual era peor que la respiración, lo cual era peor que las palabras. Daniel se quedó tumbado en su cama y miró al techo.

El techo de su dormitorio. Blanco, envejecido hasta convertirse en algo entre el marfil y el papel viejo. Sin grieta finísima —aquel había sido otro techo, en otra habitación, en otra vida. Este techo no tenía marcas. No había necesitado aprendérselo del modo en que se había aprendido el otro. Lo miraba ahora.

Contó sus latidos porque le daba algo que hacer.

Dijo, al techo, a la habitación, a la figura del umbral:

—Sé lo que quieres que haga.

La figura no se movió.

—Lo sé —dijo Daniel—. Y no sé si puedo.

La habitación estaba muy quieta. La ciudad fuera continuaba con su trabajo silencioso, la marea distante del tráfico, los sonidos ordinarios de una noche en un edificio lleno de gente dormida. Y en el umbral, la figura estaba de pie y no respiraba y lo observaba desde debajo del ala de su sombrero con la cara que no iba a mirar.

Y entonces —justo antes de que la oscuridad se lo tragara todo, justo en el borde de lo que el silencio podía contener— habló.

Ni una palabra. Ni dos. Una frase, baja y deliberada e inconfundible, llegando a la habitación del modo en que Edmund siempre había entregado las cosas que importaban: silenciosamente, sin drama, como un hecho.

Sabías lo que hacías y te gustaba.

Daniel cerró los ojos.

La habitación estaba en silencio.

Cuando los volvió a abrir, el umbral estaba vacío.

Se quedó tumbado en la oscuridad durante muchísimo tiempo.

CAPÍTULO QUINCE

Cambio de bando

Daniel tenía dieciséis años cuando comprendió que Edmund le tenía miedo.

No de manera visible. No de ningún modo que pudiera señalarse o demostrarse. Edmund no era un hombre que mostrara el miedo del modo en que otras personas lo mostraban —el sobresalto, la retirada, la flaqueza en la voz. Edmund no mostraba nada que no eligiera mostrar, y había elegido, durante todo el tiempo que Daniel lo había conocido, mostrar muy poco. Pero Daniel se había pasado ocho años aprendiendo la gramática de Edmund, y ahora era fluido en sus sutilezas, sus omisiones, sus silencios, y lo que leía en la gramática últimamente era algo nuevo, algo estaba cambiando.

Daniel era más alto de lo que Edmund había esperado que fuera.

Aquello era, pensaba, la raíz de la cuestión. Había crecido tarde y rápido —de los catorce a los dieciséis habían sido dos años en los que su cuerpo había seguido propia agenda sin consultarle— y ahora tenía casi la misma altura que Edmund, lo que significaba casi un metro noventa. Además, los hombros se le habían ensanchado de un modo que cambiaba la geometría de las habitaciones que él y Edmund ocupaban juntos. Edmund siempre había llenado el espacio. Daniel siempre había sido la cosa más pequeña en el espacio de Edmund. Aquello ya no era objetivamente cierto, y la gramática de Edmund lo había registrado.

Las apariciones en el umbral de la puerta habían cesado.

Daniel había notado el cese del modo en que había notado todo lo que tenía relación con Edmund —en silencio, con precisión, sin llamar la atención sobre el cambio en particular. Una semana era un

hecho habitual. La siguiente ya no lo era. Edmund las había suspendido sin más, sin reconocimiento ni explicación, como si nunca hubieran sucedido, como si la puerta del dormitorio de Daniel nunca hubiera estado abierta en la oscuridad con la silueta de Edmund llenando el marco.

Edmund no reconocía las cosas que ya no le eran útiles.

Daniel entendía esto ahora. Entendía muchas cosas de Edmund ahora que no había entendido a los nueve o a los once o a los trece —no porque Edmund hubiera cambiado, sino porque Daniel había acumulado lo suficiente de él para ver el todo en su conjunto. Edmund era un hombre que necesitaba tener el control del modo en que las personas necesitan respirar aire. Todo lo que hacía —las correcciones, las evaluaciones, las observaciones sobre la debilidad, la puerta— formaba parte de la arquitectura de un tipo concreto de control, y Daniel había vivido dentro de aquella arquitectura tanto tiempo que la había confundido con el mundo real.

Ya no cometía aquel error.

No se lo había contado a nadie. Aquello seguía siendo cierto. Era la constante con más peso en su vida —más constante que el colegio, más constante que los amigos que tenía y perdía y a veces volvía a hacer, más constante que la representación de felicidad de su madre en la mesa de la cocina. No se lo había contado a nadie y no iba a contárselo a nadie, y había examinado este hecho lo suficiente como para entender que ya no se trataba de vergüenza, si es que alguna vez se había tratado solo de vergüenza.

Se trataba de lo que el hecho de contarlo provocaría.

Si lo contaba —si decía las palabras, a un profesor, a un orientador, a cualquiera con la autoridad y la obligación de actuar— entonces sucederían cosas. Trabajadores sociales. Entrevistas. Investigaciones. Su madre interrogada, Edmund interrogado, la casa desmontada y examinada. Su madre perdiendo la vida que Edmund había hecho posible. La calidez de la casa, el coche, las pequeñas comodidades materiales de una vida que no era la vida que tenían con su padre —los años fríos, los años difíciles— todo deshecho. Y su madre mirándolo a través de los restos que quedaran con la

expresión que ponía cuando miraba a Daniel e inmediatamente apartaba la vista.

Había pensado en esto con cuidado. Tenía dieciséis años y era inteligente y había pensado en ello con la minuciosidad sistemática de alguien que ha tenido muchos años para pensar.

No iba a contarlo.

Lo que haría en cambio —lo que había decidido, con la determinación callada y particular que había sustituido, a lo largo de los años, su costumbre infantil de explicar las cosas— era irse. Terminaría el colegio. Iría a la universidad, en algún sitio lo bastante lejos como para que la distancia fuera un hecho en lugar de un gesto. Se iría de aquella casa y de aquella calle y de aquella ciudad y no volvería salvo para las obligaciones que tener una familia requerían —Navidad, cumpleaños, las ocasiones que no podían evitarse— y Edmund estaría en aquellas ocasiones y Daniel también estaría en ellas y la distancia entre los dos sería pública, controlada y segura.

Le quedaban dos años por delante.

Podía aguantar dos años.

El abuso había cambiado como lo había hecho su cuerpo.

Aquella era otra cosa que entendía ahora con la precisión clínica de alguien examinando un ecosistema desde fuera. Edmund se había adaptado. Edmund siempre se adaptaba —aquella era una de las cosas que Daniel había llegado a comprender de él, que su crueldad no era impulsiva sino considerada, que evolucionaba en respuesta a las condiciones cambiantes, con la inteligencia paciente de algo que ha aprendido a sobrevivir a pesar de los cambios. Lo que funcionaba en un cuerpo de doce años no funcionaba en uno de dieciséis del mismo modo, y Edmund lo sabía, y por eso el acto había cambiado de forma.

Los comentarios se habían intensificado. Las evaluaciones, las observaciones sobre la debilidad, el modo concreto en que Edmund miraba a Daniel a través de la mesa de la cena —midiendo, juzgando— se habían vuelto más afilados. Más concretos. Como si Edmund, habiendo perdido una manera de hacer palanca, estuviera compensando con otra.

No eres tan listo como crees.

Tienes la debilidad de tu padre. La veo en todo lo que haces.

Nunca nadie te va a tomar en serio. Eso lo sabes, ¿verdad?

Daniel los recibía del modo en que recibía ahora todo lo provenía de Edmund —sin reacción visible, lo cual veía que irritaba a Edmund, lo cual le daba una satisfacción tan pequeña y tan fría que no se sentía del todo cómodo con ella. La satisfacción de negarse a sobresaltarse. La satisfacción de no darle nada a Edmund.

No era suficiente. Sabía que no era suficiente. Pero era lo único que podía hacer.

Su madre les hizo la cena a los tres un viernes por la noche de marzo.

Había hecho un esfuerzo —una comida de restaurante, del tipo que hacía en las grandes ocasiones, la mesa puesta con el mantel bueno y velas. Se movía por la cocina con una luminosidad que Daniel había aprendido a leer como forzada, fingida —la luminosidad que requería un esfuerzo extra, cuyas costuras podías ver si sabías dónde mirar. La ayudó a llevar cosas a la mesa y ella le tocó el brazo cuando pasó, brevemente, lo miró como lo miraba cuando parecía que por fin iba a decir algo que nunca decía y después apartó la vista.

Edmund vino a la mesa y observó con detenimiento el esfuerzo que había hecho su madre y no dijo nada al respecto, lo cual era su característica manera de hacer un comentario sin abrir siquiera la boca. Se sentó, se desdobló la servilleta para ponerla sobre su regazo y habló de algo del trabajo. La madre de Daniel escuchó y respondió de la manera sobreactuada y forzada, y Daniel se sentó frente a Edmund y comió, interviniendo solamente cuando requería.

En algún momento Edmund dijo:

—La profesora de Daniel me ha llamado.

Daniel levantó la vista.

—Sobre tus solicitudes universitarias —dijo Edmund. Lo dijo en el tono de un hombre que entrega información que ya ha evaluado—. Cree que deberías aspirar más alto. Que tus elecciones son… —hizo una pausa, seleccionando la palabra— conservadoras.

—Estoy contento con mis elecciones —dijo Daniel.

Edmund lo miró.

—Mencionó una beca. Para estudiantes en circunstancias desfavorables. —Dijo *circunstancias desfavorables* en un tono que le daba a la frase una forma que Daniel podía sentir desde el otro lado de la mesa—. Le dije que no había circunstancias desfavorables.

La mesa estaba muy silenciosa.

La madre de Daniel estaba mirando su plato.

—Vale —dijo Daniel.

—Vas a solicitar la entrada en las universidades que yo te diga —dijo Edmund—. Irás donde el dinero te lleve y estarás agradecido por ello. Así es como funciona el mundo real. —Cogió el tenedor—. Las elecciones conservadoras son para personas que no han tenido las ventajas que has tenido tú.

Daniel miró a Edmund. Sostuvo la mirada un momento más de lo que normalmente se permitía —el suficiente como para que los ojos de Edmund se entrecerraran muy ligeramente, una microexpresión que tal y como llegó se fue en milésimas de segundo..

—Sí —dijo Daniel—. De acuerdo.

Volvió a mirar su plato.

Su madre seguía sin levantar la vista.

Más tarde, fregando los platos, ella se quedó de pie a su lado en el fregadero y le pasó platos para que los secara, sin hablar. La cocina estaba en silencio a su alrededor. Edmund estaba en el salón, la televisión se podía escuchar a través de la pared.

Le pasó un plato.

Él lo secó.

Ella dijo, en voz muy baja, sin mirarlo:

—Lo estás haciendo muy bien.

Él no sabía qué quería decir con aquello. Pensó que ella tampoco debía saberlo —que era la cosa más cercana a la superficie de lo que no podía decir, filtrada a través del único idioma que tenía disponible. *Lo estás haciendo muy bien.* Como si la supervivencia fuera un logro. Como si el simple hecho de sobrevivir fuera un logro por el que ser elogiado.

Puso el plato dentro del mueble.

—Gracias, mamá —dijo.

Ella le pasó otro plato. Al otro lado de la ventana de la cocina la tarde de marzo estaba oscura y tranquila. A través de la pared, la televisión continuaba sonando.

Le miró las manos. Se habían convertido, en el último año, en manos que estaban empezando a mostrar el trabajo de ser una madre —las pequeñas líneas alrededor de los nudillos, la tenue decoloración donde el anillo de boda llevaba demasiados años apretándose contra la piel que en otro tiempo había cedido fácilmente. No había notado que sus manos estaban envejeciendo. Lo notaba ahora. Notaba, también, que no lo estaba mirando del todo mientras le pasaba los platos, que sus ojos estaban fijos en el agua enjabonada del fregadero con una fijeza particular que significaba algo. No estaba llorando. No iba a llorar —había dejado de hacerlo delante de él después del año de la muerte de su padre, lo había archivado bajo las cosas que se hacían en privado o no se hacían, y el archivo había aguantado cerrado. Pero estaba trabajando muy duro en no mirarlo, y el trabajo era visible, y Daniel, que había pasado diez años observándola realizar a la perfección el trabajo de no mirar, reconocía el grado inmenso de esfuerzo que su madre estaba empleando aquella noche.

Él terminó de secar el plato.

—Gracias, mamá —dijo.

Daniel secó el resto de platos mientras pensaba en la universidad y en la distancia y en dos años y en la cualidad concreta y esperanzadora de tener un plan. Pensó en el reloj de su padre, que aún llevaba, del que Edmund nunca había vuelto a hacer un comentario después de la noche de la boda. La calidez del oro sobre su muñeca.

Dos años.

Podía aguantar dos años.

Aguantó dos años.

Se fue a los dieciocho, una plaza en una universidad de otra ciudad —no a la universidad que Edmund había seleccionado, aunque la confrontación en torno a aquello había sido silenciosa y terrible y se había desarrollado a lo largo de tres conversaciones distintas para las que Daniel se había preparado con la meticulosidad

de un cirujano que va a realizar una operación a vida o muerte. Se fue con dos bolsas y el reloj de su padre y el conocimiento acumulado de una década viviendo con Edmund, lo cual era una cosa pesada de cargar y también, a su manera, útil. Lo había vuelto preciso. Lo había vuelto cuidadoso. Lo había vuelto muy bueno leyendo habitaciones y a personas y la gramática de las cosas que no se decían.

Lo había vuelto, de maneras que no entendería del todo durante años, alguien que esperaba ser controlado, que esperaba la otra cosa por debajo de la calidez, que miraba a un techo cuando el mundo se volvía demasiado.

Se fue de la casa una mañana de septiembre, su madre en la puerta, Edmund detrás de ella. Lo abrazó durante mucho tiempo. Por encima del hombro de ella, Edmund lo miraba con los ojos oscuros y la expresión controlada, y Daniel le devolvió la mirada, y ninguno de los dos dijo lo que había que decir.

Daniel caminó hacia el coche que lo estaba esperando.

No miró atrás.

Pensó: *se acabó.* Lo pensó con toda la fuerza de alguien que se ha ganado tener ese pensamiento, que ha esperado por él durante años.

El coche se puso en marcha y la calle en la que había crecido se alejó tras él en el retrovisor, y Daniel observó cómo se encogía y se hacía pequeña y luego desaparecía al doblar la esquina, y no volvió la cabeza para seguirla con la mirada. Lo había practicado —se había imaginado este momento exacto, esa mirada exacta a través de esa ventana exacta— durante tanto tiempo que el hecho se sentía como algo casi ceremonial, como parte de una escena que estaba interpretando en lugar de viviendo. Por debajo de la interpretación había una sensación para la que no estaba preparado. No era alivio. Para el alivio había estado preparado. Era algo más simple y más incómodo, una especie de sensación de vacío bajo el esternón, el vacío particular que llega cuando se relaja por fin una postura sostenida durante mucho tiempo y los músculos que estaban sosteniendo la postura aún no saben qué otra cosa hacer.

Era libre. Era libre y no sabía qué se sentía al ser libre mientras habitaba su cuerpo. Pensó que quizá tendría que aprenderlo.

No sabía entonces que algunas cosas no se acaban cuando las dejas atrás. Que algunas cosas se han automatizado de manera tan profunda que no necesitan que estés presente para continuar con su trabajo. Que la arquitectura dentro de la cual te construyes se convierte, con el tiempo, en la arquitectura que tu cuerpo carga.

Aún no sabía esto.

Lo aprendería despacio, en otra ciudad, en los años que vendrían.

CAPÍTULO DIECISÉIS

No

La casa olía igual.

Aquello fue lo primero que notó Daniel al entrar por la puerta principal el veintitrés de diciembre con la bolsa al hombro y cuatro meses de universidad a sus espaldas —el olor peculiar de la casa, sin cambios, como si los meses fuera no hubieran sucedido, como si simplemente hubiera salido aquella mañana de septiembre y volviera a entrar ahora y nada de lo que había pasado entremedias fuera real.

Había tenido miedo de que llegara aquel momento. El camino a casa tenía gravedad propia —una vuelta hacia las viejas costumbres, las viejas posturas, la coreografía cuidadosa de existir en la casa de Edmund. Lo había sentido en el tren, cuanto más se acercaba, más recordaba su cuerpo cosas que su mente había estado trabajando para olvidar.

Su madre estaba en el recibidor, y lo abrazó durante mucho tiempo.

—Déjame mirarte —dijo, dando un paso atrás, sosteniéndole la cara entre las manos del modo en que lo había hecho desde que era pequeño. Lo miró. Algo cruzó por su cara —algo que era casi alivio, o casi pena, no podía decir cuál de las dos—. Tienes buen aspecto —dijo—. Estás distinto.

—¿Distinto cómo?

Sonrió.

—Más alto —dijo, lo que no era exactamente lo que quería decir.

Edmund estaba en el salón.

Se levantó cuando Daniel entró —una formalidad que era nueva, o que Daniel veía de otra manera ahora después de cuatro meses de tratar con otras personas, de habitar en otras habitaciones, de vivir otras formas de ponerse de pie cuando alguien entraba. Edmund lo miró con la expresión calculada, y Daniel le devolvió la mirada, y por un momento la habitación los sostuvo a los dos en la geometría antigua —el hombre grande y el chico que había aprendido a hacerse pequeño.

Solo que Daniel ya no era pequeño. No había sido pequeño durante dos años, y en la universidad había empezado, de manera incremental, a creérselo.

—Daniel —dijo Edmund.

—Edmund —dijo Daniel.

Su madre se movía entre los dos con la eficacia de alguien que está gestionando un espacio —ofreciendo té, preguntando por el viaje, llenando el aire con el desarrollo de una conversación que mantenía las cosas en la superficie, sin profundizar demasiado. Edmund se volvió a sentar. Daniel se sentó en el sillón que había sido de su padre y miró la habitación que era la misma habitación que siempre había sido y pensó: *dos semanas. Puedo aguantar dos semanas.*

Los primeros días fueron la versión-Edmund-de-vacaciones —calidez mesurada, atención considerada, la representación edulcorada de una familia en Navidad. Su madre cocinaba. Edmund descorchaba vino. Veían la televisión por las tardes, los tres juntos, la imagen idealizada de una familia feliz. Los vecinos pasaban. Llegaban tarjetas al buzón. El árbol del rincón parpadeaba con sus luces encendiéndose y apagándose al ritmo paciente de algo que llevaba haciendo aquello durante años y no iba a parar de hacerlo.

Daniel se movía por la casa con cuidado.

Era consciente de que Edmund lo observaba. La expresión contenida, más frecuente ahora, recalibrando. Como si los cuatro meses fuera hubieran introducido una variable que requiriera una nueva evaluación. Daniel sentía que estaba siendo evaluado e intentaba no dar muchas pistas acerca de su nuevo *yo*, lo cual sentía que Edmund percibía mientras hacía anotaciones mentales.

En Nochebuena su madre fue a casa de su hermana por la tarde —una tradición anual, unas horas en las que podía ser ella misma en una situación que no requería de ninguna representación forzada. Edmund la llevó. Daniel estuvo solo en la casa durante dos horas y se sentó en la cocina, se tomó un té, miró al jardín y sintió ese alivio propio de un cuerpo que ha estado tenso y al que se le permite brevemente relajarse.

Edmund volvió solo.

Daniel oyó el coche, la puerta principal, los zapatos sobre el suelo del recibidor. Se sentó a la mesa de la cocina con las manos alrededor de la taza y escuchó los pasos e hizo lo que siempre había hecho —leer la gramática, evaluar la textura del aire.

No había tenido la intención de hacer eso nunca más. Se había dicho a sí mismo, en los cuatro meses que había pasado en la universidad —que la lectura cuidadosa de las habitaciones era una costumbre que había dejado en la casa, que su sistema nervioso había sido reseteado por la distancia y el tiempo y la compañía de personas que no la requerían. Pero el cuerpo tenía otras intenciones. El cuerpo, al oír los zapatos sobre el suelo del recibidor, volvió a los viejos hábitos antes de que la mente pudiera intervenir. Tres pasos de los zapatos sobre las baldosas. La pausa en el perchero. El modo en que las llaves fueron colocadas sobre la mesa pequeña del recibidor —no soltadas, posadas— y el pequeño suspiro que siguió, audible desde la cocina, que significaba que Edmund había tenido tiempo durante el trayecto en coche a casa de pensar su siguiente movimiento y estaba listo para ejecutarlo. El cuerpo leyó todo aquello en el tiempo que tardó en respirar una sola vez.

Edmund entró en la cocina.

Se quedó de pie en el umbral un momento, mirando a Daniel. La expresión contenida, evaluando la situación. Después entró y se sentó a la mesa frente a Daniel, del modo en que se había sentado frente a él cientos de veces, y la cocina estaba en silencio a su alrededor y la luz de diciembre era baja y gris a través de la ventana.

Daniel lo miró.

—Me alegro de tenerte en casa —dijo Edmund.

—Me alegro de estar en casa —dijo Daniel, lo cual no era verdad pero era la respuesta esperada.

Edmund lo miró con firmeza.

—La universidad te sienta bien —dijo—. Pareces… más asentado. Con confianza en ti mismo.

—Lo estoy —dijo Daniel.

—Bien. —Edmund asintió despacio. Estuvo callado un momento. Después—: Te he echado de menos.

Las palabras llegaron a la cocina con esa cualidad concreta de las afirmaciones más peligrosas de Edmund —entregadas sin más, sin decoración, en el tono en que se habla de un hecho, no una opinión. No interpretadas. Honestas, incluso, en el modo en que Edmund era honesto con respecto a las cosas que quería. Lo cual siempre había sido una de las cosas más difíciles de comprender.

Daniel no dijo nada.

Edmund lo miró desde el otro lado de la mesa. Algo se desplazó en la expresión calculada y medida —una decisión que se estaba tomando, una conclusión a la que se estaba llegando. Daniel lo sintió venir del modo en que siempre había sentido las cosas venir con Edmund, en el cuerpo antes que en la mente, el zumbido tenue de alerta.

Edmund se puso de pie.

Daniel se puso de pie.

No supo, hasta que estuvo en pie, que había tomado una decisión. Esta le llegó de manera instantánea, del modo en que ciertas decisiones llegan —no razonadas sino simplemente presentes, sólidas, irrevocables. Estaba de pie antes de haber elegido ponerse de pie.

Edmund se quedó quieto.

—No —dijo Daniel.

Una palabra. En la cocina silenciosa de Nochebuena con la luz de diciembre yéndose, su madre en casa de su hermana y el árbol parpadeando en el salón. Una palabra en una voz que no temblaba, que no había sabido que tenía hasta que le salió, que era simplemente su voz, la voz de un hombre de veinte años que había

pasado cuatro meses siendo una persona y que no iba a volver atrás.

Edmund lo miró.

—No —dijo Daniel otra vez—. Esto se acabó. Se acabó desde que me fui y se acabó antes de eso y tú sabías que se había acabado. Está decidido.

La cocina estaba muy silenciosa.

La cara de Edmund estaba haciendo algo que Daniel nunca le había visto hacer. La expresión contenida se había ido. Por debajo había otra cosa —algo que era casi sorpresa, casi rabia, y algo por debajo de las dos que Daniel no podía nombrar y no quería nombrar.

Hubo un momento —quizá medio segundo, quizá una fracción de segundo— en que Daniel vio el futuro de lo que sucedería si lo dejaba que ocurriera. La conversación continuaría. Edmund se compondría y hablaría, y su voz llegaría baja y controlada y un poco apenada, y las palabras que había seleccionado aterrizarían donde las palabras siempre aterrizaban en Daniel, en esos lugares privados y escondidos, y la arquitectura de los catorce años se reensamblaría en torno al chico que había dicho no, y el chico que había dicho no, después de una discusión más larga o más corta, estaría de acuerdo en que *no* no había sido realmente la palabra adecuada, que había hablado precipitadamente, que estaba cansado, que el viaje había sido largo y que todo había sido un malentendido, y Edmund aceptaría el acuerdo con elegancia, y la cocina se asentaría de vuelta a su estado habitual, y el resto de la vida de Daniel sería la vida que Edmund había estado diseñando cuidadosamente para él desde que tenía ocho años.

Daniel vio todo aquello en el medio segundo.

Miró a Edmund y no dejó que ocurriera.

—Daniel… —empezó Edmund.

—No —dijo Daniel—. No voy a hacerlo. Ni hoy. Ni mañana. Ni nunca más.

Cogió su taza de la mesa. Caminó hasta el fregadero y la metió. Se quedó de pie delante del fregadero de espaldas a Edmund y miró al jardín, gris y quieto en esa tarde de diciembre, y esperó.

Oyó a Edmund detrás de él. La textura concreta de su silencio —evaluando, recalculando. La pausa larga de un hombre acostumbrado a saber siempre qué decir y al que, por una vez, se le han acabado las palabras.

Después los pasos. Fuera de la cocina. En el recibidor. Escaleras arriba.

Daniel se quedó de pie delante del fregadero, siguió mirando al jardín con sus manos cerradas en un puño y el corazón le iba muy deprisa y pensó: *ahí está. Esta hecho.*

El resto de la Navidad fue difícil de una manera diferente.

Edmund no le hablaba a Daniel a menos que Daniel le hablara primero, y cuando hablaba era con una cortesía precisa, quirúrgica, que era peor en cierto modo que la vieja crueldad —la crueldad de un hombre que retira algo que no sabías que aún querías, que era simplemente ser reconocido. Su madre lo sentía, Daniel podía verlo —la tensión se palpaba en el ambiente cuando se sentaban juntos a la mesa, el aire en las comidas adquirió una textura diferente y ella se movía por aquella situación sobreactuando, como si al subir el volumen pudiera compensar la atmósfera.

No le preguntó a Daniel qué había pasado.

Él no se lo dijo.

La última tarde antes de irse, ella se quedó de pie a su lado en la cocina otra vez —el mismo fregadero, las mismas posiciones— y le pasó platos para que los secara sin hablar. El mismo ritual. El mismo silencio.

Le pasó un plato y dijo, muy en voz baja:

—Vas a estar bien, ¿sabes?

Él cogió el plato. Lo secó. Pensó en lo que ella estaba diciendo y en lo que ella no estaba diciendo y en el hueco entre ambas cosas, que era el mismo hueco que siempre había existido y que ninguno de los dos sabía cómo cerrar.

—Lo sé —dijo.

Ella le pasó otro plato.

Al otro lado de la ventana de la cocina la tarde de diciembre estaba oscura, fría y ordinaria. Dentro de la casa el árbol parpadeaba en el salón y Edmund se sentaba en algún lugar y la

casa contenía la respiración del modo en que siempre lo había hecho, del modo en que siempre lo haría.

Daniel secó el último plato y lo metió en el armario.

Volvió a la universidad a la mañana siguiente.

No miró atrás.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lagunas

La encontró un martes.

Había estado buscando un bolígrafo —el bolígrafo que guardaba en la encimera de la cocina, un Bic negro que llevaba usando el tiempo suficiente como para que su peso le resultara familiar en la mano— y no estaba allí. Comprobó la encimera dos veces, comprobó el cajón de al lado, comprobó el cubilete pequeño junto al teléfono que usaba para exactamente esto y que por norma siempre contenía cuatro o cinco bolígrafos.

El cubilete estaba vacío.

Encontró el bolígrafo en la mesa del rincón del salón, que era donde trabajaba ocasionalmente y donde guardaba las cosas que usaba con regularidad —su portátil, un cuaderno, una pequeña pila de libros que tenía la intención de leer. El bolígrafo estaba allí, encima del cuaderno, y junto a él, doblado por la mitad, había un trozo de papel que no reconocía.

Lo cogió.

Era su letra. Conocía su letra del modo en que conoces tu propia cara —como algo que no requiere de ningún tipo de análisis sino que reconoces de inmediato, sin pensar. Aquellas eran sus letras, su manera particular de formar la *g* minúscula, la ligera inclinación a la izquierda de sus mayúsculas. Su letra, en un trozo de papel en el cual no recordaba haber escrito nunca.

Era una lista.

Lunes — llamé a mamá. Hablamos veinte minutos. Martes — café con Marcus, a las diez. Mencionó el proyecto del almacén. Miércoles

— fui a la tienda. Leche, café, pan. Jueves — vi el fútbol. Buen partido. Viernes — película por la noche. La portuguesa otra vez.

Se quedó de pie ante la mesa y la leyó dos veces.

La leyó una tercera vez. La letra era innegablemente suya. El bolígrafo era el bolígrafo que había estado buscando, el Bic negro, y el peso de él se asentaba correctamente en la mano que no estaba usando para sostener el papel. La lista describía cinco días. Los cinco días eran los últimos cinco días, en orden, con una descripción de los hechos ocurridos. No había en la lista que le resultara sorprendente. La sorpresa estaba en la lista en sí. La sorpresa estaba en que alguien la había escrito, y ese alguien había sido él. La escritura había sucedido sin que él recordara que había sucedido.

Después la dobló por la mitad otra vez y la volvió a poner donde la había encontrado, debajo del bolígrafo, y se quedó un momento mirando la mesa.

Pensó en el lunes. Tenía un recuerdo claro del lunes —la mañana en la ventana con el café, la tarde que se había difuminado con la noche del modo en que los días lo hacían ahora, la noche que había sido difícil. No tenía el recuerdo de haber llamado a su madre.

Pensó en el martes. Café con Marcus a las diez, el proyecto del almacén. Pensó en el miércoles y en la tienda —leche, café, pan, todo lo que tenía actualmente en casa, lo que significaba que había ido a la tienda y no lo recordaba.

Cogió el bolígrafo.

Fue a la cocina y se quedó de pie ante la encimera y se dijo a sí mismo, con la voz interior pausada que usaba para las cosas que necesitaban ser analizadas: *lo escribiste y se te olvidó. No estás durmiendo. No estás comiendo bien. Llevas el peso del mundo encima y tu mente está haciendo lo que las mentes hacen bajo presión —rellenar lagunas, perder hilos. Esto se sabe. Esto está documentado. Esto no es algo que deba asustarte.*

Hizo café.

Se quedó de pie en la ventana y se lo bebió y miró la calle de abajo. Era una mañana ordinaria y gris y la ciudad seguía con sus asuntos y pensó en la lista y después pensó en otras cosas. Al cabo

de un rato la lista retrocedió al sitio donde retroceden las cosas que no son prioridad, presente pero sin urgencia.

Estaba bien, se dijo de nuevo a sí mismo.

Aquella tarde llamó a la puerta de Marcus.

Marcus abrió con su tranquilidad habitual y miró a Daniel con la atención mesurada que siempre hacía que Daniel se sintiera simultáneamente visto y no alarmado por estar siendo visto.

—¿Café? —dijo Marcus.

—Por favor —dijo Daniel.

Se sentó a la mesa pequeña del 7A y observó cómo Marcus hacía café con su particular seriedad y pensó en el martes de la lista. *Café con Marcus, a las diez. Mencionó el proyecto del almacén.* Miró alrededor del piso —el sofá de cuero gastado, la estación de bombeo de agua argentina en la pared, los libros en la estantería baja— buscando el proyecto del almacén. Algo en la mesa, una carpeta, un juego de planos.

No había nada en la mesa.

—¿Cómo va el proyecto? —dijo Daniel—. El del almacén.

Marcus le puso una taza delante y se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Qué almacén?

—Del que me hablaste el otro día —dijo Daniel—. La transformación victoriana. Que dijiste que estaban haciendo mal.

Marcus lo miró.

—No creo que haya mencionado ningún proyecto de un almacén últimamente —dijo—. No que yo recuerde. —Hizo una pausa—. ¿Estás pensando en el proyecto del Merchant Quarter? Lo mencioné hace semanas.

Envolvió las manos alrededor de la taza. El café estaba bueno, como siempre lo estaba. La luz orientada al sur hacía lo que hacía siempre. Se sentó en la calidez del piso y pensó en la lista y en el almacén y en el hueco entre las dos cosas y decidió, con cuidado, no pensar más en ello.

Hubo una pequeña sacudida interior, sin embargo, que registró y no persiguió. El proyecto del Merchant Quarter. Él, de hecho, no había escrito eso en la lista. Había escrito *la conversión victoriana*

del almacén en la zona este de la ciudad que se había hecho mal y que ahora estaba siendo hecha mal pero de un modo diferente, lo cual era una frase vívida y concreta que recordaba con claridad. La frase tenía una forma en su cabeza. La forma era la forma de la conversación. Se había sentado en aquel mismo sitio en aquella misma mesa y Marcus había descrito aquel almacén mostrando su irritación, y Daniel lo había escrito después con su propia letra y ahora Marcus le estaba diciendo que no había sucedido. Uno de los dos estaba equivocado. La elección entre las dos posibilidades —Marcus se había olvidado, o Daniel se lo había inventado— se asentó en él con un peso particular que, en aquel momento, no tenía la energía para levantar. Dejó la taza, forzó una media sonrisa y movió la conversación hacia otra parte.

—Tal vez —dijo Daniel—. Probablemente.

—Pareces distraído —dijo Marcus.

—He encontrado algo esta mañana —dijo Daniel—. Una lista. Con mi letra. Cosas que aparentemente hice la semana pasada. —Lo dijo a la ligera, en el tono de alguien que informa de una rareza menor—. No recuerdo haberla escrito.

Marcus lo miró con firmeza.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas ordinarias. Llamadas, café, compra. —Hizo una pausa—. Cosas que puede que haya hecho o puede que no. No sabría decirlo, sinceramente.

Marcus se quedó callado un momento.

—Eso me ha pasado a mí antes —dijo—. Cuando trabajaba demasiado, sin dormir. La mente empieza a funcionar en una especie de piloto automático que no deja registros claros.

—Sí —dijo Daniel—. Probablemente será eso.

—¿Estás durmiendo?

—No mucho.

Marcus lo miró con la atención medida de alguien decidiendo cuánto presionar. Decidió, al parecer, no presionar mucho. Cogió su propia taza y dijo:

—¿Has pensado más en hablar con alguien?

—Lo pienso —dijo Daniel.

—Eso no es lo mismo que hacerlo.

—No —dijo Daniel—. No lo es.

Se sentaron en el silencio del piso y se bebieron el café y Daniel miró por la ventana orientada al sur y pensó en la lista doblada bajo el bolígrafo en la mesa del rincón del salón y sintió la sensación rara de tratar de mirar algo sin poder hacerlo, algo situado en el borde de su visión que se quedaba en el borde cuando movía la vista hacia ello.

No lo miró directamente.

Se bebió el café.

Aquella noche la presencia llenó el piso de un modo que no había hecho antes.

No la figura —no la silueta del umbral, del pasillo o de la cocina. Algo más difuso, más atmosférico, del modo en que la luz llena un espacio sin una sola fuente identificable. La respiración estaba en todas partes —no fuerte, no cerca, sino omnipresente, como si el piso mismo hubiera desarrollado su propio sistema respiratorio. Como si las paredes estuvieran respirando.

Daniel se sentó en el salón con la televisión encendida y el sonido bajado. La respiración llenaba el espacio a su alrededor e intentó seguir mirando a la pantalla.

Sabías lo que hacías.

La frase de la noche anterior, llegando otra vez. No pronunciada —no del todo. Más como un recuerdo de un sonido, repitiéndose. La había estado oyendo a intervalos durante todo el día, del modo en que oyes una canción que se ha incrustado en tu mente y vuelve sin ser llamada, salvo que esto no era una canción. Era completamente intencional. Estaba seguro de eso.

Apagó la televisión.

Se sentó en el piso silencioso y miró la mesa del rincón y el cuaderno, el bolígrafo y el trozo de papel doblado debajo.

Pensó: *la escribí. Simplemente la escribí y se me olvidó.*

Pensó en el almacén que Marcus no recordaba haber mencionado.

Se levantó, fue a la mesa, cogió la lista, la desdobló y la leyó otra vez. Cinco entradas. Cinco días, registrados con su letra, algunos de

los cuales podía recordar y otros que no.

Abrió el cuaderno por una página en blanco.

Escribió la fecha de hoy en la parte superior.

Escribió: *Martes — café con Marcus. El almacén. La lista.*

Miró lo que había escrito. Después dobló la página hacia fuera y la colocó debajo de la lista original, ambas debajo del bolígrafo, y se fue a la cama.

En la oscuridad la respiración continuó su trabajo lento y omnipresente y Daniel se tumbó boca arriba y miró el techo y pensó en las listas y en las lagunas mentales y en la peculiaridad de las cosas que se quedan en el borde de tu visión y no se aclaran cuando te giras hacia ellas.

Pensó en la entrada que acababa de escribir. *El almacén. La lista.*

Pensó: *mañana tampoco recordaré haber escrito esto.*

No estaba seguro de por qué aquel pensamiento llegó de la manera en que lo hizo —no exactamente con miedo, no exactamente con alivio, sino algo entre las dos cosas que aún no tenía nombre y que esa noche no iba a mirar directamente.

Cerró los ojos.

La respiración llenaba la oscuridad a su alrededor.

Algo, justo por debajo del umbral de lo audible, estaba aprendiendo a ser paciente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Algo en los pulmones

La llamada llegó un miércoles del mes de octubre por la tarde.

Daniel estaba en su segundo año en la universidad, en la pequeña habitación que alquilaba en una casa compartida a tres calles del campus —una habitación estrecha con una mesa, una cama individual y una ventana que daba a una pared de ladrillo, que había hecho habitable con libros, una guirnalda de luces y un corcho cubierto de fotogramas recortados de revistas. Estaba en la mesa trabajando en una redacción sobre la estructura narrativa en el cine europeo de posguerra, cuando sonó el teléfono. Dejó que sonara dos veces antes de contestar porque era lo que siempre hacía, una costumbre de la infancia que nunca había examinado.

Era su madre.

—No quería preocuparte —dijo, lo cual era siempre el principio de algo preocupante.

—¿Ha pasado algo? —dijo Daniel.

—No ha pasado nada. Nada malo. Es solo… —Hizo una pausa del modo en que lo hacía cuando estaba eligiendo las palabras con cuidado, lo que significaba que las palabras que no estaba diciendo eran las que importaban—. A Edmund le han hecho algunas pruebas. Se queda a veces sin aire. El médico quería descartar algunas cosas.

Daniel pensó en Edmund no queriendo que él lo supiera. Pensó en lo que significaba que su madre hubiera llamado de todos modos —el pequeño acto de desafío que representaba, o el pequeño acto de culpa. No sabía cuál de los dos.

Pensó en su voz. Había algo por debajo de ella, por debajo de la positividad en la voz que había sido cuidadosamente calibrada de la llamada, que él no estaba interpretando correctamente. Reconocía esa positividad forzada—había crecido con ella —pero lo que había bajo la superficie era nuevo, o era algo que él nunca había estado en la posición de oír antes. Era como si su propia voz estuviera tratando de gestionar sin éxito una situación que le superaba. Lo notó y aún no sabía qué hacer con ello. No persiguió el pensamiento, porque la conversación era sobre Edmund, y solo había sitio en la conversación para uno de los dos a la vez.

Daniel se levantó de la silla, miró a la pared de ladrillo a través de la ventana y dijo:

—¿Qué tipo de cosas?

—Aún no están seguros. Probablemente no sea nada. Ya conoces a Edmund, nunca se queja, así que para cuando se lo mencionó al médico llevaba al parecer un tiempo ocurriéndo. —Otra pausa—. No quería que te lo dijera. Dijo que no había razón para preocuparte por nada.

—Pero me lo estás diciendo de todos modos —dijo Daniel.

—Pensé que deberías saberlo —dijo ella. En voz baja. En el tono de una persona que está haciendo algo prohibido y lo sabe.

—Mantenme informado —dijo él.

—Por supuesto —dijo ella—. ¿Y tú cómo estás? ¿Cómo va el curso?

Hablaron diez minutos más sobre el curso, los compañeros de piso y si estaba comiendo bien. Después ella dijo adiós, colgó el teléfono y se sentó a la mesa a mirar la redacción sobre la estructura narrativa y no escribió nada más aquella tarde.

Las pruebas tardaron tres semanas.

Durante aquellas tres semanas Daniel fue a clase y escribió redacciones y vio películas en el pequeño cine cerca del campus que ponía películas extranjeras los miércoles por la tarde, cenó con sus compañeros de piso y durmió, en su mayor parte, ese sueño tranquilo y relajado que la universidad le había dado —no el sueño tenso de la casa con Edmund, por primera vez en mucho tiempo se sentía descansado cuando despertaba por la mañana. Había dejado

de comprobar la textura del aire al entrar en una habitación. Había dejado de leer la gramática de los estados de ánimo de los demás en busca de señales, de pistas. Estaba aprendiendo, despacio y con cierta dificultad, a ser una persona que existía en tiempo presente.

Llamaba a su madre una vez por semana. Ella le informaba de que Edmund estaba igual, de que estaban esperando, de que se estaba mostrando —su palabra— estoico, lo que Daniel entendía como que Edmund no estaba hablando del tema y ella no estaba presionándolo para hacerlo y la casa estaba gestionando la situación del modo en que siempre había gestionado las cosas difíciles, que era no mirándolas directamente.

Los resultados llegaron un jueves.

Su madre llamó el viernes.

—Son los pulmones —dijo—. Algo que se llama fibrosis pulmonar. Es… —Se detuvo. Él la oyó componerse, el sonido de una respiración tomada para ese propósito—. Es una enfermedad en la que el tejido del pulmón se cicatriza. Es progresiva. Dijeron que pueden tratarla. Frenarla. Pero no pueden… —Otra pausa—. No pueden revertirla.

Daniel se sentó en el borde de la cama en la habitación estrecha con la pared de ladrillo fuera y dijo:

—¿Cómo de grave?

—Grave —dijo su madre. Y después, porque era su madre y siempre había sido honesta con él del modo particular en que una madre lo es sin la intención de mentir pero ocultando las partes más dolorosas de la verdad —. Dejó la frase sin terminar.

—Vale —dijo Daniel.

—No quiere provocar un drama —dijo ella—. Ya sabes cómo es.

—Sí —dijo Daniel—. Sé cómo es.

Hubo un silencio en la línea. El silencio incómodo de dos personas que están pensando en lo mismo y no van a decirlo.

—Iré por Navidad —dijo Daniel.

—Eso sería precioso —dijo su madre, con un alivio en la voz que no podía ocultar del todo.

No se lo dijo a nadie.

Aquello no era inusual —llevaba la mayor parte de su vida sin contar nada a nadie. Pero esto se sentía diferente del simple hecho

de no contar algo, ese silencio sellado y oscuro de la casa con Edmund. Todavía no estaba seguro de cómo iba a gestionar esta nueva realidad. Una en la que Edmund estaba enfermo. Edmund estaba grave, una enfermedad que iba a empeorar con el paso del tiempo. Y Daniel estaba sentado en una habitación a tres horas de allí, rodeado de la vida ordinaria que había construido a partir de los restos de los años con Edmund, y no sabía cómo se sentía al respecto.

Intentó examinarlo con honestidad, lo cual era algo que había estado aprendiendo a hacer. Tenía una terapeuta en el servicio de orientación de la universidad —una mujer llamada doctora Okafor que tenía el don particular de hacer preguntas que parecían sencillas hasta que intentabas responderlas— llevaba seis semanas viéndola, y ella había empezado el trabajo lento de enseñarle a mirar cosas que había sido entrenado a no prestar atención.

No le dijo a la doctora Okafor lo de la enfermedad de Edmund. Aún no. Le contó otras cosas —las dinámicas complejas del pasado, la arquitectura de la casa con Edmund— de la manera cauta y cuidadosa de alguien que ha decidido ser honesto y está aprendiendo lo que eso significa en la práctica. No estaba listo para añadir esta cosa nueva al inventario.

Se sentó a solas con sus pensamientos, en cambio.

Edmund estaba enfermo. Los pulmones de Edmund se estaban destruyendo lentamente desde dentro, el tejido cicatrizándose, engrosándose y perdiendo la capacidad de funcionar como se suponía que debían hacerlo. Edmund trataba de seguir con su vida sabiendo que cada respiración que llevaba a cabo restaba en una lista que tenía un final fijado y ese final no estaba muy lejos. Daniel pensó en aquello con la distancia clínica de alguien examinando un hecho que aún no se ha convertido en sentimiento.

Pensó en la respiración.

No sabía por qué pensaba en la respiración. La respiración de Edmund era simplemente un hecho médico, un síntoma de una enfermedad. No tenía nada que ver con nada más. Apartó el pensamiento, volvió a su redacción con la intención de no volver a pensar acerca de ello durante el resto de la tarde. Casi lo consiguió.

Fue a casa por Navidad.

Esa fue la Navidad de la confrontación —la cocina en Nochebuena, Edmund de pie, Daniel de pie enfrente, el *no* dicho una vez y luego otra y luego una vez más en una voz que no había sabido que tenía hasta entonces. No pensó en los pulmones de Edmund cuando lo dijo. No había estado pensando en nada salvo en la palabra, su finalidad y lo que suponía. Un punto y final. Pero después, tumbado en su cama de la infancia la noche de Navidad con la casa silenciosa a su alrededor y Edmund en algún lugar de la misma, en el silencio de un hombre que ha sido rechazado y está recalibrando la situación, Daniel pensó en los pulmones. En la cicatrización, el engrosamiento, la pérdida progresiva de capacidad para hacer la función para la que están diseñados.

Pensó: *acabo de hacerle esto a un hombre que está muriéndose.*

Después pensó: *acabo de hacerle esto a un hombre que llevaba años mereciendo algo mucho peor.*

Las dos cosas eran ciertas, y las sostuvo y sintió el peso de su coexistencia. No durmió en toda la noche.

De vuelta a la universidad en enero, le contó a la doctora Okafor lo de la enfermedad de Edmund.

Ella escuchó sin interrumpir —siempre escuchaba sin interrumpir — y cuando él hubo terminado dijo:

—¿Cómo te sientes al respecto?

—No lo sé —dijo Daniel. Lo cual era la respuesta más precisa.

—¿Qué es lo que no sabes?

Se miró las manos.

—Si se me está permitido sentir alivio —dijo—. Y si se me está permitido sentir culpa por sentir alivio. Y si tiene sentido que la culpa se sienta como algo circular —Se detuvo—. Sin un principio o un final.

—Sí —dijo la doctora Okafor—. A menudo lo es.

—No se va a poner mejor —dijo Daniel.

—No —dijo ella—. Suena a que no.

—Y en algún momento… —Se detuvo otra vez. Se miró las manos —. En algún momento va a necesitar ayuda. Ayuda física y real. Del tipo que viene de la familia.

La doctora Okafor lo miró con firmeza.

—Y te estás preguntando —dijo— qué vas a hacer cuando eso pase.

Daniel levantó la vista.

—Sí —dijo.

Ella asintió despacio. No le dijo qué hacer. Aquella era una de las cosas que había llegado a respetar de ella —no le decía qué hacer, no le proporcionaba el marco moral que su madre nunca le había proporcionado y que Edmund se había encargado de proporcionar siempre de manera errónea. Simplemente sostenía la pregunta abierta, en la habitación entre los dos, y le dejaba mirarla con detenimiento.

Él la miró.

La pregunta era: *cuando Edmund lo necesitara, ¿qué haría Daniel?*

La doctora Okafor tenía un modo de dejar que un silencio fuera un silencio. Aquella era la cosa de ella que él había llegado, en seis semanas, a encontrar a la vez agradable y casi insoportable. La mayoría de la gente, en los silencios, daba pistas sobre lo que esperaba de ellos —un pequeño movimiento, un ligero cambio de postura, el modo en que se inclinaban para recibir lo que pudieras decir a continuación. La doctora Okafor no hacía eso. Se quedaba con el silencio del modo en que lidias con el paso del tiempo. Lo dejaba transcurrir. La primera vez que aquello había sucedido, Daniel había sentido la ausencia de presión como todo lo contrario, entrando en pánico y llenando el silencio de palabras, de palabras que no había pensado previamente, y había salido de la sesión sacudido por lo que había dicho. Desde entonces había aprendido a sentarse con ella en silencio. Aún no había aprendido a que le gustara.

La miró.

No respondería a la pregunta en otros tres años.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Se acerca la hora

Junio entró cálido y Daniel notó la luz.

No del modo en que la había notado en invierno —como un recurso, algo que racionar y agradecer, el regalo de la ventana orientada al sur. La notó ahora del modo en que se nota algo que ha estado ahí todo el tiempo y que solo se ha vuelto visible justo ahora, del modo en que un sonido se hace audible no porque se vuelva más fuerte sino porque todo lo demás se queda brevemente en silencio. La luz era larga por las tardes, alcanzando el piso en ángulos que tocaban cosas que él había olvidado que estaban allí —los lomos de los libros, las vetas del suelo de madera, las pequeñas imperfecciones del blanco de las paredes.

Se quedaba mirando por la ventana por las tardes y observaba la ciudad moverse y sentía, por debajo del peso familiar de todo, algo que no era exactamente esperanza pero se le acercaba.

No estaba seguro de qué hacer con ese sentimiento.

Marcus tenía la costumbre de quedarse de pie en el umbral de la cocina.

Daniel lo había notado a lo largo de las últimas semanas —el modo en que Marcus terminaba de hacer café y después se quedaba un momento en el umbral entre la cocina y el salón, apoyándose ligeramente contra el marco, con una mano descansando sobre la madera y con la otra sujetando la taza. Era un gesto completamente inconsciente, la postura de alguien que está cómodo en su propio espacio y se mueve por él sin pensar. También era, Daniel había llegado a comprenderlo con una precisión que encontraba

ligeramente alarmante, una postura que él había empezado a esperar con expectación.

Notaba cuándo Marcus la hacía y notaba cuándo no la hacía un hecho que no estaba preparado para examinar con mayor detenimiento.

Notaba otras cosas también. El modo en que Marcus sostenía la taza —sin firmeza, con el descuido particular de alguien que nunca ha roto nada. El modo en que se reía, lo cual era infrecuente y por lo tanto valioso, un sonido breve que llegaba sin aviso y se había ido antes de que pudieras localizarlo del todo. La cualidad de su atención cuando Daniel hablaba —no mostrando un exagerado interés pero genuinamente concentrada en torno a lo que Daniel estuviera diciendo, como si fuera la cosa más relevante del mundo en ese momento.

Notaba aquellas cosas y las almacenaba en algún lugar de su mente pero sin prestar atención dónde.

Un jueves por la noche, en la segunda semana de junio, Marcus llamó a la puerta con una botella de vino y una película.

—He encontrado algo —dijo, sosteniendo en alto la caja—. En la tienda de cosas de segunda mano de la esquina. Creo que puede ser del tipo de cine que te gusta.

Daniel la miró. Una película japonesa de los setenta, un director al que conocía de oídas pero del que no había visto nada. En blanco y negro, intimista, el tipo de película que requería algo de ti y devolvía algo en proporción.

—Suena prometedor —dijo Daniel—. Pasa.

Se sentaron en el sofá del salón de Daniel —las cortinas abiertas ahora, la luz de la tarde de junio haciendo lo que siempre hacía— y vieron la película en el portátil de Daniel apoyado en la mesa de centro. Era lenta y precisa y muy hermosa, y Daniel la vio con ese nivel de atención que daba a las películas que estaban haciendo algo que necesitaba comprender con detalle, lo que significaba que era también, a intervalos, consciente de la presencia de Marcus a su lado en el sofá.

No de manera intrusiva. Simplemente consciente.

Del modo en que se es consciente de la presencia de una fuente de calor en una habitación fría —no porque exija de tu atención sino porque el calor, por silencioso que sea, cambia la textura de todo cuanto le rodea.

La película terminó y se quedaron un momento iluminados únicamente por la luz oscura de los créditos, lo cual se estaba convirtiendo en una costumbre, ese silencio característico que ocurre tras haber visto una buena películas, y Daniel era muy consciente de los centímetros exactos de sofá entre los dos y pensó: *para ya.*

El sofá era el mismo sofá de siempre con los mismos centímetros que siempre los separaba. La proximidad había estado allí durante meses y él no le había prestado especial atención, o al menos no lo había hecho de manera consciente. Lo estaba haciendo ahora. Los créditos pasaban mientras él los miraba y contaba los centímetros y pensaba, con la precisión con la que examinaba las cosas potencialmente peligrosas: *así es como se siente. Así es como se siente querer una cosa y saber que eso es algo que no se te ha permitido hacer, nunca, que querer cosas era el trabajo de Edmund, que los pequeños impulsos no autorizados del cuerpo habían sido siempre egistrados y revocados.* Pensó: *para ya.*

—La escena del jardín —dijo Marcus.

—Sí —dijo Daniel.

—No dice nada. Simplemente… está ahí de pie. Y lo entiendes todo.

—Eso es lo que hacen las buenas películas —dijo Daniel—. Confían en el silencio.

Marcus volvió la cabeza y miró a Daniel y él le devolvió la mirada por un momento —solo un momento— y después miró de nuevo a la pantalla.

—Buena observación —dijo.

—Gracias, creo que estoy aprendiendo —dijo Marcus.

Se sentaron en silencio un poco más y después Marcus se levantó y dijo que tenía que irse. Daniel lo acompañó a la puerta y Marcus se detuvo en el umbral —aquella postura, apoyado ligeramente contra el marco— y dijo:

—¿Misma hora la semana que viene?

—Sí —dijo Daniel.

Marcus sonrió —brevemente— y se fue al piso de al lado.

Daniel cerró la puerta y se quedó de pie en el pasillo, miró las fotografías de la pared y pensó: *no es la semana que viene aún.* Tenía cinco días antes de que fuera la semana que viene. Volvió al salón y cogió la caja de la película, le dio la vuelta y leyó la contraportada, que ya había leído, y la dejó otra vez en la mesa. Se sentía bien.

Encontró la lista dos días después.

No había pensado en ella en varias semanas —la había archivado en la categoría de cosas que tenían una explicación que aún no había encontrado, una categoría que mantenía con cuidado y que no revisitaba a menudo. Pero la encontró otra vez un sábado por la mañana, en la mesa, todavía debajo del bolígrafo, exactamente donde la había dejado. Salvo que era más larga.

Estaba seguro de que eran cinco entradas.

Ahora eran ocho.

Se quedó de pie ante la mesa y leyó las nuevas entradas con su propia letra.

Sábado — me quedé en casa. Vi el fútbol. Le mandé un mensaje a Thomas. Domingo — llamé a mamá. Sonaba bien. Lunes — café con Marcus. Encontró una película japonesa en la tienda de segunda mano.

Leyó la última entrada dos veces.

Encontró una película japonesa en la tienda de segunda mano. Eso fue el jueves. El jueves no el lunes. Había escrito *lunes* y el suceso había sido el jueves y lo había escrito con su propia letra con el día equivocado, lo que significaba o bien que lo había escrito antes de que sucediera, lo cual era imposible, o que lo había escrito después y se había equivocado de día, lo cual era posible pero no tenía sentido que apareciera en la lista tras el domingo —*le mandé un mensaje a Thomas*, con el que no había hablado en años, *llamé a mamá*, lo cual no recordaba— y no lo hacía de una manera concreta que estaba empezando a resistirse a las explicaciones que él había estado usando hasta ahora.

Se quedó de pie ante la mesa durante mucho rato.

Después cogió el bolígrafo y abrió el cuaderno por la página donde había escrito la entrada anterior —*martes, café con Marcus, el almacén, la lista*— y la miró. Pasó a una página nueva.

Escribió: *Sábado — encontré la lista otra vez. Ahora ocho entradas. Cinco antes.*

Miró lo que había escrito.

Escribió: *No recuerdo haber escrito las nuevas.*

Miró aquello.

Cerró el cuaderno. Lo metió en el cajón de la mesa en lugar de dejarlo en la superficie, lo cual era un cambio que no podía justificar del todo. Se quedó de pie ante la mesa con la mano sobre el cajón cerrado y pensó en Thomas, al que aparentemente había mandado un mensaje, cuyo número no estaba seguro siquiera de tener.

Fue a la cocina e hizo café y se quedó de pie frente a la ventana.

La mañana de junio era cálida y luminosa, la calle fuera se sentía bulliciosa con la energía típica que la gente tiene los sábados cuando sienten que tienen todo el día por delante y están decidiendo qué hacer con él. Los miró y se bebió el café. Pensó en la lista y en Marcus encontrando la película y en el día equivocado escrito con su letra.

Pensó en el lunes.

Pensó: *el lunes Marcus aún no había encontrado la película. El lunes la película no existía en ninguna de nuestras vidas. Y sin embargo allí estaba, con mi letra, con la fecha del lunes, describiendo algo que no había sucedido hasta el jueves.*

Se quedó de pie en la ventana mientras miraba la calle. El café estaba bueno y la mañana se sentía cálida. El pensamiento se asentó en su mente de la manera en que lo hacía algo a lo que no iba a mirar directamente, situándose en el borde de su visión.

Miró la calle.

No lo miró directamente.

Aquella noche la figura estuvo a los pies de su cama.

No en el umbral. A los pies de la cama, dentro de la habitación, más cerca de lo que había estado nunca durante las horas nocturnas. Daniel se despertó a las tres y allí estaba —la altura, el

abrigo, el sombrero, el bastón— y la habitación estaba muy quieta y ninguno de los dos se movió.

No respiraba.

Lo miraba desde debajo del ala de su sombrero con la cara que él no iba a mirar, y Daniel devolvió la mirada al espacio aproximado donde estaba su cara y pensó: *nos estamos quedando sin espacio.*

—Lo sé —le dijo a la habitación—. Sé que sí.

La figura estaba a los pies de la cama y no respiraba y Daniel se incorporó contra el cabecero, se llevó las rodillas al pecho y se miraron a través de la oscuridad. Y entonces —muy en voz baja, en la voz que era al mismo tiempo la voz de Edmund y también otra cosa, algo que había aprendido a hacer la voz de Edmund y estaba usando— dijo:

Se acerca la hora.

Cuatro palabras. No una amenaza. No una acusación. Simplemente un hecho, expresado de la manera concreta en que Edmund expresaba hechos, como si la verdad fuera una cosa que pudiera arrojarse y esperarse a que aterrizara.

La voz sonaba diferente, sin embargo. Daniel se dio cuenta. Llevaba tres años escuchando aquella voz y la había estado llamando la voz de Edmund y, en algún nivel que no había registrado previamente, nunca había sido del todo la voz de Edmund. La voz de Edmund había sido baja y cuidadosa y había elegido sus palabras de una en una. La voz del dormitorio ahora también estaba eligiendo sus palabras cuidadosamente —había el mismo cuidado, el mismo racionamiento del lenguaje— pero la voz en sí tenía un timbre distinto, ligeramente más suave, ligeramente más fino, con algo al fondo de ella que la voz de un hombre no habría producido. Llevaba tres años oyendo aquello. Llevaba oyéndolo y asignándoselo a Edmund porque era la única persona a la que se había permitido tener miedo, y la arquitectura de su miedo había requerido un arquitecto particular. La imprecisión en la voz no era una nueva. Era una imprecisión que había estado allí todo el tiempo, y Daniel, sentado ahora con las rodillas contra el pecho, fue plenamente consciente de la misa y de la cantidad de tiempo que llevaba

ocurriendo y comprendió, sin permitirse aún actuar, lo que significaba.

Daniel se quedó sentado con la espalda contra el cabecero y las rodillas contra el pecho y miró los pies de la cama donde la figura estaba y no estaba al mismo tiempo.

—Aún no —dijo.

La habitación estaba en silencio.

La figura se había ido.

Daniel se quedó sentado en la oscuridad muchísimo tiempo, y la noche de junio era cálida fuera de su ventana, y en algún sitio del piso la lista estaba en el cajón, y en alguna habitación del piso de al lado Marcus estaba dormido, o haciendo lo que Marcus hacía cuando Daniel no estaba allí para verlo, y Daniel se quedó sentado con la espalda contra el cabecero y pensó en *se acerca la hora* y en lo que significaba y en si estaba listo para descubrirlo.

No estaba listo.

Se quedó sentado en la oscuridad sabiendo que no estaba listo y la noche se movía a su alrededor y al final, sin que él notara la transición, se quedó dormido.

CAPÍTULO VEINTE

La pregunta

Edmund no suplicaba con facilidad.

Aquello era algo que Daniel siempre había sabido —una de las primeras cosas que había aprendido de Edmund, en los años en que aprenderse a Edmund era la habilidad de supervivencia más importante que tenía. Edmund no era un hombre que pidiera cosas. Las adquiría, las imponía, hacía que sucedieran a través de la fuerza silenciosa de su voluntad, sus recursos y su particular modo de hacer que el mundo se organizara en torno a sus necesidades. Pedir implicaba necesitar. Y esa necesidad mostraba una vulnerabilidad. Edmund se había pasado toda su vida, hasta donde Daniel podía recordar, asegurándose de que la vulnerabilidad fuera algo que les sucediera a otras personas.

Por lo cual, cuando Edmund llamó a Daniel un martes por la tarde de marzo —Daniel veinticuatro ya, dos años después de acabar la universidad, viviendo en la ciudad, en el piso que había encontrado y hecho suyo— y dijo *necesito hablar contigo*, el tono en el que pronunció esas cuatro palabras fue suficiente.

Algo había cambiado.

Daniel había visto a Edmund cuatro veces en los dos años desde que terminó la universidad. Por Navidad, obedientemente, cada año —dos días, el mínimo que la familia requería, gestionados con la cuidadosa coreografía que había perfeccionado desde la Navidad de la confrontación. Edmund había sido escrupulosamente correcto en aquellas ocasiones. La cortesía quirúrgica se había convertido, con el tiempo, simplemente en cortesía —menos afilada, menos deliberada, la frialdad tornándose en algo más parecido a la distancia. Edmund

estaba enfermo y su enfermedad estaba empeorando. La enfermedad había hecho lo que ninguna otra cosa había logrado antes, hacerlo ligeramente más pequeño.

Su respiración era audible ahora. No siempre, no de manera dramática —pero en habitaciones silenciosas, especialmente por la tarde/noche, podías oírla. El sonido característico de unos pulmones trabajando más duro de lo que deberían para hacer la misma cantidad de trabajo. Daniel la había oído por Navidad, había mirado su plato y la había ignorado y Edmund hizo lo mismo.

La enfermedad había progresado más rápido de lo que los médicos habían previsto inicialmente. Aquello era algo que su madre mencionaba con sumo cuidado y de la manera en que informaba de las cosas difíciles —sin minimizarlo o dramatizarlo, simplemente transmitiendo hechos en el tono de alguien que ya ha hecho su propio procesamiento en privado y ahora está entregando el resultado. Edmund necesitaba oxígeno por las noches. Se cansaba con facilidad. Había reducido el trabajo a media jornada y los médicos decían que tendría que dejarlo del todo en el plazo de un año.

Daniel recibía aquellas actualizaciones y respondía como se esperaba que lo hiciera. No iba a casa más allá de las visitas protocolarias por Navidad, no llamaba a Edmund y Edmund no lo llamaba a él.

Hasta marzo.

—Necesito hablar contigo —dijo Edmund—. En persona.

—De acuerdo —dijo Daniel.

—¿Puedes venir este fin de semana?

Daniel miró su agenda, lo cual era un acto reflejo —sabía antes de mirar que el fin de semana estaba libre. Sus fines de semana solían estar libres. Tenía una vida que estaba construyendo, cuidadosamente, a partir de los materiales disponibles: trabajo en el que era competente, un pequeño número de personas a las que veía ocasionalmente, películas, música y la autosuficiencia particular de alguien que ha aprendido a necesitar muy poco. Era una vida tranquila. Y era suya.

—Sí —dijo—. El sábado.

Subió en coche el sábado por la mañana, el viaje que había hecho a la inversa hacía dieciocho meses —la autopista, las salidas familiares, el aproximarse a la ciudad que significaba *casa* en todos los sentidos y con el complicado significado que esa palabra siempre había tenido. Su madre lo recibió en la puerta. Lo abrazó durante mucho tiempo, del modo en que lo había abrazado cuando se fue por primera vez a la universidad, y el abrazo transmitía lo mismo que entonces —el alivio de algo que no podía decir.

Edmund estaba en el salón.

Estaba en el sillón —su sillón, el que siempre había ocupado, la habitación todavía organizada en torno a su presencia del modo en que siempre lo había estado. Pero él se sentía más pequeño dentro de ella. Aquella era la cosa que Daniel notó primero, y que no pudo pasar por alto —el sillón era del mismo tamaño que siempre había sido, y Edmund se veía más pequeño dentro de él. No es que él hubiera disminuido en tamaño. Pero había algo en el modo en que se sentaba, algo en la cantidad de espacio que ocupaba. Como si la enfermedad hubiera estado devolviendo en silencio lo que había tomado prestado.

Edmund miró a Daniel.

Daniel miró a Edmund.

—Siéntate —dijo Edmund. Su voz era la misma. La enfermedad le había arrebatado muchas cosas pero aún no le había quitado la voz —baja, frágil, la voz de un hombre que elegía las palabras de una en una.

Daniel se sentó.

Su madre trajo té y después se fue silenciosamente de la habitación, lo cual claramente le habían pedido que hiciera, y la puerta se cerró y Daniel y Edmund se encontraban a solas en en una habitación por primera vez desde la Nochebuena de hacía seis años, la cocina, y la palabra *no* dicha tres veces seguidas.

Edmund miró su té. Se miró las manos —las manos grandes, los dedos largos, la mano que se había apoyado en su hombro tantas veces cuando era niño— y después miró a Daniel.

—Voy a preguntarte una cosa —dijo Edmund—. Quiero que me escuches hasta el final antes de responder.

—De acuerdo —dijo Daniel.

Edmund estuvo callado un momento. Estaba, comprendió Daniel, componiéndose —la manera concreta y controlada de un hombre que no hace esto y está teniendo que aprenderlo. Lo observó prepararse para hablar y sintió algo que no había esperado sentir, que era el fantasma de la compasión, llegando sin invitación e inmediatamente complicando aún más la situación.

—Necesito ayuda —dijo Edmund—. Ayuda física, real. Tu madre hace lo que puede, pero trabaja, y las mañanas son… —Hizo una pausa. La pausa contenía una respiración que era audible, que costaba trabajo—. Las mañanas son difíciles. Levantarme, vestirme. Hay cosas que ya no puedo hacer sin ayuda.

Se miró las manos un momento.

—Hemos sopesado la idea de contratar a un cuidador —dijo—. Un profesional. Pero conmigo ya sin trabajar… —Se detuvo. La admisión de aquello, la realidad de su delicada situación financiera, llegó a la habitación con el peso particular de algo que Edmund nunca habría dicho anteriormente. Un hombre que siempre había sido el proveedor de la familia, reducido ahora a explicar por qué no podía—. No es posible. No de momento.

Daniel no dijo nada. Había prometido escucharlo hasta el final.

—No te estoy pidiendo que te mudes de vuelta —dijo Edmund—. No estoy pidiendo nada permanente. Un día a la semana, quizá. Las mañanas del sábado. Para ayudar a tu madre. Para… —Otra pausa, otra respiración—. Para ayudarme.

La habitación estaba muy silenciosa.

Edmund miró a Daniel con los ojos oscuros que siempre habían sido expertos en evaluar y que, a pesar de las circunstancias, lo seguían haciendo, pero evaluaban algo distinto ahora —no tratando de encontrar los puntos débiles de Daniel, sino leyéndolo en busca de otra cosa. Algo que parecía, si Daniel tuviera que nombrarlo, esperanza. La esperanza concreta de alguien que sabe que está pidiendo desde una posición de desventaja y lo está haciendo de todos modos.

—Sé —dijo Edmund— que no soy… que no hemos… —Se detuvo. Volvió a mirarse las manos—. Sé que no tengo derecho a pedirte

esto.

Daniel lo miró.

Edmund Hale, a los sesenta y ocho años, en su sillón, con sus pulmones dañados y sus manos grandes y la voz que aún era su voz, diciendo *sé que no tengo derecho a pedirte esto* —la cosa más cercana al reconocimiento que Daniel le había oído decir, o que le oiría nunca. No era una disculpa. No era una confesión. Era simplemente el reconocimiento, expresado de manera neutra, al modo de Edmund de expresar las cosas, de que el balance entre los dos no estaba equilibrado y él lo sabía.

Era también lo más vulnerable que Edmund le había dicho nunca.

Daniel se quedó pensando.

Se quedó pensando en ello durante mucho tiempo, en el salón silencioso, con el té enfriándose en la mesa entre los dos y su madre en algún sitio de la casa moviéndose con cuidado mientras esperaba. Edmund frente a él, más pequeño en su sillón, respirando con la paciencia de alguien que ha tenido que aprender a hacer las paces con cada respiración.

Pensó en el techo.

Pensó en Nochebuena, en el *no* y en la firmeza de su propia voz.

Pensó en la doctora Okafor preguntando *¿qué harás cuando eso pase?* y la respuesta que no había dado.

Pensó en las cintas debajo de la cama. Las películas. Thomas, que nunca tomaba aliento. El reloj de su padre, cálido sobre su muñeca. La libertad que había construido en los años desde que se había ido.

Pensó en todo aquello y miró a Edmund y dijo:

—No puedo.

Edmund lo miró.

—Lo siento —dijo Daniel. Y lo dijo en serio, y de verdad que lo sentía —no por negarse, no por la negativa, sino por el hecho de que la negativa fuera la única respuesta honesta—. No puedo hacerlo.

Edmund asintió.

Se miró las manos. Asintió una vez, despacio, el asentimiento de un hombre aceptando un hecho para el que se había preparado y

que no encontraba menos difícil por haberlo hecho.

—De acuerdo —dijo Edmund.

Cogió su té.

Daniel se quedó sentado un momento más y después se puso de pie, dijo que iba a buscar a su madre, y se fue de la habitación.

En el recibidor se quedó de pie con la espalda contra la pared y la puerta cerrada del salón a su izquierda. Los sonidos ordinarios de la casa a su alrededor y respiró. Sus manos estaban cerradas en un puño.

El corazón le iba muy deprisa.

Pensó: *he hecho lo correcto.* Lo pensó honestamente, con toda la fuerza de los hechos ocurridos durante años —los abusos, el techo, las tardes de los miércoles, el umbral por la noche. Pensó: *no le debo nada.* Pensó: *tengo derecho a protegerme.* Pensó: *esto no es responsabilidad mía.*

Pensó todas esas cosas, de pie en el recibidor con la espalda contra la pared. Y por debajo de todas ellas, en el lugar donde el pensamiento se detenía y el sentimiento empezaba, había algo más. Algo que no tenía argumento que esgrimir y no intentaba hacerlo. Que simplemente se quedaba allí, en el silencio detrás del razonamiento, y no se iba.

No le dio nombre. Tenía años de experiencia en no dar nombre a las cosas. Se quedó con la espalda contra la pared y dejó que se quedara sin nombre y observó cómo la idea se asentaba en su mente y encontraba un sentido. Pensó: *pasará. Pasará y mis motivos serán suficientes y seguiré con mi vida y la decisión que he tomado se convertirá, con el paso del tiempo, en la correcta.*

La cosa sin nombre se quedó ahí, sin moverse.

Encontró a su madre en la cocina.

Ella le miró la cara, apartó la vista y puso el agua a hervir.

—Quédate a comer —dijo.

—Sí —dijo Daniel—. De acuerdo.

Se sentó a la mesa de la cocina, miró al jardín mientras su madre se movía por la cocina. Ninguno de los dos dijo nada de lo que había sucedido en el salón, el agua hirvió, y la tarde continuó como si nada.

Edmund no salió del salón para comer.
Su madre le llevó una bandeja.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El error

Llegó julio y en el piso hacía demasiado calor.

A Daniel nunca le había molestado el calor del modo en que le molestaba a algunas personas —las quejas, las referencias constantes a la temperatura como si tuvieran una batalla personal contra el termómetro. Le molestaba este julio. No el calor en sí sino lo que el calor le hacía al piso —el modo en que volvía el aire pesado y cerrado, el modo en que eliminaba la distinción entre estar dentro de él o fuera, el modo en que hacía que las habitaciones se sintieran más pequeñas y que las paredes se sintieran más cercanas y que la textura concreta del aire, que no había sido del todo neutra desde hacía dos años, se sintiera más presente.

Abrió las ventanas. El calor entró inmediatamente inundándolo todo.

Se quedó de pie en la ventana de la cocina por la mañana con su café y la ciudad abajo seguía con sus asuntos veraniegos y la observó y sintió, no por primera vez, la ventaja que ofrecía observar algo desde las alturas —presente y apartado simultáneamente, siendo testigo de algo en lo que no estaba del todo participando.

Se encontraba bien.

Decía aquello menos que nunca ahora. La frecuencia con la que lo decía se había vuelto inversamente proporcional al hecho de ser verdad.

Encontró la lista un lunes.

La había metido en el cajón de la mesa hacía tres semanas y no había abierto el cajón desde entonces —en un acto deliberado, el tipo de deliberación que finge no serlo— y lo abrió ahora porque

necesitaba un sello y los sellos estaban en el mismo cajón de la mesa junto a la lista.

Contó las entradas.

Catorce.

Se quedó de pie ante la mesa y las contó otra vez. Catorce entradas con su letra, abarcando —comprobó las fechas— seis semanas. Seis semanas de días registrados con su letra, algunos los podía recordar y muchos otros no. Lo leyó despacio.

Jueves — fui andando al parque. Me senté junto al estanque una hora. Viernes — llamé a la consulta del médico. Pedí cita. Sábado — Marcus vino. Hablamos de la película japonesa. Domingo — llamé a mamá. Dijo que Edmund había preguntado por mí.

Se detuvo en la última entrada y la leyó otra vez.

Dijo que Edmund había preguntado por mí.

Edmund llevaba tres años muerto. Había muerto once meses después de la conversación en el salón, ocho meses después de la segunda negativa de Daniel, seis meses después de la tercera y tres meses después de la cuarta y última, en cuyo punto Daniel no había hablado con Edmund directamente pero había escuchado a su madre transmitir la petición por teléfono usando el tono cuidadoso y prudente en que ella transmitía las cosas difíciles, y él había dicho que no utilizando el mismo tono. Había colgado el teléfono y se había quedado de pie en la cocina de su piso, mirando la calle de abajo y sintiendo eso que se encontraba por debajo del razonamiento que no tenía argumento ni trataba de esgrimirlo.

Edmund llevaba muerto tres años.

Y, sin embargo, su propia letra decía *Edmund había preguntado por mí.*

Dejó la lista sobre la mesa. Se quedó muy quieto. Pensó, con la precisión clínica que usaba cuando algo necesitaba ser analizado con detenimiento : *lo escribiste mal. Estabas pensando en el pasado, en las llamadas de tu madre durante la enfermedad, y tu mano escribió lo que tu mente estaba pensando. Esto ocurre. Es un fenómeno documentado y estudiado. Esto no es…*

Cogió el bolígrafo.

Encontró el cuaderno en el cajón.

Lo abrió por la última entrada que había escrito —*sábado, encontré la lista otra vez, ocho entradas, no recuerdo haber escrito las nuevas*— y pasó a la página siguiente.

Escribió: *Lunes — encontré la lista otra vez. Catorce entradas. Una de ellas menciona que Edmund preguntó por mí. Edmund lleva muerto tres años.*

Miró lo que había escrito.

Escribió: *No sé qué está pasando.*

Cerró el cuaderno. Lo volvió a meter en el cajón. Se quedó de pie ante la mesa con la mano sobre el cajón cerrado y pensó en la cita con el médico que aparentemente había pedido y no recordaba haber pedido, en el paseo al parque y al estanque que aparentemente había dado y no recordaba haber dado, en el territorio desconocido en el que su vida estaba entrando y el cual se estaba volviendo imposible de justificar.

Cogió los sellos. Cerró el cajón.

Fue a llamar a la puerta de Marcus.

Marcus estaba en casa, siempre lo estaba, lo cual había dejado de ser algo a lo que Daniel prestaba demasiada atención. Abrió la puerta como siempre lo hacía, sin prisa, miró a Daniel y dijo:

—Tienes pinta de necesitar un café.

—Por favor —dijo Daniel.

Se sentó a la mesa pequeña del piso orientado al sur y observó cómo Marcus hacía café y pensó en la lista y en las catorce entradas y en Edmund preguntando por él. Pensó también en el calor de ese mes de julio, en el piso y en las ventanas que había abierto y en el calor que entraba a través de ellas, pero, por debajo de todo aquello, pensó en Marcus de pie en el umbral de la cocina con la mano sobre el marco y la belleza concreta de las tardes de junio en el sofá viendo películas y el hecho de que cinco días de espera para volver a verle le habían parecido una eternidad.

Marcus le puso el café delante y se sentó al otro lado de la mesa.

—Vamos, habla —dijo.

—Encontré la lista otra vez —dijo Daniel.

Marcus lo miró con firmeza.

—¿Cuántas entradas?

—Catorce. Algunas… —Hizo una pausa—. Algunas describen cosas que no recuerdo haber hecho. O cosas que no son posibles. Cosas que no podrían haber pasado.

—¿Qué tipo de cosas?

Daniel miró su café.

—Una de ellas menciona a alguien que está muerto —dijo—. Como si todavía estuviera vivo. Como si yo hubiera tenido una conversación sobre él que no podría haber sucedido.

Marcus estuvo callado un momento. Miró a Daniel con la atención calculada en la que Daniel había llegado a confiar, que había llegado a necesitar de un modo que no había notado hasta hacía poco, que estaba examinando ahora con la precisión incómoda y particular de alguien que ha dejado que un sentimiento se vuelva demasiado grande para ignorarlo.

—Daniel —dijo Marcus—. Creo que necesitas hablar con alguien. Un profesional. Esto no es… esta carga es demasiado pesada para sostenerla tú solo.

—Lo sé —dijo Daniel.

—Lo digo en serio. No como sugerencia. Como… —Hizo una pausa, buscando la palabra—. Como algo que te estoy pidiendo que hagas.

Daniel lo miró. La luz de julio entraba por la ventana orientada al sur y caía sobre la cara y las manos de Marcus y la mesa entre los dos y las tazas de café. Hacía mucho calor en el piso y el silencio lo envolvía todo y Daniel pensó: *ahora. Dilo ahora. Ahora es el momento.*

Alargó la mano por encima de la mesa.

Puso su mano sobre la mano de Marcus.

La habitación estaba muy quieta.

Marcus miró abajo, a la mano de Daniel sobre la suya. Después levantó la vista. Y su cara hizo algo que Daniel no podía leer del todo —no la atención cauta y mesurada a la que estaba acostumbrado, sino algo más complicado, algo que se movió una amplia gama de tonos diferentes con rapidez, y donde se asentó fue en una especie de retirada cuidadosa, casi dolorosa.

Movió la mano.

No con rapidez —no con el retroceso brusco de alguien repugnado. Despacio, con cuidado, como si estuviera moviendo algo frágil. Movió la mano y la colocó alrededor de su taza de café, miró la taza y el silencio entre los dos adquirió una textura que no había tenido antes.

—Daniel… —empezó.

—Está bien —dijo Daniel. Su voz era firme. Estaba agradecido por aquello y también era consciente de que la firmeza que estaba mostrando le pasaría factura más tarde.

—No es… —Marcus se detuvo. Miró su taza. Miró a Daniel y su expresión era, por primera vez en todos los meses que Daniel lo conocía, de inseguridad. Casi —y aquel hecho se quedó con Daniel hasta más tarde dando vueltas en su mente durante la oscuridad de la noche— casi asustado. Como si no supiera cuál era la respuesta correcta. Como si la pregunta que Daniel había hecho con la mano fuera una a la que no quería dar respuesta.

—Lo siento —dijo Marcus—. No… no estoy seguro de poder…

—No pasa nada —dijo Daniel—. Olvídalo. Lo siento.

—No lo sientas.

—Lo siento, de verdad.

Se sentaron en silencio un momento. La luz orientada al sur continuaba haciendo su trabajo como si nada hubiera pasado. Al otro lado de la ventana julio seguía siendo julio.

—Aun así deberías hablar con alguien —dijo Marcus al cabo de un rato. Su voz había vuelto a su registro habitual —cuidadosa, cálida, la firmeza en ella se había restaurado. Pero había algo por debajo de ella que no había estado allí antes. Algo que Daniel no quería mirar de frente pero que sonaba a pérdida de confianza, a traición, y que decidió guardar en el lugar donde almacenaba todo lo que no quería mirar directamente.

—Lo haré —dijo Daniel.

Se terminó el café. Se despidió en el cuidadoso tono de alguien interpretando la normalidad con plena conciencia de que lo está haciendo. Volvió a su propio piso, cerró la puerta y se quedó de pie en el pasillo.

Miró las fotografías de la pared.

Se apretó el dorso de la mano contra la boca y se quedó de pie en el pasillo durante mucho tiempo. Pensó en la cara de Marcus —la variedad de tonos por los que se movió, la retirada cuidadosa, el miedo por debajo de la disculpa. Pensó: *eso estuvo mal. Así no es como debería haber sucedido. Así no es como una persona responde a otra persona cuando expresa sus sentimientos.* No persiguió el pensamiento.

Las fotografías le devolvieron la mirada. Había pasado por delante de ellas todos los días durante tres años y no las había mirado con detenimiento, se había convertido, de hecho, en un hombre cuya costumbre era no-mirar-más-que-de-pasada sus propias paredes. Miró ahora. El séptimo cumpleaños. El primer día de instituto. La graduación. La figura en el borde del marco, cortada en el ala del sombrero o en la mandíbula, cuya presencia él había dado por hecho, durante tres años. Miró aquella figura durante un momento largo y sintió, brevemente, la pequeña imprecisión que había asimilado como cierta sin darse cuenta —del modo en que una palabra errónea en una frase no suena bien incluso cuando el cerebro aún no ha alcanzado a detectar la errata. Algo en la forma de la presencia. En su altura. Algo que estaba a punto de ver y que, durante los tres últimos años, había logrado pasar por alto.

Se apretó la mano más fuerte contra la boca.

Fue al salón, se sentó en el sillón, miró la pared y sintió el calor de julio apretando hacia adentro a través de las ventanas abiertas y pensó en la lista y en Edmund preguntando por él y en su mano sobre la mano de Marcus y en su cara mostrando preocupación y algo parecido al miedo..

Casi.

Aquella noche la presencia estuvo en todas las habitaciones.

No la figura —no la forma del umbral o de los pies de la cama. Algo menos concreto, más grande, la respiración distribuida por todo el piso, inundándolo todo como el calor de julio, encontrando cada esquina, y desplazando todo lo demás. Daniel se movió de habitación en habitación y podía notarlo en todas. Se quedó de pie en la cocina y estaba allí. Se quedó de pie en el pasillo y estaba allí.

Se tumbó en el dormitorio y estaba allí, en todas partes, omnipresente.

Es la hora, decía. No una vez. Varias, a intervalos, las mismas tres palabras en la voz de Edmund, paciente y certera.

Daniel se tumbó en el dormitorio, miró al techo y dijo:

—Lo sé.

Es la hora.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

El piso respiraba a su alrededor.

Se tumbó en la oscuridad y pensó en la mano de Marcus apartándose con cuidado de la suya. Pensó en la preocupación en su cara. También pensó en la lista, en sus catorce entradas y en el muerto que aparentemente seguía preguntando por él.

Pensó: *algo va mal.*

Pensó: *algo está mal desde hace mucho tiempo.*

Cerró los ojos.

No durmió en toda la noche.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Nuevas reglas

Empezó un miércoles.

Daniel estaba en la encimera de la cocina haciendo café —el proceso cuidadoso y atento que Marcus le había enseñado, el molido, el ratio y la pre-infusión, el ritual de aquello que se había convertido en una de las pocas cosas que hacía cada día con plena presencia— cuando la sintió.

Una mano sobre el hombro.

Hubo un momento —un momento muy pequeño, menos de una respiración— en el que casi se relajó bajo la mano. El cuerpo reconoció la presión en su hombro como algo familiar, una presión en una determinada zona de su cuerpo que había llegado a odiar en algún momento de su vida pero con la que no le quedó más remedio que convivir. No le producía placer. Era algo más perturbador que el placer: el pequeño consuelo de las cosas desagradables y que te producen dolor pero a las que te has acostumbrado, del mismo modo en que un zapato que no encaja se convierte, por un uso prolongado, en el zapato con el que uno camina. La relajación duró menos de un segundo, Daniel fue consciente de ella y se sintió horrorizado. La mano seguía sobre su hombro mientras él no era capaz de mover un solo músculo de su cuerpo.

Se quedó muy quieto.

El contacto era ligero. El peso de aquella mano le resultaba familiar de un modo que le atravesó antes de que su mente alcanzara a procesar lo que estaba sintiendo —la presión de una mano grande y su particular colocación sobre su hombro, el pulgar en la parte de detrás del omóplato, los dedos hacia la clavícula. Edmund le había puesto la mano en ese mismo punto unas mil

veces. Al principio había significado *bien hecho*. Después había significado otras cosas. El cuerpo recordaba todas ellas simultáneamente y no las distinguía.

No se dio la vuelta.

El café aún se estaba haciendo. El agua se movía a través del filtro emitiendo un sonido casi inaudible y la cocina estaba caliente con el calor de julio. La mano seguía posada sobre su hombro y Daniel pensó: *esto es nuevo.*

La presión aumentó.

Despacio —no de repente, no violentamente. Del modo en que Edmund siempre había hecho las cosas, con la paciencia deliberada de alguien que entendía que el control era total cuando se producía de manera gradual, cuando la persona controlada no sabía el momento exacto en que este había comenzado. La mano continuó apretando hacia abajo y Daniel sintió cómo el hombro le bajaba ligeramente bajo el peso y la presión continuó aumentando. Pensó: *Di algo. Haz algo.*

—Para —dijo.

Su voz salió de su boca más suave de lo que había pretendido.

La presión aguantó por un momento —solo un momento, la pausa específica de alguien decidiendo si obedecer o no— y después paró.

Se dio la vuelta.

La cocina estaba vacía.

Se quedó de pie con la espalda contra la encimera y miró la cocina vacía. El hombro le dolía y todavía podía sentir la presión, una calidez donde había estado la mano que no podía frotar para quitarse. Se quedó allí hasta que el café estuvo listo, lo sirvió en una taza y se lo llevó a la ventana de la cocina. Se lo bebió mientras miraba la calle.

Pensó: *nunca antes me había tocado. Ni siquiera sabía que podía hacerlo.*

Pensó: *las reglas han vuelto a cambiar.*

Se bebió el café. No lo saboreó.

Llamó a la puerta de Marcus aquella tarde pero Marcus no respondió.

Aquello era inusual —Marcus casi siempre estaba, o si salía, salía brevemente. Nunca antes había llamado a su puerta sin obtener una respuesta. Se quedó de pie en el pasillo de fuera del 7A, escuchó y no oyó nada. Volvió a llamar, nada y se quedó un momento con la mano levantada para una tercera llamada y luego la bajó.

Volvió a su propio piso.

Se quedó de pie en el recibidor mirando las fotografías y pensando en la larga lista de cosas que estaban ocurriendo recientemente a las que no podía encontrar explicación Una lista que iba en aumento y no parecía tener la intención de parar.

Fue al salón.

Se sentó en el sillón e intentó leer pero no fue capaz y se quedó mirando la pared. La tarde de julio se movía despacio a su alrededor, la luz cambiando, la ciudad de fuera haciendo sus asuntos ordinarios. Se sentó allí, en silencio y sin pensar en nada en particular y, al mismo tiempo, era consciente —del modo en que era siempre consciente ahora del zumbido de fondo, bajo y constante— del piso a su alrededor. La textura del aire y el peso de las cosas en él.

Al cabo de un rato decidió prepararse un té.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta del salón, la presencia estaba en el umbral.

No la presencia atmosférica difusa de la respiración o de la voz. La figura. Sólida, detallada, llenando el marco —el abrigo, el sombrero, el bastón, la altura que reorganizaba todo el espacio a su alrededor. De pie, inmovil, en el umbral entre el salón y el recibidor.

Daniel se detuvo.

Se miraron —o Daniel miró el espacio aproximado de la cara bajo el ala del sombrero, la figura le devolvió la mirada desde aquel espacio, y el salón se sentía cálido y silencioso.

—Muévete —dijo Daniel.

La figura no se movió.

—Necesito pasar —dijo Daniel. Como si aquella fuera una conversación razonable. Como si fuera una situación que pudiera resolverse expresando una intención.

La figura no se movió.

Daniel dio un paso adelante. Y luego otro. Y luego se detuvo, porque algo había cambiado en la textura del aire que se situaba entre él y el umbral —una resistencia, una presión, no física del modo en que una pared es física pero lo bastante física. como para impedirle avanzar. El aire había adquirido una densidad a través de la cual no podía moverse con facilidad. Se quedó a medio metro de la figura en el umbral y sintió la resistencia y pensó, con una claridad que le sorprendió: *no quiere que salga de la habitación.*

—Déjame salir —dijo.

La firmeza en su tono de voz le sorprendió.

La figura estaba de pie en el umbral, no respiraba, no se movía.

Daniel se quedó de pie en el salón cálido y miró el espacio donde estaba la cara y pensó en Edmund en el salón de la casa, empequeñeciendo en su sillón, respirando con la paciencia forzada de unos pulmones dañados. Pensó en la cocina en Nochebuena. Pensó en el *no*, dicho tres veces en una voz que no había sabido que tenía.

Dijo:

—Lo dije entonces y lo estoy diciendo ahora. No. Muévete.

El silencio aguantó un momento más.

Un segundo después la figura simplemente se evaporó.

El umbral era simplemente el umbral —el marco gastado, el recibidor detrás, la geometría concreta de su piso. Daniel se quedó en el salón y miró el umbral vacío y sintió cómo el corazón le iba muy deprisa y sus manos temblaban como nunca lo habían hecho después de ningún encuentro anterior con la presencia.

Atravesó el umbral.

Se quedó de pie en el recibidor y respiró.

No se hizo el té. Fue al dormitorio, se sentó en el borde de la cama y se quedó muy quieto un buen rato, el piso estaba en silencio a su alrededor. Fuera la tarde de julio empezaba a fusionarse con el anochecer. Se quedó allí sentado y pensó: *algo tiene que cambiar. Algo tiene que cambiar o la situación va a ir a peor.*

No sabía qué era ese *algo*.

Se quedó sentado en el borde de la cama hasta que se hizo de noche. Después se tumbó, vestido, y cerró los ojos.

Se despertó a las tres de la madrugada y no podía respirar.

No la falta de aliento metafórica del miedo o el pánico —había sentido aquello antes y conocía sus síntomas, el corazón yendo deprisa, el pecho apretado, la respuesta irracional del cuerpo a algo que la mente ha registrado como amenaza. Esto era distinto. Esto era físico, la sensación de algo apretándole el pecho desde fuera con un peso y una consistencia que no permitía a sus pulmones expandirse del todo. Podía respirar —estaba respirando—pero cada respiración era parcial, requería un gran esfuerzo, llegando al final de una resistencia que tenía que vencer para conseguirla.

Abrió los ojos.

La habitación estaba a oscuras. Estaba boca arriba, no era la postura en la que se había quedado dormido —se durmió de costado, vestido, encima del edredón. Ahora se encontraba boca arriba, con los brazos situados a ambos costados, y el peso sobre el pecho era…

Miró.

No había nada oprimiendo su pecho.

No había nada allí pero podía notar la presión, ambas cosas simultáneamente, se quedó tumbado boca arriba y trató de seguir respirando a base de exhalaciones e inhalaciones breves y controladas: *así es como se sentía. Así se sentían sus pulmones. El tejido cicatrizado, el engrosamiento, la pérdida progresiva de capacidad para hacer su trabajo. Cada respiración exigía una negociación. Cada respiración llegaba al final de un enemigo al que había que vencer para ser alcanzada.*

Pensó en Edmund en su sillón.

Pensó en lo difícil que sus mañanas eran. *Levantarme, vestirme. Hay cosas que ya no puedo hacer sin ayuda.*

Se quedó tumbado boca arriba en la oscuridad con la respiración de Edmund y pensó en lo que se sentía al necesitar ayuda, suplicarla y que te la negaran. Pensó en aquello con una empatía con la que nunca lo había hecho—no la examinación del hecho de manera razonada, ni la evaluación clínica de derechos y deberes. Solo el sentimiento de fondo. La textura concreta de la petición rechazada. Lo que aquello provocaba en una persona.

Se apretó las manos contra el pecho. El peso no respondió a sus manos —no estaba allí para ser notado por sus manos si no por sus pulmones.

—Está bien —le dijo a la oscuridad—. Está bien.

Se quedó tumbado en la oscuridad, mientras trataba de seguir reposando el peso apretaba hacia abajo y él respiraba intentando vencerlo. La noche continuó moviéndose a su alrededor y en algún momento —no podría haber dicho cuándo, no estaba seguro de la transición— el peso empezó a aliviarse. No de repente. Gradualmente. Del modo en que el agarre de Edmund se había aliviado en la cocina el miércoles, después de que él hubiera dicho *para*. Con la deliberación de algo asegurándose de estar enviando un mensaje no cediendo a una petición.

Hacia las cinco de la mañana podía respirar con normalidad..

Se quedó tumbado viendo como la luz pálida de las primeras horas de la mañana entraba a través de las cortinas. Se aseguró de que podía respirar con normalidad pero podía sentir el eco de la presión en sus pulmones como un recuerdo del tiempo, y pensó: *puede hacerme daño. Está dispuesto a hacerme daño.*

Se quedó muy quieto.

Pensó en la mano sobre el hombro en la cocina. La figura en el umbral. La presión en la oscuridad.

Pensó: *tres años de esto y pensé que entendía las reglas. Pensé que sabía qué era, qué quería, qué haría y, lo más importante, qué no haría. Estaba equivocado. He estado equivocado creyendo conocer las reglas o, simplemente, es que existen unas nuevas reglas. Se está haciendo más grande y me estoy quedando sin sitio.*

Pensó: *algo tiene que cambiar.*

Se levantó. Fue a la cocina. Hizo café con la atención cuidadosa que requería el ritual y se quedó de pie en la ventana mientras observaba como la ciudad estaba comenzando el día. La luz temprana de la mañana sobre los tejados, los primeros sonidos del tráfico, el proceso concreto de una ciudad despertándose.

Cogió el teléfono.

Lo miró durante un momento largo.

Lo dejó.

Lo volvió a coger.

Marcó el número de su madre.

El número era antiguo. Lo había tenido en la cabeza desde los once años, cuando ella se lo había enseñado para que pudiera llamar desde casa de un amigo si pasaba algo. Se lo había dicho a sí mismo, de tanto en tanto, durante los diecisiete años desde entonces, del modo en que se guarda un objeto pequeño y útil en un cajón por si alguna vez se necesita. No había estado, aquella mañana, del todo seguro de que pudiera recordarlo. Pero el cuerpo tiene memoria y recuerda. Su pulgar encontró las cifras sin siquiera tener que pensar en ellas. Los números eran lo correctos, la memoria muscular haciendo su trabajo y en algún sitio de la geografía de su mano una porción de su madre estaba archivada y había estado esperando, pacientemente, a ser recuperada.

Sonó cuatro veces y entonces ella contestó, su voz era la que tenía la versión de primera hora de la mañana de sí misma —más relajada, despreocupada y ligeramente más suave, con la luminosidad forzada aún sin activar.

—Daniel —dijo—. Es temprano. ¿Está todo bien?

Él se quedó de pie en la ventana de la cocina con su café enfriándose en la mano y el eco de la respiración de Edmund todavía en su pecho y pensó en todo lo que no estaba bien, en la longitud que la lista de cosas que no están bien estaba alcanzando y en lo poco que había comunicado todo esto en voz alta.

—No —dijo—. La verdad es que no.

Una pausa. La peculiaridad de una pausa que está haciendo sitio a lo que viene.

—Cuéntame —dijo su madre.

Y por primera vez en veintidós años, Daniel empezó a hacerlo.

No empezó por el principio. El principio estaba demasiado lejos y la línea desde allí hasta aquí era demasiado larga para recorrerla en una sola mañana, y no estaba seguro de tener el vocabulario, después de todo este tiempo, para hablar del cómo empezó todo. Comenzó en cambio por el piso. La respiración en la oscuridad. La figura en el ascensor. La mano sobre el hombro. Le contó aquellas cosas en el orden en que habían sucedido, usando el tono cuidadoso

y cauto que usaba para las cosas que necesitaban decirse correctamente, y su voz —para su pequeña sorpresa— no se quebró.

Ella escuchó. No interrumpió. No trató de forzar el tono, ni de incluir los pequeños sonidos de asentimiento que había hecho en cada otra llamada que él pudiera recordar. Escuchó en silencio, y el silencio no se sentía como una retirada sino como un ofrecimiento — un ofrecimiento de espacio, del espacio concreto que una persona puede ofrecer a otra dentro de sí misma para que esta coloque algo importante en su interior. Ella nunca le había ofrecido este espacio antes, no de ningún modo en que él hubiera estado en la posición de poder reconocerlo, y él se sentía a la vez agradecido por aquello y ligeramente asustado por la cantidad de espacio que iba a tener que ocupar.

Llevaba hablando, se dio cuenta en algún momento, casi una hora.

Fuera del piso la ciudad continuaba con su despertar. Dentro del piso, la cocina estaba en silencio, el café estaba frío, y la respiración —la respiración ya no estaba en la habitación, o ya no sonaba al mismo volumen al que lo había hecho hasta ahora; se había retirado ligeramente.

Daniel siguió hablando.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuatro llamadas

La segunda vez que su madre se lo pidió fue en junio.

La salud de Edmund se había estado deteriorando desde marzo —desde la conversación en el salón, desde el *sé que no tengo derecho a pedirte esto*— y el deterioro tenía el sello que Edmund le ponía a todo: progresivo, deliberado, meticuloso. Sus pulmones estaban perdiendo la batalla con la respiración más rápido de lo que los médicos habían predicho. Usaba oxígeno durante el día ahora, no solo de noche. Había dejado de trabajar por completo. Se movía por la casa despacio, con el bastón que siempre había llevado pero que nunca había necesitado antes.

Su madre llamó un domingo por la tarde.

—Está peor —dijo. Sin preámbulo, sin la cuidadosa gestión que solía añadir a la información difícil. Solo eso, sin adornos. *Está peor.*

—¿Cuánto peor? —dijo Daniel.

Se lo contó. El oxígeno, la movilidad reducida, las mañanas que ahora estaban iban más allá de ser difíciles —que eran, dijo, en la voz callada de alguien que ha estado haciendo algo sola durante demasiado tiempo, realmente complicadas de manejar para ella sola. Trabajaba. No podía estar allí cada mañana. Había vuelto a mirar el precio de un cuidador profesional y el coste seguía estando lejos de lo que se podían permitir.

—Daniel —dijo. Y entonces se detuvo. Y esa pausa lo contenía todo —los años de apartar la mirada, los años de la luminosidad forzada y la interpretación de un papel, el fregadero de la cocina y *lo estás haciendo muy bien.* Todo aquello comprimido en la pausa antes de su nombre y el silencio después.

—Mamá —dijo él.

—Lo sé —dijo ella—. Sé lo que te estoy pidiendo. Sé lo que te estoy pidiendo que hagas y sé… —Se detuvo otra vez—. Sé que no es sencillo. Sé que hay cosas entre Edmund y tú que yo nunca… que debería haber… —Se detuvo por tercera vez. Él nunca la había oído detenerse tantas veces durante una conversación entre ellos —. Lo pido de todos modos —dijo—. Porque no sé qué más hacer, estoy desesperada.

Daniel se sentó en su piso y miró la pared y sintió el peso en la voz de su madre —no la voz luminosa, no la voz forzada, sino esta, la de debajo, la que siempre había estado ahí y que él había oído tan rara vez que parecía estar hablando con una persona distinta.

—Lo pensaré —dijo.

—Gracias —dijo ella. Como si pensarlo supusiera de por sí un gran esfuerzo.

Lo pensó durante dos semanas. Lo pensó con la misma meticulosidad sistemática que había llevado a cada examen que había realizado anteriormente de aquella pregunta, planteando los mismos argumentos en el mismo orden y llegando al mismo sitio. El techo. Las tardes de los miércoles. Nochebuena y el *no* repetido tres veces. Las cosas que no cambiaban porque habían sucedido y no podían ser simplemente borradas. La arquitectura precisa de todo lo que había construido desde que se fue de casa.

Al cabo de dos semanas la llamó.

—No puedo —dijo—. Lo siento, mamá. No puedo.

Ella estuvo callada un momento.

—De acuerdo —dijo.

Notó como la luminosidad forzada en la voz de su madre había vuelto. Podía oírla reensamblándose, y sintió el dolor de alguien observando a una persona levantarse por sí misma del suelo porque no hay nadie dispuesto a ayudarle.

—De acuerdo —dijo ella otra vez—. Me las arreglaré.

Se quedó de pie en su cocina después de que terminara la llamada contemplando la ciudad más allá de la ventana. Sintió cómo ese sentimiento al que no había puesto nombre se asentaba en su interior con algo parecido a la resignación, asentándose en el lugar

hacia el que había estado moviéndose durante todo el año. Se había endurecido ligeramente. Tenía una forma ahora. Podía sentir sus bordes. No podría haberle descrito aquellos bordes a nadie —no podría, de hecho, describirselos a sí mismo. La descripción no era algo que este sentimiento, que se estaba convirtiendo en algo diferente pero todavía sin nombre, permitiera— lo que sí tenía claro era que se había vuelto más sólida de lo que había sido la tarde anterior, y estaba comenzando a adquirir un tamaño considerable dentro de su pecho.

Pensó: *esto también pasará.*

Había empezado, por aquella época, a sospechar que aquello no era estrictamente cierto. El razonamiento al que había llegado tenía sentido, los argumentos eran sólidos, sin embargo, los argumentos y el razonamiento juntos no estaban haciendo más pequeña a la cosa sin nombre. Se estaban disponiendo en torno a ella. La estaban haciendo adquirir una forma más íntegra, más real.

La tercera vez fue en septiembre.

No habló con Edmund directamente. Edmund había decidido, después de la conversación de marzo, optar por el silencio en relación a Daniel. Este silencio no poseía la cortesía calculada de los años posteriores a Nochebuena —no afilado, no deliberado— sino simplemente el silencio de un hombre que ha pedido algo y tras ser rechazado ha decidido rendirse. Su madre era la intermediaria ahora, lo cual era un papel que llevaba practicando todo su matrimonio sin saberlo.

Llamó un martes por la mañana. Su voz apagándose poco a poco, sin luminosidad alguna.

A Edmund lo habían hospitalizado durante cuatro días. Una infección de pecho, lo que en una persona con pulmones sanos habría sido una molestia, en Edmund era una crisis. Había vuelto a casa, pero la hospitalización le había quitado algo que no había vuelto de nuevo —alguna reserva, algún último recurso de la autosuficiencia que había mantenido hasta ahora contra el avance de la enfermedad. Estaba, dijo ella, asustado. Usó la palabra con cuidado, como si fuera una palabra que no estaba segura de que

estuviera permitido usar con Edmund y la estaba usando de todos modos porque ninguna otra palabra serviría.

Edmund Hale estaba asustado.

Daniel se quedó con aquello.

Se quedó con aquello, lo sintió y no supo qué hacer con la sensación que esto le producía, lo cual no era lo mismo que no saber qué sentía. Sabía qué sentía. Un sentimiento que le incomodaba profundamente e incluso le enfadaba—el fantasma de la compasión que llegaba sin invitación y se situaba adyacente a todo aquello a lo que no tenía derecho de estar adyacente.

—Está preguntando por ti —dijo su madre—. No te lo pido yo. Te lo está pidiendo él.

Daniel cerró los ojos.

—Él no utilizaría las mismas palabras —dijo ella—. Él jamás… ya sabes cómo es. Pero me preguntó si había hablado contigo recientemente. Dos veces en un día. Para Edmund eso es… —Hizo una pausa—. Eso es insistir.

Daniel se sentó en su piso con los ojos cerrados y pensó en la imagen de Edmund asustado. Pensó en aquello con la misma franqueza con la que lo había hecho en la oscuridad la noche anterior mientras daba vueltas a las implicaciones de lo que estaba haciendo, con la franqueza que evitaba el razonamiento e iba directa al sentimiento. ¿Cómo se sentía ser Edmund Hale, enfermo y asustado, en una casa con sus pulmones deteriorándose, una mujer totalmente sobrepasada y un hijastro que no iba a venir?

Él sabía cómo se sentía necesitar a alguien que no iba a venir.

Abrió los ojos.

—No puedo —dijo—. Lo siento.

Su madre no dijo nada un momento. Después:

—Lo sé —dijo. En voz baja. En el tono de alguien que ha sabido durante mucho tiempo y ha deseado haber estado equivocada.

La cuarta vez fue en diciembre.

Su madre no llamó. Mandó un mensaje, lo cual era inusual —no era una mujer que comunicara cosas importantes por mensaje, que creía que el teléfono era para conversaciones de verdad y que los mensajes eran para asuntos sin importancia. El mensaje decía:

Edmund está muy mal. Los médicos dicen que le quedan semanas en vez de meses. Por favor, ven si puedes.

Daniel leyó el mensaje un jueves por la mañana mientras estaba de pie en su cocina bebiéndose el café. Lo leyó dos veces. Se metió el teléfono en el bolsillo. Se quedó de pie en la ventana de la cocina y miró la calle de abajo, la mañana de diciembre oscura y fría, la ciudad ocupada en sus asuntos.

Pensó en el techo de su dormitorio de la infancia. La grieta finísima desde el plafón hasta el rincón sobre el armario. La mancha de humedad a la izquierda de la ventana, aproximadamente circular, que parecía una cara bajo cierta luz. Había contado los segundos entre los coches que pasaban. Había pensado en criaturas de las profundidades que habían evolucionado en oscuridad total. Había estado muy quieto.

Pensó en todo aquello, dio un sorbo al café y pensó en *semanas en vez de meses* y pensó: *ve. Simplemente ve. Coge el coche y ve.*

Se quedó en la ventana mucho tiempo.

No fue.

Contestó por mensaje: *Intentaré ir pronto. Espero que mejore.*

Se metió el teléfono en el bolsillo, se terminó el café y el jueves continuó a su alrededor y nunca fue.

Edmund murió un martes de enero, a las seis y veinte de la mañana, con la madre de Daniel a su lado y Daniel a tres horas de distancia en su piso, dormido.

Su madre llamó a las seis y media. Él contestó al segundo tono —algo lo había despertado justo antes de que sonara el teléfono, alguna perturbación en la textura del aire, algún cambio en su presión barométrica que no podía justificar— y ella dijo su nombre y él lo supo antes de que dijera ninguna otra cosa.

—Se ha ido —dijo ella.

Daniel se sentó en el borde de su cama en la oscuridad de enero y dijo:

—Voy.

—No hay prisa —dijo ella—. Está hecho.

Subió en coche aquella mañana a través del paisaje gris de enero, la autopista y luego las carreteras familiares, luego la calle y,

por último, la casa donde había crecido, donde Edmund se había quedado de pie en umbrales y había corregido su postura y había dicho *las usas para esconderte, es una forma de cobardía*, donde su madre le había pasado platos junto al fregadero de la cocina y había dicho *lo estás haciendo muy bien*, donde una Nochebuena él había dicho *no* tres veces en una voz que no había sabido que tenía.

Su madre estaba en la puerta. Lo abrazó durante mucho tiempo.

Por encima de su hombro él podía ver el salón. El sillón, vacío ahora, simplemente un sillón corriente, la habitación se sentía ya ligeramente distinta del modo en que las habitaciones se vuelven distintas cuando la persona que organizaba el espacio en torno a su presencia ya no está.

Sostuvo a su madre y miró el sillón vacío y sintió esa sensación que estaba adquiriendo una forma cada vez más precisa por debajo del razonamiento, sentándose en su pecho como una piedra que había estado allí tanto tiempo que se había convertido en parte del paisaje.

Pensó: *podría haber venido. Podría haber venido cualquiera de las cuatro veces y no vine y ahora no hay vuelta atrás porque está hecho, el sillón está vacío y la casa ya se siente distinta. Está hecho.*

Sostuvo a su madre.

No lloró. No había llorado desde que tenía nueve años y había decidido, sin saber cuándo lo había hecho, que las lágrimas eran algo que se hacía en privado o no se hacía.

Estaba más delgada. Lo notó con una falta de empatía que no podía, ni siquiera en el momento, justificar —esa pequeña parte clínica de su atención que siempre había operado por debajo de la parte emocional, que había sido entrenada en la infancia para tomar notas independientemente de lo que la parte emocional estuviera tratando de procesar. Estaba más delgada y estaba más pálida y su mano sobre la espalda de él, donde descansaba mientras lo abrazaba, tenía una ligereza particular que no era la ligereza de una mano en reposo sino la ligereza de una mano que se había quedado sin fuerzas con las que apretar. Lo registró todo y decidió apartarlo del primer plano de su mente. Siguió sosteniendo a su madre, miró el sillón vacío y la parte de él que estaba tomando notas archivó las

observaciones bajo el encabezado *después. Después* era un lugar dentro de su mente que él había usado, desde la infancia, para guardar esas cosas que no tenía la energía para mirar ahora. *Después* se había convertido, a lo largo de los años, en una habitación muy grande y en la cual empezaba a faltar espacio.

Se quedó de pie en el umbral de la casa de su infancia sosteniendo a su madre mientras miraba el sillón vacío y sintió que la piedra en su pecho se estaba haciendo más pesada y se empezaba a sentir como suya, de su propiedad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Lo que siempre estuvo allí

La conversación con su madre se prolongó durante dos horas.

Se pasó la mayor parte de la misma caminando por la cocina bebiendo una taza de café tras otra, esta vez instantáneo, necesitaba las dos manos para usar la prensa francesa, al mismo tiempo fuera del piso la mañana de julio se convertía en la tarde de julio mientras él hablaba. No había hablado así antes. Había hablado anteriormente del tema pero dando círculos, rodeando el centro pero sin llegar a acercarse lo más mínimo a él. Con el cuidado de alguien que sabe dónde está el centro sabe pero sabe que no se aproximará a él directamente. Esto era distinto. Estaba abriéndose en canal.

Le contó lo de las noches. La respiración, las palabras, la figura en el ascensor, el pasillo y a los pies de la cama. Le contó lo de la mano en su hombro, la presencia en el umbral bloqueando su paso y despertarse incapaz de respirar. Le contó lo de Marcus —el café, las películas, el sofá del piso orientado al sur, la mano por encima de la mesa que había sido apartada con cuidado. Le contó lo de la lista.

Ella escuchó. Hizo los sonidos de alguien escuchando —las pequeñas afirmaciones, la pregunta ocasional, la cualidad concreta de un silencio que está haciendo sitio en lugar de retirándose. No la había oído escuchar así antes. O quizá ella siempre le había escuchado pero él nunca había hablado así.

Cuando terminó hubo un silencio largo. Demasiado largo.

—Daniel —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo llevas solo en ese piso?

Él frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… ¿cuándo saliste por última vez? ¿Cuándo viste a alguien en persona por última vez? No a Marcus. A otra persona.

Abrió la boca para responder y se encontró con que la respuesta no estaba donde esperaba encontrarla. La buscó del modo en que se busca algo que estabas sosteniendo hace un momento y que has soltado en alguna parte sin notarlo. Buscó un recuerdo concreto —una tienda, una calle, una cara— y se encontró en cambio con la imagen de la ventana de su cocina. La calle vista desde arriba. La ciudad haciendo sus asuntos mientras él la observaba desde las alturas.

—No estoy seguro —dijo.

Otro silencio.

—Voy para allá —dijo su madre—. Mañana por la mañana. No me digas que no.

—No iba a hacerlo —dijo él.

Colgó el teléfono y se quedó de pie en la cocina pensando en la pregunta que le había hecho. *Cuánto tiempo llevas solo en ese piso.* Pensó en las mañanas frente a la ventana. Las tardes que se fusionaban con las noches. La lista en el cajón de la mesa con sus catorce entradas y las cosas que aparentemente habían sucedido y que no podía justificar. Se concentró en recordar la tienda de la esquina donde había comprado granos de café… ¿cuándo? Pensó en la última vez que había estado de pie en la acera fuera del edificio y había sentido el peso y la textura concretas del aire del exterior.

No podía recordarlo.

Fue a la mesa. Abrió el cajón. Sacó el cuaderno y la lista y se sentó a la mesa. Miró ambos repetidamente.

Abrió el cuaderno por la última entrada: *Lunes — encontré la lista otra vez. Catorce entradas. Una de ellas menciona que Edmund preguntaba por mí. Edmund lleva muerto tres años. No sé qué está pasando.*

Pasó a una página nueva.

Escribió: *Hoy — llamé a mamá. Viene mañana. Me preguntó cuánto tiempo llevo solo en el piso. No supe qué contestar.*

Miró la lista. Las catorce entradas. Los paseos, las llamadas, el café con Marcus y la película japonesa. Escribió: *Creo que no he*

salido del piso.

Miró lo que había escrito.

Escribió: *Creo que Marcus no es…*

Se detuvo.

Miró lo que había escrito y no lo terminó. Cerró el cuaderno y lo volvió a meter en el cajón.

Se fue a la cama.

No durmió aquella noche.

Se tumbó en la oscuridad y la respiración estaba allí —omnipresente, distribuida por todo el piso, la misma sensación húmeda que siempre había tenido— y las palabras llegaban a intervalos, las mismas tres palabras, paciente y certera: *es la hora. Es la hora. Es la hora.*

—Lo sé —dijo Daniel. A la oscuridad, a la respiración, a lo que fuera que llevaba viviendo con él tres años—. Sé que es la hora. No estoy listo.

Es la hora.

—Sé quién eres —dijo. Y entonces se detuvo. Porque lo había dicho sin saber que iba a decirlo, y ahora estaba en la habitación. Estaba diciendo la verdad, o casi la verdad, se estaba situando en ese lugar donde la verdad empieza antes de que puedas mirarla directamente a los ojos. Sabía quién era la presencia. Siempre lo había sabido.

Cerró los ojos.

Pensó en la voz de su madre por teléfono. La voz sin rastro alguno de la luminosidad forzada. La que había dicho *cuéntame* a las cinco de la mañana, había escuchado, y venía mañana. Trato de recordar la cualidad concreta de su abrazo cuando llegó a la casa después de la… después de…

Se detuvo.

Algo estaba mal. Algo en la secuencia de los hechos —*después de…*— el pensamiento se estaba enganchando con algo, con algo que era incapaz de identificar, del mismo modo en que un hilo se engancha con un clavo que no debería estar allí.

Se quedó tumbado en la oscuridad y respiró. Decidió no perseguir el hilo y se quedó dormido.

Por la mañana fue a la mesa.

Sacó el cuaderno. Leyó las catorce entradas despacio, una por una, con la atención plena de alguien buscando algo que no está seguro de querer encontrar.

Lo encontró en la séptima entrada.

Miércoles — Marcus vino. Hablamos de mamá.

La miró fijamente.

No tenía recuerdo de aquello. No tenía recuerdo de Marcus viniendo un miércoles y hablando con él de su madre. Intentó localizar la conversación —qué se había dicho, en qué habitación, sobre qué— y no encontró nada. No la ausencia de detalles sino la ausencia del suceso en sí. Un miércoles que no existía.

Y entonces, debajo, la entrada ocho: *Jueves — mamá llamó. Sonaba cansada.*

Miró aquello.

Su madre lo había llamado la mañana anterior. Él la había llamado, y habían hablado durante dos horas. Llegaría hoy. Habló con ella justo ayer —no un jueves sino un día completamente distinto— y él había sido el que llamó, no ella.

No había hablado con ella antes de hacerlo el día anterior desde —intentó recordar, intentó localizar la última llamada antes de la de ayer— semanas. Quizá meses. La intención-de-llamar estuvo presente durante mucho tiempo sin llegar a concretarse.

Jueves — mamá llamó. Sonaba cansada.

Su madre no había llamado un jueves. Su madre no había llamado en absoluto. Él lo hizo después de meses dándole vueltas a una hipotética llamada que no llegaba.

Dejó la lista.

Cogió el bolígrafo.

Abrió el cuaderno por una página nueva.

Y entonces sucedió algo que no podía explicar y que ni siquiera se esforzó en hacerlo —su mano empezó a moverse a lo largo de la página con una velocidad y una presión que no era su escritura habitual, no la letra cuidadosa y precisa de sus entradas anteriores, sino algo incontrolable y salvaje, algo que llevaba mucho tiempo

esperando para ser escrito y que lo estaba haciendo sin que él pudiera controlarlo.

Escribió: *MARCUS NO ES REAL.*

Lo miró.

Lo escribió otra vez.

MARCUS NO ES REAL.

Y otra vez.

MARCUS NO ES REAL.

Pasó la página.

MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL.

Pasó la página.

MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL. MARCUS NO ES REAL.

Pasó la página y el bolígrafo siguió moviéndose, las palabras siguieron apareciendo sobre el papel mientras él las escribía en una letra que no le pertenecía, una letra que llevaba meses construyendo el caso entrada a entrada, página a página, esperando a que él estuviera listo para leerlo.

Pasó otra página.

Se detuvo.

Se quedó sentado a la mesa con el bolígrafo en la mano y el cuaderno abierto por una página cubierta de las mismas cuatro palabras en mayúsculas. El piso mientras se encontraba en silencio, la mañana de julio seguía transcurriendo fuera y la respiración no estaba allí —por primera vez en tres años, la respiración no estaba allí en ninguna de sus formas.

El silencio era absoluto.

Se sentó en el silencio, lo respiró y llegó incluso a sentirlo del modo en que se siente la ausencia de un dolor que se ha tenido durante tanto tiempo que has olvidado que estaba ahí.

Después comenzó a reflexionar con la honestidad con la lo había logrado en la oscuridad a las tres de la madrugada: *si Marcus no es real. Entonces el piso de al lado. El 7A. La ventana orientada al sur, el café, la película japonesa y la mano por encima de la mesa.*

Pensó: *todo aquello. Todo aquello era yo. He estado solo todo este tiempo.*

Pensó: *nunca he salido de este piso.*

Miró por la ventana. hacia la calle de abajo. La ciudad ajetreada con sus asuntos. Pero, *durante cuánto tiempo.*

La clave estaba encerrada en esa pregunta *cuánto tiempo.* Era una pregunta que necesitaba una respuesta clara y no estaba dispuesto a encerrarla en ese rincón de su mente en el que se negaba a mirar. Se había mudado a este piso a los veinticinco, hacía tres años, en las semanas posteriores al funeral. Se había cogido tiempo libre del trabajo. Les había dicho a sus colegas que necesitaba estar solo un tiempo. Había —intentó recordar la secuencia concreta— vuelto al trabajo unas semanas después de aquello, brevemente, y luego había pedido una excedencia que se había alargado, tras hablarlo con la empresa. Por último, y después de llegar a un acuerdo cuyos términos no podía traer del todo a la mente, se había vuelto innecesario que acudiera a la oficina ya que podía hacer la totalidad de su trabajo desde casa. No lo habían despedido. Estaba casi seguro de ello. De hecho, no recordaba haber hablado con nadie acerca de su trabajo durante los últimos meses, lo cual en su momento le había parecido una pequeña nimiedad pero ahora que lo pensaba con detenimiento carecía de sentido..

Había un hombre en la tienda de la esquina. El correo seguía llegando al buzón. Estaban las luces que se encendían cuando el sensor de movimiento lo detectaba en el pasillo. Intentó recordar al hombre de la tienda de la esquina. Tenía una idea clara de la tienda en su cabeza—su disposición, donde se encontraban las bolsas que contenían granos de café de distintas partes del mundo, la pequeña pirámide de tomates en lata junto a la caja— pero la cara del hombre, cuando la buscaba, era incapaz de encontrarla.

Dejó de buscarla.

Y por debajo de la superficie de aquel pensamiento, había algo más, algo que estaba presionando hacia arriba, tratando de salir a flote —el pensamiento al que había estado dando vueltas la noche anterior, ese hilo que se había enganchado con algo: *después de…*

Después de qué.

Edmund estaba vivo. Edmund tenía setenta y un años y vivía en la casa con…

El pensamiento se detuvo.

El pensamiento se detuvo y en el lugar donde se detuvo había otra cosa. No un pensamiento. Una certeza. Una realidad que había estado presente todo este tiempo y simplemente había estado encerrada en una habitación que no quería ser abierta.

La habitación se abrió.

Se quedó sentado a la mesa con el bolígrafo en la mano y el cuaderno lleno de *MARCUS NO ES REAL* y el silencio absoluto de un piso que llevaba tres años respirando y ahora estaba quieto. Sintió cómo esa certeza, la realidad, llegaba al primer plano de su mente:

No fue Edmund quien estaba enfermo.

Se quedó muy quieto.

Se quedó muy quieto durante mucho, mucho tiempo.

La dolorosa realidad que llevaba años escondida en algún lugar de su mente, encerrada con llave en un rincón y sepultada por todo lo demás. Todo lo que había construido encima de ella para no ser nunca vista. Había construido una vida encima de ella. El piso, el cajón cerrado de su memoria, Marcus, el sombrero, el bastón y el abrigo en el espejo del ascensor, todo había sido construido encima de ella para nunca ser vista.

La estaba viendo ahora.

No fue Edmund quien llamó desde el salón de casa un sábado de marzo. No fue Edmund quien pidió ayuda cuatro veces para ser rechazado en cada una de ellas. No fue tampoco Edmund quien murió un martes de enero a las seis y veinte de la mañana.

Estaba totalmente paralizado

Fuera de la ventana la ciudad continuaba con su día. En algún sitio del edificio una puerta se cerró. La mañana de julio seguía siendo la mañana de julio, indiferente, cálida y ordinaria. Daniel se sentó a su mesa en el silencio donde anteriormente había estado la respiración y sintió cómo esa habitación que no había abierto trataba de reorganizar todo a su alrededor.

Cogió el bolígrafo.

En la última página del cuaderno, debajo de las mayúsculas, con su letra pequeña, delicada y firme, escribió: *Fue mamá.*

Dejó el bolígrafo.

Se sentó en silencio.

Esperó a que su madre llegara.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El rostro

Llegó a las diez de la mañana.

Daniel oyó la puerta principal del edificio desde la séptima planta —o creyó oírla, o la sintió, la vibración familiar de la puerta sobre la que llevaba viviendo tres años— y luego el ascensor, los pasos en el pasillo, y, finalmente, llegó la llamada. Dos golpes. Sin prisa.

Abrió la puerta.

Parecía más pequeña de lo que él recordaba. Era algo que siempre notaba cuando la veía en persona después de una larga ausencia —que era más pequeña que la versión de ella que él guardaba en su mente, la versión aún de la infancia, la que en un momento de su vida significó su mundo entero. Llevaba su abrigo, el gris que tenía desde hacía años y un bolso. Miró la cara de Daniel y no dijo nada.

Después entró.

No hizo ningún comentario sobre el piso. Dejó el bolso en el recibidor y miró las fotografías de la pared —la hilera de ellas, la historia de su vida en marcos— y miró cada una de ellas con la atención de alguien que no las ha visto nunca antes y las está analizando con detenimiento. Se detuvo en una cerca del final. La que Daniel no había mirado directamente en tres años —la fotografía de la mesilla que él siempre había mantenido fuera del borde de su visión.

La había movido a la pared. No recordaba haberlo hecho.

Mostraba a un Daniel más joven, quizá de veinte años, sentado en una silla con las manos en el regazo. Y a su lado, en una silla a juego, una mujer. Su madre. Más joven, más relajada, su cara girada

ligeramente hacia él con una expresión que era complicada de leer —amor, y algo por debajo de éste que resultaba incómodo mirar, la expresión propia de una persona cansada de fingir que no sabe lo que sabe. Los dos serios. Ni un rastro de algo parecido a una sonrisa en sus rostros.

Se quedó de pie delante la fotografía durante mucho tiempo.

Daniel observó cómo la miraba. No recordaba haber colgado la fotografía en la pared; había vivido en la mesilla de noche durante tres años. Tres años en los que le había acompañado durante las largas noches sin dormir, pero ignorándola deliberadamente. La veía ahora en la hilera de marcos a lo largo del recibidor, exactamente donde siempre había pertenecido y donde nunca había estado. La figura que, durante tres años, le había estado persiguiendo —esa figura alta, el bastón y el sombrero, Edmund— era, en aquella fotografía, su madre. Nunca había habido un bastón. Nunca había habido un sombrero. Únicamente la mano de su madre descansando sobre el brazo del sillón, y su cara girada hacia él, y esa expresión que había sido incapaz de mirar porque contenía la dolorosa verdad, la razón por la que la relación con su madre cambió.

Después ella entró en el salón y se sentó en el sofá, Daniel se sentó en el sillón frente a ella. La mañana de julio entraba por las cortinas abiertas y el piso estaba en absoluto silencio.

—Cuéntame el resto —dijo ella.

Se lo contó.

No la versión que había contado por teléfono —una versión edulcorada, que describía síntomas sin causas, que hablaba de la presencia, la respiración y Marcus sin explicar todo lo que había detrás, el origen. Esta vez le contó la versión real. La que empezaba desde el principio, con Edmund y los zapatos junto a la puerta, la gramática de sus estados de ánimo, la textura del aire, el techo de su dormitorio, y las tardes de los miércoles cuando ella estaba en su clase.

Ella escuchó.

Escuchó del modo en que había escuchado por teléfono, con la atención plena y terrible de alguien que está recibiendo algo que ha sabido durante mucho tiempo que iba a llegar y esperaba estar lista

cuando se produjera la entrega. Sus manos estaban en su regazo. En su cara ni un rastro de la luminosidad forzada de antaño. Simplemente una mujer destrozada y, al mismo tiempo, aliviada de no tener que interpretar un papel para el que nunca estuvo preparada.

Cuando él terminó hubo un silencio largo.

—Lo sabía —dijo ella—. Quiero que sepas que lo sabía. No todo. No… —Se detuvo—. No los detalles de lo que ocurría. Pero sabía que había algo. Y elegí… —Se detuvo otra vez. Sus manos se apretaron en su regazo—. Elegí creer que estaba equivocada. Que me lo estaba imaginando. Que si lo miraba directamente… —Se miró las manos—. Pensé que si lo miraba directamente destruiría todo. La casa. La vida que habíamos construído. A ti. —Levantó la vista—. Me convencí a mí misma de que no saber la verdad era una manera de protegerte. Ahora soy consciente de lo equivocada que estaba.

Daniel la miró.

—Era más fácil —dijo ella—. Esa es la verdad. Era más fácil no saber. Y lo siento… —Su voz hizo algo, brevemente, que ella controló —. Lo siento mucho, hijo, más de lo que puedo expresar con palabras. El arrepentimiento me consumía por dentro.

Silencio..

Estaba llorando ahora, de esa manera cauta y privada en la que siempre lo había hecho, los hombros apenas moviéndose y la expresión en su cara sin cambiar apenas las lágrimas deslizándose lentamente por sus mejillas como si sintieran vergüenza de estar haciéndolo, como si no tuvieran permiso para estar allí y lo estuvieran haciendo disimuladamente, para que nadie notara su presencia. Daniel las observó y no se movió. No la había visto llorar desde los nueve años. La había oído —sollozos ahogados por la noche, a través de la pared, en el año posterior a la muerte de su padre— pero no la había visto, y al verla ahora, bañada por la luz de julio, en un piso en el que nunca había estado antes y al cual, se le ocurrió, podría comenzar a venir de visita de tanto en tanto, ese pensamiento, de alguna manera, se sentía como imposible sin saber explicar por qué. La dejó llorar. No alargó la mano hacia la suya. Pensó, con esa voz interior que estaba empezando a poder

escuchar: *ella ha estado esperando más tiempo que yo a que este momento llegara.*

El piso seguía en silencio, ni rastro de la respiración.

—Lo sé —dijo Daniel. Y lo sabía. Lo había sabido, de alguna forma, durante veinte años —que el hecho de no querer saber fue una elección y que esa elección le había costado a él algo que no podía devolverse. Lo había sabido y nunca lo había dicho y ella lo había sabido y nunca lo había dicho y aquí estaban, en el piso, en la mañana de julio, diciéndoselo el uno al otro por primera vez..

—Cuando enfermé —dijo ella—. Cuando te pedí ayuda —las veces que te lo pedí— entendí por qué dijiste que no. Quiero que lo sepas. Lo entendí y aun así te lo pedí y soy consciente de que te estaba pidiendo que me dieras algo que no me había ganado. Lo sabía y lo sigo sabiendo.

Daniel se miró las manos.

—Pero te necesitaba —dijo ella con delicadeza. Sin acusación, sin el peso de un reclamo. Solo comunicando un hecho —. Te necesitaba y no estabas allí y yo… —Hizo una pausa—. Morí sin saber si tú estabas bien.

La frase llegó a la habitación y Daniel la sintió aterrizar y sintió cómo todo su interior se desplazaba en torno a ella —la piedra que había estado allí tres años, esa incomodidad permanente, moviéndose.

—Lo sé —dijo. Su voz era muy suave—. Lo sé. Y lo… —Se detuvo. Pensó en lo más cercano a una disculpa que Edmund le había dado: *sé que no tengo derecho a pedirte esto.* Pensó en lo insuficiente que había sido. Pensó en lo insuficiente que era esto. Lo dijo de todos modos—: Lo siento. Tenía razones. Eran razones reales y eran… importantes para mi y no… —Se detuvo—. No cambian lo que hice o, más bien, lo que no hice.

Ella lo miró.

—No —dijo—. No lo cambian. —Y después, al cabo de un momento—: Pero lo explican. Hay una diferencia.

Él la miró. Su madre, viva, en su piso, en la mañana de julio. Real. Presente. La persona detrás de la presencia, el rostro bajo el sombrero, la respiración que él había estado escuchando durante

tres años mientras se esforzaba por intentar continuar su vida después de lo que pasó.

—Debería haber ido —dijo—. La primera vez. La segunda. Cualquiera de ellas. Debería haber vuelto a casa.

—Sí —dijo ella—. Deberías.

Se quedaron en silencio. El piso lo sostuvo a su alrededor, las fotografías de las paredes, las cortinas abiertas y la luz de julio entrando a través de las ventanas.

—Estoy aquí ahora —dijo él.

Ella lo miró durante un momento largo. Su cara intentando ocultar lo contradictorio de sus sentimientos —el amor y, por debajo de la superficie, el saber y el cargar con el peso. La misma expresión que en la fotografía de la pared.

—Sí —dijo—. Lo estás.

Se quedó hasta la tarde.

Hablaron, estuvieron en silencio a ratos y volvieron a hablar, del modo en que la gente lo hace cuando está intentando ponerse al día después de años de sucesos nunca contados. Le contó lo de su enfermedad —el diagnóstico, la progresión, los meses en los que él no había estado allí. Lo contó sin mostrar sus emociones al respecto, con la voz plana de alguien describiendo algo que le ha sucedido y que había vivido sola. Él escuchó y no apartó la mirada.

Le contó el día en que se enteró. La consulta del médico. La delicadeza y amabilidad del especialista que le había explicado los resultados, que le había dicho que tenía opciones, que las opciones eran limitadas y que algunas de ellas eran mejores que otras, y que le había preguntado si había alguien a quien le gustaría llamar. Había pensado en Daniel. No lo había llamado. Salió de la consulta del especialista y entró en el pequeño patio privado de fuera del hospital, se sentó en un banco durante cuarenta minutos en silencio mientras procesaba el diagnóstico y lo que suponía. Luego se metió en su coche y condujo a casa. Ya en casa y mientras preparaba algo de cena decidió, que no se lo diría a Daniel hasta que tuviera que no le quedara más remedio. Le contó esto ahora, en su salón, con las manos muy quietas en el regazo. No lloró esta vez. Pero mientras se

lo contaba Daniel pudo ver el lugar exacto en su cara donde el llanto había vivido en otro tiempo, y donde ya no podía hacerlo.

Le contó otras cosas. Las pequeñas pérdidas acumuladas. Las maneras en que el cuerpo le había traicionado. La mañana de primavera en que no había sido capaz de ponerse sus propios zapatos, y se había quedado de pie en el recibidor riéndose porque ya no tenía fuerzas para llorar.

Hizo café, tomándose su tiempo, con la atención plena en el ritual y se lo llevó a su madre. Ella le dio un sorbo, miró la taza y dijo:

—Buen café.

—Tuve un buen profesor —dijo él.

Ella lo miró. Él pensó en Marcus —el piso orientado al sur, la mesa pequeña, la luz de la mañana. Todo aquello construido a partir de los mismos materiales que todo lo demás que él había necesitado y no había tenido. La calidez, la atención, la persona que escuchaba, no presionaba y siempre decía exactamente lo que él necesitaba oír en ese momento. Su propia mente, construyendo las piezas del puzzle que le faltaban para completarlo.

Pensó: *lo construí porque necesitaba a alguien y no sabía cómo pedirlo.* Pensó: *he necesitado a alguien durante mucho, mucho tiempo.*

A las siete de la tarde se puso de pie para irse. La acompañó hasta la puerta. Ella se puso el abrigo y cogió el bolso para después girarse hacia él que se encontraba de pie en el recibidor con las fotografías a su alrededor. Lo miró un momento.

—Vuelve a casa —dijo—. Ahora no. Cuando estés listo. Pero ven.

—Iré —dijo él.

Lo abrazó. Él la sostuvo, y era más pequeña que la versión de ella que él guardaba en su mente, y el abrazo era real —cálido y suyo— lo alargó un momento más de lo estrictamente necesario.

Se fue.

Cerró la puerta.

Se quedó de pie en el recibidor durante mucho tiempo.

El piso retuvo el aire que su madre había traído consigo. Podía oler el abrigo —la lana ligeramente húmeda, el rastro tenue del

perfume que ella había llevado durante todo el tiempo que podía recordar— y se quedó de pie en la entrada intentando memorizar el olor, porque entendía, sin tener que articularlo, que aquel era el tipo de olor que dejaba una habitación más rápido de lo que debería. Lo había conocido durante veintiocho años. Lo perdería hoy, de manera gradual, del modo en que pierdes algo pequeño que has estado sosteniendo durante mucho tiempo sin ni siquiera ser consciente de ello.

Mientras seguía de pie en el recibidor pensó: *ha venido. Era real. Está viva, ha venido, le he contado todo y ha dicho ven a casa.*

Pensó: *algo ha cambiado.*

Fue al dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y miró la fotografía de la pared —su madre y él, serios. La miró directamente por primera vez en tres años.

La miró durante mucho tiempo.

Después se tumbó. Se tumbó boca arriba, miró el techo y escuchó el silencio del piso y pensó en lo que era el silencio real ese que no esconde nada detrás.

No estaba vacío. Nunca había estado vacío. Algo había estado en este silencio durante tres años, y sabía ahora qué era, de dónde venía y por qué tenía la forma que tenía. Sabía todo aquello. Había mirado el rostro.

Esperó.

No tuvo que esperar mucho.

La respiración comenzó.

No distinta —no disminuida, no transformada por todo lo que ahora sabía. La misma textura húmeda, el esfuerzo detrás de cada exhalación, llenando el piso del modo en que siempre lo había llenado, encontrando cada esquina, desplazando todo lo demás. Como si el saber no hubiera cambiado nada. Como si el haberlo entendido y aceptado no hubiera cambiado nada. Como si la verdad, vista y sentida de manera plena, no hubiera cambiado en absoluto la culpa —como si hubiera entrado en ella, atravesándola y saliendo por el otro extremo para encontrarla exactamente donde siempre había estado, sin cambios, permanente, una piedra en el pecho que era simplemente parte del interior de su cuerpo.

Había pensado, brevemente, sentado a la mesa aquella mañana con el silencio de la respiración ausente a su alrededor, que el trabajo se había acabado. Lo había pensado del modo en que se piensa algo que has pasado mucho tiempo queriendo pensar y has recibido finalmente una prueba que permite hacerlo. No había, en aquel momento, examinado la prueba con cuidado. La examinó ahora, tumbado en la oscuridad con la respiración a su alrededor, y vio, con una exactitud que no era del todo calma pero se le parecía, que el silencio de esa mañana había sido una cortesía. La respiración había dado un paso atrás momentáneamente para permitir que sucediera. No se había ido. Había estado, todo el tiempo, en la habitación de al lado. Esperando.

Se quedó tumbado en la oscuridad y escuchó la respiración de su madre.

Es la hora, decía.

—Lo sé —dijo—. Sé quién eres. Sé lo que hice. Lo sé.

La respiración continuó.

Es la hora.

—Lo sé —dijo.

Miró el techo. El blanco que había envejecido hasta convertirse en algo entre el marfil y el papel viejo. Ninguna grieta finísima. Ninguna mancha de humedad. Solo el techo de su piso, que llevaba mirando tres años y que seguiría mirando.

Cerró los ojos.

Pensó en la cara de su madre en la puerta, el abrigo gris, el bolso. Pensó en *vuelve a casa.* Pensó en la ventana orientada al sur que nunca había existido y en el café que había preparado para una persona que no estaba allí y en la mano sobre la mesa que nunca había tocado.

Pensó: *sé todo esto. Lo sé ahora.*

La respiración llenaba la habitación.

Pensó: *y no cambia nada.*

Se quedó tumbado en la oscuridad y escuchó la respiración sin dar muestras de detenerse o de irse y la noche se asentó a su alrededor, ordinaria. Mientras, La Culpa se sentaba en su pecho

donde siempre se había sentado, y Daniel Wren tumbado en su piso de la séptima planta mantuvo los ojos cerrados y no se movió.

Pensó, en algún lugar por debajo de la parte de él que estaba pensando: *este es el precio.* Nunca antes había puesto este pensamiento en palabras. Había un precio. Siempre había habido un precio. El precio no era la respiración, exactamente, no era tampoco la figura, y no era ni siquiera la pérdida de Marcus, que nunca había estado allí para perderse. El precio era el soportar la carga. El precio era que hagas lo que hagas, cuando llega el momento, la elección que tomas caminará contigo el resto de tu vida y que, independientemente de si lo entiendes o te arrepientes, no te dejará jamás.

Se había negado cuatro veces. Había tenido motivos para negarse y se había equivocado al hacerlo. Ambas cosas eran verdad y el hecho de que lo fueran no cambiaban nada de lo que estaba sucediendo o iba a suceder.

La respiración continuó.

Fuera de la ventana la ciudad continuaba con sus asuntos.

Dentro del piso, algo respiraba.